

ARMANDO SOLIS

ROQUE DALTON

**un disparo
a la izquierda
del corazón**

Novela Biográfica



UFG
UNIVERSIDAD
FRANCISCO GAVIDIA
Tecnología, Humanismo,
y Solidaridad

ARMANDO SOLÍS

ROQUE DALTON
un disparo a la
izquierda del corazón

Novela biográfica

Primera edición 2005
Primera reimpresión 2006
Segunda reimpresión 2007

863

S687r Solís, Armando, 1940-

Roque Dalton, un disparo a la izquierda del corazón / Armando
s/v Solís; il. Camilo Minero, Armando Solís. -- 1a. ed. -- San Salvador,
El Salv.: UFG - Editores, 2007
212 p.; 21 cm.

ISBN 99923-27-21-9

1. Novela salvadoreña. I. Dalton, Roque, 1935-1975 Biografías.
II. Título.

Mario Antonio Ruiz R.
Rector de la Universidad Francisco Gavidia

Óscar Martínez Peñate
Director UFG-Editores

Ilustraciones

Camilo Minero

Armando Solís

Publicado y distribuido por la Editorial Universidad Francisco Gavidia

Derechos reservados

© Copy Right

Según la Ley de la Propiedad Intelectual



**EDITORIAL UNIVERSIDAD FRANCISCO GAVIDIA
(UFG-Editores)**

Alameda Roosevelt N° 3031, San Salvador,
El Salvador, Centro América.

Tel. : 2209-2854

Fax : 2224-2551

E-mail : realidad@ufg.edu.sv

Website : www.ufg.edu.sv

Tabla de Materias

Prólogo	7
Agradecimientos	11
I Origen	13
II Tienda Royal	25
III Universidad Nacional (1954)	32
IV El pueblo unido, jamás será vencido	42
V Consecuencias del desfile bufo de 1957	44
VI Año 1960	57
VII 1960	63
VIII Ficha	71
IX Exilio	79
X Cuba, noviembre 1961	94
XI Agosto 1968	125
XII Cuba	133
XIII Reflexión	161
XIV Mi segunda despedida y última	196
XV Corolario	203
Índice de ilustraciones	209



Prólogo

HISTORIA DE UN MODO DE SER ROQUE

Armando Solís ha escrito una biografía de Roque Dalton que podría calificarse de sui géneris, entrañable, admirable, desenfadada, abierta como el mar, libre como el viento... de aventuras... Yo digo que es una biografía sentimental de Solís, hablando de Roque individuo; de su modo de ser como persona que vivió su vida de circunstancias espontáneas, sin plan, sin programa, sin plazo, sin tiempo... en fin... sin fin...

Recuerdo ahora, a León Felipe y su pensamiento conmovedor: “Los poetas no tienen biografía, tienen historia”. Eso significa ser un elemento más del ser-pueblo, estar fundido en su identidad que es la sustancia de la historia. El muchacho que había vivido una niñez tranquila, sobrepasa el período del joven colegial. Saco blanco terciado sobre el brazo con libros y cuadernos. Caminar sobre la calle de Mejicanos hacia el centro de San Salvador. Nadie habría pensado que aquel muchacho era altamente sensitivo, activo y proactivo.

Las siete de la mañana de un lunes a viernes cualquiera, estoy en la puerta de la casa número 1216, donde vivo en la calle de Mejicanos, barrio San Miguelito. Roque hablando con dos

compañero suyos del Externado... van a clase... siempre nos decimos salú... y con el transcurso de algunos años, salú Poeta... salú Poeta. Vecinos que éramos, y con el correr de los años, amigos y compañeros de ideales poéticos y camaradas del mismo partido político el P.C.S.

La fábrica de dulces que alude Solís en la Calle 5 de Noviembre, donde vivía el poeta Mauricio de la Selva, era “El Cóndor”, frente a la casa de Cañitas, periodista de La Prensa que cuando andaba bolo hablaba en “latín”. La fábrica de sombreros Dridma era de Jerez y Lartategui, después de Jerez y Domínguez. Estuvo situada frente a la fábrica textil “La Minerva”, donde millares de obreras dejaron jirones de sus pulmones. Viejas de servir, eran echadas a la calle: ya no servían para el trabajo en aquel capitalismo torvo y semifeudal. No había Código de Trabajo, pero los trabajadores peleaban duro para conquistarlo.

En la esquina de la 5 de Noviembre y la calle de Mejicanos vivían Roque, su madre, doña María y doña Pille que había cuidado a Roque desde niño. Hoy he recordado a esta señora “de cuerpo entero”, “con su cara de hombre”. Pienso: “esto se lo debió de haber contado Roque a Solís, porque de lo contrario no sabría estos detalles, y lo más llamativo, describir a doña Pille de ese modo tiene toque roquista. Estas visiones datan de los años 52/55 y han pasado por mi cabeza mientras leo el manuscrito que Armando Solís, tituló: Un disparo a la izquierda del corazón (Biografía).

Me pregunto, ¿cómo ha hecho el biógrafo para conocer numerosos detalles de la adolescencia y juventud de Roque?, muchos de ellos precisos, sucedidos tanto en El Salvador como en el extranjero. En todo caso, el trabajo biográfico de Solís, es

importante, porque su personaje camina redivivo en el medio de relación en San Salvador y otros lugares, junto a los suyos, su quehacer poético, sus amigos, sus vivencias. Buen logro para un pintautor que con cariñosos trazos verbales nos habla de su amigo pinceleando, asumiendo el buen papel de alter ego. Todo esto es comprensible y aceptable en beneficio de un propósito que busca una forma novedosa de hablar, no en frío y a gritos desde la lejanía de la tercera persona. El entrañable coloquio de la cordial cercanía, refleja bien la sinceridad del biógrafo que sin alardear de haber concluido sus objetivos, realiza un trabajo encomiable recordando al poeta Roque Dalton, que continúa a pesar de todo, siendo un muchacho indócil.

Existen algunas deudas para con Roque y su biógrafo Solís, aunque quisiera pagarlas no puede hacerlo; la llamada justicia debería saldarlas, investigando con sinceridad las circunstancias de su muerte, a fin de sacar el asesinato de la impunidad.

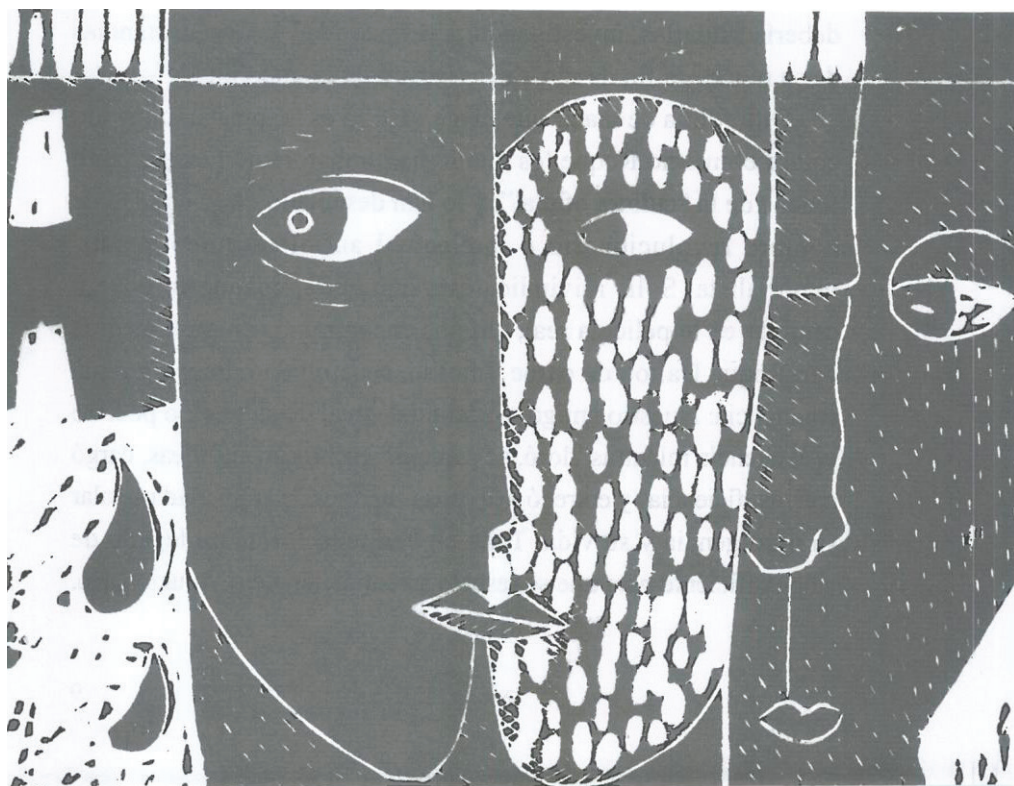
Otra forma de matar que exige castigo es la que han utilizado contra el mismo Roque los que lo han transformado en un santo fetiche de la “cultura oficial”, y lo han despojado de su calidad de hombre revolucionario e intelectual antioligárquico y anti-imperialista. Solís reivindica esta condición cuando lo pone a caminar en la película real, allí nos encontramos en gran medida con Roque Dalton de carne y hueso, sensibilidad, buena y mala conciencia. Nuestro amigo, como intelectual de su tiempo poetizó la existencia mientras lloró, se carcajeó, luchó con sus ideas, cargó con insuficiencias y entregó a la causa superior de la libertad popular su inteligencia y su vida. Todo en conjunto forma un legado de valor suficiente para que se respete su condición de revolucionario.

Prólogo

Los “roqueros” que se llenan la boca pronunciando el nombre de Roque sin conocer su obra enaltecedora de escritor y revolucionario, tienen ahora con el libro de Solís, un buen motivo para estudiarla y extraer de ella esencias histórico-poéticas, y no recetas para todos los usos como hace la “cultura oficial”, sus peones y corifeos.

Tirso Canales

San Salvador, junio 2002.



Agradecimientos

Una tertulia en la Casa Museo de Clementina Suárez, poetisa hondureña, ex esposa de nuestro maestro pintor José Mejía Vides, ambos fallecidos. Esa noche me encontré con mi amigo camarada el poeta Roberto Sosa.

Le decía: “que pasa cuando uno tiene una gran investigación de información verbal y escrita para agradecer a todos ellos”.

Me respondió: “no hagas citas, haz un agradecimiento general, que es válido”.

A consejo de Roberto quiero comenzar este agradecimiento a todas las personas que escribieron sobre Roque en estos últimos veintidós años, a los medios de comunicación escrita y televisiva, a los editores que han colaborado, y a las personas anónimas e intelectuales que han aportado seria documentación sobre la vida de Roque.

Pero mis agradecimientos especiales son para los hijos de Roque: Juan José y Jorge, por sus escritos familiares expresados en distintos medios de comunicación tanto nacionales como internacionales.

Al Museo de la Palabra dirigido por mi amigo Carlos Henríquez Consalvi, al poeta Tirso Canales por su prólogo, a Camilo Minero por sus grabados y sobre todo a mi querido y recordado camarada Jorge Arias Gómez por haber revisado el libro en su concepto histórico y haberme facilitado la foto de Roque que perteneció a Álvaro Menéndez Leal.

A todos ellos mi agradecimientos

Armando Solís



I

ORIGEN

Mi partida de nacimiento es la número 1958, y dice: Roque Antonio García, nació el catorce de mayo, a los quince minutos en el Barrio San José, asentado el nueve de julio de 1935, en la Alcaldía Municipal de San Salvador.

Mi madre me contaba que cuando nací llovía fuerte, casi como un temporal; semejante al diluvio que menciona la Biblia. Parecía que todo San Salvador flotaba en la inundación, ya que las pocas alcantarillas, además de tapadas, no daban abasto para controlar semejante aguacero. El gobierno central había declarado emergencia nacional. El general Maximiliano Hernández Martínez tenía dos meses como presidente de la República.

Nuestra casa estaba tapizada de alambres para colgar las mantillas y trapos que yo mojaba y, por supuesto, la ropa de todos. Mi madre decía: esta casa parece que está de fiesta por el montón de gallardetes de trapos colgados.

Mientras tanto, se demoró casi dos meses para asentarme en la Alcaldía, esperanzada en que mi padre, Winnal Agustín Dalton, me reconociera. La esperanza fue inútil, porque mi padre no volvió a verla; lo cual la resintió mucho, resentimiento que llevó de por vida; porque en esa época, tener un hijo ilegítimo era casi un delito.

Mi padre era un gringo aventurero, que en El Salvador se dedicó a la agricultura. Era descendiente de Henry Dalton, mi tatarabuelo. Armador de barcos que, a finales de 1770, partió de Inglaterra hacia el Perú, donde se casó con doña Rosario González de Dalton, de origen español; después se fueron a vivir a Baja California, donde formaron su hogar. Años después por 1870, aparece don Winnal Agustín Dalton.

Mi bisabuelo Winnal A. Dalton casado con María Jesús Vásquez, tenían la empresa “Dalton & Vásquez” que fabricaba carretas o vagones tirados por caballos conocidos en esa época como diligencias, que vendían en el Viejo Oeste. Esta pareja se casó en octubre cuatro de 1878, en Los Ángeles, California.

Además de las diligencias o carretas, mi bisabuelo Winnal, introduce la imprenta, pero por problemas familiares o mala administración pierden su fortuna y mi bisabuelo busca su destino en México y por último en Centroamérica, en Guatemala, y es de allí de donde viene mi padre Winnal a radicarse a El Salvador, trayendo la herencia del bisabuelo Winnal A. Dalton.

La prolífica familia Dalton nació en el Estado de Kansas, y los cuatro hermanos que más tarde dedicarían sus afanes a despojar bienes de sus semejantes, encontraron trabajo como representantes de la ley. Esta dualidad de cuidadores del orden y bandidos, se dio con profusión a lo largo de la historia de la conquista de Far West.

En un principio, las actividades de los cuatro hermanos (Bob, Grant, Bill, Emmett y Frank, quien murió prematuramente) se redujeron a simples trucos maliciosos con los que despojaban de parte de su dinero a los esforzados emigrantes que se dirigían al Oeste, pero los Dalton estaban empeñados en pasar al olimpo de

los dioses del delito. Formaron una nueva banda añadiendo seis hombres a sus respectivos revólveres. En un encuentro con la ley se defendieron bravamente, pero Grant y Bob cayeron heridos de muerte, mientras Emmett recibió cinco balazos en diversas partes del cuerpo, de manera que sólo por un milagro logró salvar su vida. Bill, que no participó en el asalto, fue muerto dos años después en una pendencia.

Emmett fue juzgado y encontrado culpable de asalto a mano armada y homicidio, ya que cuatro ciudadanos de Coffeville perdieron la vida en el encuentro; fue condenado a cadena perpetua, pena que le fue conmutada en 1907.

El mayor de los Dalton vivió hasta 1937, relatando interminables hazañas ficticias, producto de su imaginación y de los deseos de sobresalir y transformarse en una leyenda más de las muchas que circularon en la época. Volviendo a mi padre, cuando conoció y enamoró a mi madre, estaba divorciado de doña Aída Ulloa, con la cual tuvo varios hijos: dentro de ellos Bill (como mi abuelo), todos con los apellidos Dalton Ulloa. Dicen que doña Aída perdió la razón por el maltrato que recibía de mi padre. Él era de mal genio y poco inestable en su manera de vivir.

La familia de doña Aída se la llevó a Estados Unidos para internarla en un hospital. Nunca más volvió al país. En ese tiempo, ya divorciado, conoce y enamora a mi madre, María García Medrano, y de ese romance nací yo, el único hijo de ella.

Después de esa aventura, y algunas otras más, mi padre se vuelve a casar con una señora muy adinerada de nombre Julia Meardi, quien a su vez, se había divorciado de don Carlos Aguilar. Ella no podía tener hijos. Se rumoró que mi padre se había casado

por dinero. Con el tiempo ella murió, dejándole viudo y heredero de su fortuna. Sin embargo, la muerte de doña Julia, acaecida en 1939, le afectó mucho, al grado que se sumió en la soledad y el alcohol. Él fue gran amigo de la Sociedad de Pilotos de Ilopango, al grado que les regaló un pequeño aeroplano bautizado Dalton, haciéndolo muy feliz el hecho, de que cuando el avión surcaba los cielos, veía cruzar su apellido, pero también su capital se terminaba, quedándose solo, con su bohemia, en la hacienda Cuyagualo, ubicada en Colón, departamento de La Libertad. Al morir mi padre, la hacienda fue parcelada por la familia Dalton. Traigo esta pequeña referencia de mi padre, porque yo le conocí después, a la edad de tres años.

Mi madre era enfermera de la Policlínica Salvadoreña. Era muy estimada por las personas de la alta sociedad, a las que ella atendía. Por esa época, y dependiendo únicamente de sus ahorros, nos vamos a vivir al barrio San Miguelito, a la calle 5 de Noviembre, en el lote ciento cuarenta y cuatro; dejando así el barrio San José y la casa donde vivíamos que era propiedad de don Raúl Méndez.

El lote a donde nos pasamos, disponía de un gran patio, de más o menos treinta metros de largo por doce de ancho, rodeado y cercado por algunos izotes y pequeños árboles de tigüilote. Allí vivíamos tres personas: mi madre, y una trabajadora de ella, de nombre Fidelia, que cariñosamente le llamaba la Pille. Ella me vio nacer y crecer. Fidelia tenía un hijo, y cosas del destino, con los años él formó parte de la Guardia Nacional.

En el patio teníamos algunas aves de corral y también mi recordada mascota, un perrito, al cual yo le puse de nombre Pequeñín, que al correr el tiempo, de pequeño no tenía nada.

Este lugar, el lote ciento cuarenta y cuatro, con nuestra pequeña casita de adobe (hoy es la Cooperativa ACTIUSA), lindaba con el famoso mesón El Inglés, en cuyo patio se elevaba majestuosamente una ceiba. El dueño del mesón era un señor extranjero, de apellido Dawson, quien tenía tres hijos varones y una linda chica que yo admiraba mucho. La calle 5 de Noviembre, en ese tiempo, no estaba pavimentada, y cuando pasaban “volando” los buses o camionetas de madera y hojalata, dejaban una gran estela de polvo. En tiempos de verano, época de mucho calor, el vecindario quedaba en tinieblas debido a la gran polvareda, con la urgencia y necesidad de regar con baldes o guacales de agua para aplacar el polvo, y refrescar un poco el ambiente. Era increíble la situación del folclor de esa época, ya que, además de las camionetas, se empleaban carretas tiradas por bueyes. Este era otro medio de transporte, para viajar a la capital o para carga.

En ese sector estaba, a la orilla de la calle, la fábrica Dridma, cuya especialidad era la fabricación de sombreros. Los propietarios de esta fábrica eran Jerez y Lartategui. En ella trabajaba casi todo el vecindario, así como también en la fábrica de dulces de la familia Selva. En la Dridma trabajaba mi madre, haciendo horas extras como enfermera. A veces ella se involucraba con el sindicato o gremio de trabajadores, ya que tenía el aprecio de los obreros y el cariño de los dueños. Mediaba en situaciones conflictivas de carácter patronal.

Frente a nuestro pequeño solar, se encontraba un sencillo y humilde comedor, propiedad de una doña Martita, quien era muy amiga de mi madre. Lo visitábamos con mucha frecuencia. Ahí oía de todo y observaba la humildad y la pobreza de las personas que

llegaban a comer. Por lo general, eran viajeros u obreros de las mencionadas fábricas del vecindario. Me llenaba de curiosidad un señor humilde, vecino de nosotros, que por apodo le decían Talepate, por el color moreno de su piel y porque tenía muchos hijos, y cuando llegaban al comedor, dejaba sin asiento a las demás personas. Este señor vivía en una gran zanja de terreno, por no decir un gran hoyo, al cual le llamaban La barranca de don Talepate. Mi madre, pero más que todo la Pille, no me dejaba jugar o meterme con esas personas o mejor dicho, no me dejaba jugar con los niños pobres del vecindario. Yo había llegado a ese vecindario a la edad de dos años. La Pille se encargaba de jugar conmigo, capirucho, piscuchas y también me contaba bonitos cuentos, y me dormía cantándome alguna canción o terminaba contándome una historia o cuento inventado por ella. Siempre me acariciaba la cabeza, diciéndome: “Algún día tú serás rico, como tu padre...”. Siempre me mantenía pulcramente aseado... ella era como mi segunda madre.

En verdad, nosotros éramos una familia pobre, pero teníamos lo necesario para poder vivir quizás un poco más que nuestros vecinos.

Mi madre, por trabajar en la Policlínica, era visitada por gente de la alta sociedad; además, trabajaba por horas en el hospital La Merced. Por eso era la Pille quien pasaba más tiempo conmigo, y, a decir verdad, yo la quería mucho.

Para una Navidad, mi madre compró un radio Punto Azul, marca muy de moda en esa época. Esa radio cambió nuestras vidas, ya que ella después de un día de mucho trabajo, se recostaba en su mecedora y encendía el aparato, y buscaba canciones que por lo general, eran rancheras. Recuerdo Farolito, la Feria de las Flores,

etc. La emisora que más escuchaba, o quizás era la única, era la Radio YSP.

Un día, me dice la Pille, un poco asustada, que entrara a la casa porque andaban el loquito “Samuelito” y “Chico andá bañate” —personajes muy populares del barrio— quienes siempre encabezaban alguna fiesta patronal o popular. Samuelito, según se sabía, era de buena familia. Cada domingo le echaban agua bendita en la iglesia para que, por un milagro de Dios, recobrara su sana mentalidad.

Yo estudiaba mi primaria en el colegio Santa Teresita del Niño Jesús; cuyas propietarias eran doña María y doña Mercedes Gonzalbo Sabater. Estas señoras apreciaban mucho a mi madre y le ayudaban con mi educación, sin cobrarle un centavo. También ayudó a mi educación mi tío Santiago Díaz Medrano.

En ese colegio estudié hasta el quinto grado. En 1944, se produce un gran acontecimiento en el país: es derrocado el dictador Maximiliano Hernández Martínez por una huelga de brazos caídos. Mi madre seguía paso a paso las noticias por la radio; ella y la Pille, exclamaron que ya era tiempo de quitar a ese señor y comentaban que hizo cosas buenas, pero también cosas malas, como por ejemplo mandar a fusilar a su propio hijo, sólo porque pensaba diferente que él; pero lo peor que llevaba en sus espaldas era la masacre de campesinos en el año 1932.

La vida seguía su curso, olvidando poco a poco la dictadura del general Hernández Martínez. Por entonces yo tenía nueve años y me fijaba bien en lo que me rodeaba. Veía mucha pobreza alrededor de nuestra casita, me despertaba la sensibilidad social a medida que iba creciendo, sin saber que con los años eso se haría manifiesto en mi poesía.

Después de Martínez llega a la presidencia el general Andrés I. Menéndez. El vecindario se iba modernizando, ya que hablaban de que iban a pavimentar la calle 5 de Noviembre y a urbanizar el barrio con bonitas casas, porque la avenida España era la única pavimentada, de doble vía; con bonitas casas y residencias muy bellas a lo largo de la avenida.

Yo seguía mis estudios, y era en verdad, un buen estudiante. En un primero de mayo de 1945, pasé el cuarto grado, con tercer lugar. Mi madre se puso muy contenta. Así crecí, entre mi querida madre, la Pille y el colegio Bautista. A mis doce años, para un diez de mayo, le entrego a mi madre, una pequeña nota que decía: “A mi madre: Querida madre, quisiera decirte todo lo que siento en este día, pero no hallo palabras para expresarme. Recibe abrazos y besos de tu hijo Roque. San Salvador, diez de mayo de 1947”. Con esto, a mi madre se le salieron las lágrimas, ya que recibía esa nota como algo especial; con un calor humano entre una madre que quiere a su único hijo se acercó a mí, diciéndome: “¡Cómo has crecido hijo... no serás tan alto, pero sí eres inteligente. Te recuerdo cuando, en los días festivos o los domingos, te poníamos el trajecito de marinero que me gustaba mucho, y así, bien vestidito, nos íbamos al parque Dueñas a oír los famosos conciertos que tanto nos gustaban, y recuerdo cuando nos íbamos en carreta al mercado y tú, te entretenías leyendo todos los rótulos, dejándome sorprendida por tu habilidad en la lectura”.

Pero yo tenía mi propio recuerdo, que por cierto a mi madre le molestaba un poco, y este era el día en que conocí a mi padre. Fue la fecha que cambió nuestras vidas, pero sobre todo, la mía. Calculo que tendría unos tres años, quizás un poco menos... Ahí

estoy sentado en el suelo fresco de mosaico, empiyamado por estar un poco enfermo del estómago, jugando con un ganchito de cabeza, de los llamados “sandino”, matando hormigas y enterrándolas apenas con la tierrita que sacaba de las junturas del piso. En el fondo hay un patio con árboles y otras plantas florales, y el aire es fresco, brillante con un olorcito inolvidable, que en diferentes ocasiones he vuelto a percibir en otras partes del mundo, con diversidad de emociones según los líos presentes en mi vida. Veo a Fidelia –la Pille– limpiando con un trapo especial los cuadros de la pared: una reproducción del Angelus, paisajes y naturalezas muertas impresas en papel y comprados en el almacén Goldtree Liebes. La Pille ya era vieja, con la cabeza menos gris que unos años después, pero con todo gris, muy gris, llevando su cara de hombre con paciencia, cara de hombre sobre todo por las grandes ventanas de la nariz y excepto por el piquito que formaba su labio superior en la parte más alta.

En eso, tocan a la puerta y la Pille va a abrir, dejando el sacudidor en una mesita y limpiándose el polvo de las manos en su gran delantal oscuro. Abre la puerta de la habitación contigua, la que da a la calle y oigo una voz extraña, de hombre, que pregunta por mi madre, y la Pille que se ríe e invoca a San Cayetano Bendito, antes de contestar que mi madre está trabajando en un caso urgente de trepanación cerebral con el doctor Zepeda Magaña, pero que pase por favor, adelante, que puede tomar aunque sea una tacita de café, y que va a perdonar el desorden de la casa, pero que sí va a poder ver al niño aunque sea un ratito y que inclusive ella, si él quiere, puede ir a buscar a doña María a la Policlínica, ya que al fin y al cabo si el paciente se va a morir, se muere, con enfermera

especial o sin ella. A mí me pica una condenada hormiga en el dedo en ese preciso momento y suelto un grito desaforado como pidiendo público y sin siquiera quitarme el bicho de encima como ya sabía hacerlo evidentemente (rascándolo con las uñas y aplastándolo contra el piso). De pronto siento que alguien me toma por los brazos y me alza del suelo, registrándome y preguntándome que qué me pasó, y yo respondo, mostrando el dedo encogido donde la hormiga muerde aún furiosamente, alzando su mínimo fondillo hasta el cielo raso. Entonces me doy cuenta de que fue la Pille quien me alzó y que luego de quitarme la hormiga me muestra cómo se hace con un pollo en venta o con un lechón, al hombre con quien hablaba y que ha llegado hasta aquí, adentro, con una tranquilidad que me impone de inmediato. Yo me limito a abrir los ojos y la Fidelia me alarga más, ofreciéndome para ser besado. El hombre lo hace y me pide el cachetío con su mejilla azul y yo me echo hacia atrás y busco el cuello de la Pille para colgarme y esconder la cara. Ella me dice que el señor es mi papá, y que debo besarlo, pero yo me hago el bobo y decido quedarme ahí, como un gusano de seda, asustado, por su primera ojeada al mundo. Siento que el señor me pega una nalgadita cariñosa y suave, me pasa una mano por el cabello, mi lindo cabello rubio de entonces, que era la esperanza de mi mamá, para que yo me distinguiera de por vida como un ser superior entre el conglomerado de muchachos, de “jiludos” cabellos salvadoreños; y luego, me quita el calcetín del pie derecho, descubriéndomelo y tomándolo entre su mano inmensa y fuerte, y me lo aprieta suavemente, sin hacerme daño, más bien siento como una cosquilla tibia, que me dicen que el señor no es tan bravo como toda la gente grande que no sean mi mamá y la Pille. Después

se ponen a hablar de cosas que no entiendo. Quien más habla es ella, oscilando entre la alegría explosiva y las lágrimas de humillación, y el señor sólo responde con palabras cortas y algo como gruñidos. Después de un rato dice que se tiene que ir. La Pille me coloca en el sofá y yo me quedo allí, muy quieto, haciendo cara hosca. El señor fuma, como pensando, y derrama la ceniza del cigarrillo en el suelo. Vuelve a acercárseme y me roza la cara con las yemas de los dedos, antes de dirigirse de nuevo hacia la calle precedido por Fidelia, quien, después de varios “Dios me lo bendiga”, dichos fervientemente y del ruido de la puerta al cerrarse, vuelve hasta mí, más alegre que nunca, diciendo cosas como una ametralladora y mostrándome un sobre blanquísimo del cual extrae un puñado de billetes, que comienza a contar mojándose con saliva los dedos, exactamente como mi mamá diría que jamás debe hacerse. En la calle, un auto lanzando una especie de ronquidos, sale volando.

Este relato me lo contaron la Pille y mi madre, ya que con mis tres años de edad no podría recordarlo y es más, lo enriquecí poéticamente en algunos momentos de cómo se pudo haber dado ese primer encuentro con mi padre.

Después de este incidente, mi padre se acercó un poco más a nosotros, pero mi madre lo rechazaba o, por lo menos, lo esquivaba, dejando a la Pille como intermediaria, para que mi padre buscara un poco de comunicación, pero mi madre, delicada y rencorosa, no le perdonaba el desprecio que nos hizo, con el agravante de dejarme como hijo ilegítimo, o sea sin el debido reconocimiento legal.



II

TIENDA ROYAL

A finales de 1949, mi madre alienta el proyecto de tener un negocio propio, y lo primero que se le ocurre es poner una tienda. Proyecto que realiza en los meses siguientes, y es así como adquiere la Tienda Royal, que era propiedad de don Enrique Carbonell, ubicada en la esquina número ciento tres, a una distancia de cincuenta metros más o menos de nuestra antigua casa, donde dejaba mi infancia. Así mi querida madre y la Pille empiezan a llevar las cosas, con la ayuda de algunos amigos de mi madre, facilitando el traslado, pero, más que todo, la gran ayuda de don José, que prestó su carreta de bueyes para trasladar los objetos pesados. Este cambio, decía mi madre, es un gran esfuerzo de mis ahorros y de un dinero que le dio la Policlínica. Pero este cambio no era mucho, ya que una distancia de cincuenta metros no era nada, porque quedábamos en el mismo vecindario y eran las mismas personas conocidas. Yo tenía, aproximadamente quince años. Para mejorar la tienda contrató a un carpintero amigo de ella, para que hiciera una mejor estantería, con mostradores de vidrio, agregándole un espacio para productos de ferretería. La Pille era el brazo derecho en las decisiones de mi madre, y a mí, algunas veces, me consultaba algo. Ya con la mercadería y los electrodomésticos se plantea si se le cambia nombre a la tienda. Pasó varios días meditándolo, y al final decidió dejarle el mismo nombre, o sea “Tienda Royal”.

El barrio iba cambiando rápidamente. La modernización se notaba; nuevos vecinos comienzan a poblarlo, sobre todo los que vivían en los modernos apartamentos Los Ángeles, transformando

la imagen del vecindario. Estas nuevas personas serán, potencialmente, los nuevos clientes de la tienda.

Un día, :ni madre me dice que iba a estudiar en el mejor colegio de San Salvador: el Externado San José. Le celebré la idea, ya que la buena educación es importante, me recalca. Me repetía: “Estudiar en ese colegio es para recibir la mejor educación del país; además te rozarás con personas y estudiantes de mucho dinero y tu posición social cambiará”. Todo esto era el reflejo de haber sido una buena enfermera en la Policlínica Salvadoreña. El contacto con muchas personas adineradas, no se le había borrado de la mente y, por lo tanto, en mí reflejaba esa idea de mejorar socialmente aunque fuera en mi educación. Casi lo consigue. La relación con mi madre era muy interesante e intensamente muy personal, se reflejaba en ser único hijo. Influyó mucho mi primera educación religiosa del colegio Santa Teresita del Niño Jesús, que nunca la pude borrar de mi mente, lo mismo que el trajecito de marinero que a ella le gustaba ponerme. Ella comenzaba a vestirme y terminaba la Pille con una gran ceremonia, arreglándomelo para lucirlo perfectamente. Yo era el único varón entre esas dos mujeres amadas.

Cuando mi madre me llevó a matricular al colegio Externado San José, no me aceptaron por ser hijo ilegítimo, y por más que ella suplicaba y les decía que era una enfermera profesional, graduada y muy reconocida por muchas personas, no me aceptaban. Era una realidad absurda de discriminación y además, a mi madre se la tenía por “delincuente” por ser una madre soltera.

No sé cómo, mi padre se enteró de esta situación discriminatoria, y llegó, furiosamente, a reclamarle al padre director, diciéndole que yo era hijo de él, y que, por lo tanto, debía de matricularme.

Entonces, el director, muy nervioso mandó llamar a mi madre, excusándose y diciéndole: “Pero señora, ¿por qué no me dijo que el niño García era hijo del señor Dalton?”

Mi madre, al darse cuenta de que mi padre había intercedido, ya no quería que estudiara en ese colegio. Pero reflexionó mucho y decidió morderse el orgullo, con tal de que yo tuviera la buena educación que ella había soñado para mí. Así, ella me inscribió y el director ya no decía “el niño García”, sino simplemente “el niño Roque”. Estudiar en el Externado sería para mí la mejor carta de presentación, socialmente hablando, por los nuevos amigos que tenía, pertenecientes a buenas familias. El Externado se relacionaba mucho con el colegio La Asunción; ya que se nos invitaba a sus fiestas en que nos mezclábamos con lindas jovencitas de nuestra misma edad. Sinceramente, estos son bellos recuerdos vividos, donde empieza a madurar el deseo del romance y aventura.

Las citas las hacíamos en el Campo de Marte de esa época. Mi vestimenta había cambiado radicalmente; ya recibía alguna ayuda de mi padre, como para apaciguar sus años de irresponsabilidad. Quizás su viudez y su soledad me habían favorecido, pero, con toda la bondad de mi nueva vida, no podía borrar mi infancia o sea el antiguo barrio y más que todo recordar al famoso Mesón Inglés y la familia de don Talepate, la fábrica Dridma, el comedor de doña Martita, donde se reunían tantos rostros y chismes del vecindario y además cómo podía olvidar esos recuerdos, si todavía pertenecía al mismo barrio de San Miguelito, ya que únicamente me separaba una distancia de cincuenta metros.

A pesar de mi relación con los compañeros del Externado, y mis amigas del colegio La Asunción, mi primera novia fue del

barrio San Miguelito. Era de familia modesta. Su nombre: Rosa Elvira Franco. Era una linda joven, blanca, pelo castaño y muy parecida a mis otras amigas de La Asunción. Por primera vez, me provocaba la necesidad de escribir pequeños poemas románticos. Eso duró casi un año o quizás más, porque ella se fue a vivir a Nueva Orleans y nunca más regresó.

Así, del año 1950 al 1953 maduré bastante, con mucha precocidad, y con lo poco de ayuda que recibía de mi padre y el dinero que aportaba mi madre para mi educación, ya que ella, no miraba con buenos ojos la ayuda de mi padre; pero así fui creciendo, pues no había otra alternativa. La tienda no rendía como en años anteriores.

El veintiuno de febrero de 1953, me gradué de Bachiller. El diploma dice así: “El Rector del Externado San José, atendiendo a que el Sr. Don Roque A. García ha sido debidamente aprobado con las formalidades reglamentarias en este establecimiento para obtener el título de Bachiller en Ciencias y Letras. Extiende el presente Diploma sellado con sello del Colegio para que el Sr. Don Roque A. García sea reconocido como Bachiller en Ciencias y Letras y goce de los derechos y prerrogativas que le corresponde. San Salvador, veintiuno de febrero de 1953”. Firma, El Rector. En el Externado San José el cura regañón Alfonso María Landarech, fue duro conmigo en la enseñanza y con los demás compañeros. En el deporte rivalizamos con el famoso colegio Liceo Salvadoreño.

Mi graduación fue un gran acontecimiento para mi madre ya que me tocó dar el discurso de despedida de dicha promoción. Pero más para mi padre, quien llegó a la casa y me dejó una nota con la Pille, ya que mi madre, como siempre, no estaba. Cuando llegué,

mi madre me dice: “Vino tu papá y te dejó esta nota”. Leí y en ella decía que, como premio a mi graduación, podía usar su apellido Dalton.

Me entristeció tanto la nota, que me senté en la silla más cercana del comedor, y me puse tan mal que se me salieron las lágrimas. La espera del apellido se prolongó muchos años, hasta que mi padre me reconociera como hijo suyo. Sólo recordar ese dolor, que por tantos años llevara mi madre, me entristecía. Él, por todos los medios buscaba la forma de remediar el mal que nos había causado y ese mismo año me manda a estudiar a la Universidad de Santiago de Chile. Estudio Derecho. Salí en marzo de 1953 con mi madre que me acompañó hasta Panamá, donde nos hospedamos en el hotel Colombia. Allí nos quedamos cuatro días, mi madre regresó a San Salvador y yo salgo para Chile acompañado por unos misioneros gringos.

Llego directamente a la Universidad Católica de Chile y lo primero es visitar la Facultad de Teología. El decano me sugiere que estudie en la Universidad de Chile o sea del Estado y yo le seguí el consejo ya que allí compartiría distintos pensamientos ideológicos, pero permanecí únicamente dos ciclos o sea once meses. Durante esta estancia en Chile, conocí al pintor mexicano Diego Rivera, porque fui comisionado por una revista Universitaria de Chile, para hacerle una entrevista a este eminente universal que se encontraba de visita en Chile, con motivo del Congreso de Cultura, que se celebra en Santiago. Yo llegué, simplemente a cumplir con el compromiso pero, quizás, el hombre se hallaba en sus peores momentos. Empezó a responder a mis preguntas en una forma muy cortés, hasta que no sé por qué se le ocurrió preguntar

por mi filiación política, y me preguntó también, con aquella voz exuberante, que cuántos años tenía yo. Le dije que dieciocho años; me pregunta de nuevo que si ya había leído a Marx; le contesto honradamente que no; entonces me dijo que yo tenía dieciocho años de ser un imbécil y me echó, y yo, horrorizado, por supuesto.

Pero después de salir en la forma descrita, y de conocer personalmente a Diego Rivera, me interesó la actitud del hombre y empecé a investigar quién era él. Fui a algunas de las conferencias magistrales que dictó en Chile, lo seguí y así me enteré, por ese incidente, de la pintura mexicana, que era una cosa en la que yo nunca había reparado, y lo que es más importante, me nació la preocupación por estudiar el marxismo. Porque, por primera vez en mi vida me había pasado que una persona me llamara imbécil, por no conocer a Marx.

De regreso al país, retomo mi noviazgo con Aída Cañas Morales, a quien conocía desde mi infancia, cuando ella tenía doce años y llegó al vecindario de San Miguelito. Aída era hija de doña Carmela Morales de Cañas y de don José Cañas, ambos oriundos de Sonsonate. Aída era sobrina de los arquitectos y pintores Federico y Jorge Morales, hermanos de doña Carmela. Así es que no hubo ninguna novedad el que en 1955 nos casáramos. Yo tenía veintiún años de edad. Este matrimonio, a pesar de que lo realizábamos demasiado jóvenes, yo lo tomé con mucha responsabilidad (pero no funcionó).



III

UNIVERSIDAD NACIONAL (1954)

Desde abril de 1955, el teniente coronel José María Lemus fue aceptado por el Partido Revolucionario de Unificación Democrática (PRUD) y se perfiló como seguro candidato a la presidencia de la República. También hubo candidatura por parte del Partido Auténtico Constitucional (PAC), participando en las elecciones con la condición de que se reformara sustancialmente la Ley Electoral, porque no querían ir a otra aventura. Asimismo, don Roberto Edmundo Canessa, pide autorización para formar un partido: el Partido Acción Nacional (PAN), que lo postula como candidato a la presidencia; el candidato del PAC, fue el teniente coronel Rafael Carranza Amaya.

Quizás la mejor noticia del día viernes diecisiete de junio de ese año, fue que a los poetas Francisco Gavidia, Raúl Contreras y el historiador Miguel Ángel García, habían recibido un homenaje con entrega de diplomas, en la Casa de la Cultura el día quince por la noche. Desgraciadamente, el día sábado veintitrés, a las cero horas, muere el maestro Francisco Gavidia, debido a la caída que sufriera unos días antes.

Jueves 10 de noviembre de 1955. Un pavoroso incendio destruyó por la noche el local de la Universidad Nacional. La Asamblea Legislativa ha declarado duelo nacional por tal siniestro.

Sábado 14 de diciembre. Los partidos PAR, PAN y PDN, forman un frente político. Éstos, que postulaban a Funes y a Carranza Amaya, están agotando todas las investigaciones necesarias para probar que el candidato oficial, Lemus, es de origen hondureño.

En enero de 1956, la Asociación General de Estudiantes Universitarios (AGEUS), cumple veinticinco años de vida.

Cuatro partidos se reúnen para apoyar la candidatura del coronel Carranza Amaya, para oponerla a la del coronel Lemus. Los partidos que hacen este esfuerzo, son el PID, PDN, PAN y por supuesto, el PAC.

Miércoles 29. Se retiran los partidos mencionados de la contienda política y sólo irá el PRUD a las elecciones.

Jueves 8 de marzo. Sin rivales, el triunfo de las elecciones se lo llevó Lemus. El jueves quince, dijo: “Gobernaré con apego a la ley”.

Miércoles, julio. Cerca de mil vendedoras ambulantes han ocupado el predio de la Universidad Nacional. Estas vendedoras son perseguidas por la Policía Municipal, pero se han armado de piedras para contraatacar a las autoridades.

15 de septiembre. José María Lemus asumió la Presidencia el día de ayer; el ex presidente Óscar Osorio le entregó la banda presidencial.

Domingo 30 de septiembre de 1956. Ayer murió asesinado Anastasio Somoza, Presidente de Nicaragua. El magnicidio lo ejecutó Rigoberto López Pérez, quien fue muerto por la Guardia Presidencial de Somoza.

Lunes 1º de octubre de 1956. Ayer, la Asamblea Legislativa declaró tres días de duelo por la muerte de Somoza y en contraparte, por el mismo motivo, la AGEUS declaró tres días de júbilo.

Cuando entré a estudiar en 1954, la carrera de Jurisprudencia y Ciencias Sociales en la Universidad Nacional, ubicada en la antigua casona, yo contaba diecinueve años de edad. El edificio

estaba ubicado en el centro de San Salvador, al lado poniente de la Catedral Metropolitana. Este viejo edificio estaba construido totalmente de madera, el techo era de lámina y como dije, en el incendio fue reducido a cenizas y láminas retorcidas. Al respecto, la versión que circuló en ese entonces, fue que un militar había sido el autor intelectual del incendio, porque el centro de estudios lo consideraban un foco de subversivos.

En mayo de 1954, tenía veinte años. En esos días, había una convocatoria de reorganización de la izquierda estudiantil en la Universidad. Consideré que era la oportunidad para enrolarme al Partido Comunista Salvadoreño (PCS). La convocatoria la hacía Jorge Arias Gómez. La asistencia fue numerosa; unos ya estaban afiliados y otros no, como en mi caso. Este compromiso lo adquiría, en parte por sacarme la espina que me dejó Diego Rivera. Mi buena manera de vestir ocasionó algunos comentarios, considerándome como un pequeño burgués. Llevaba mi buen saco de pana color camello, pantalón café y una corbata y una camisa que matizaban el conjunto y demostraba buen gusto en el vestir, que, a decir verdad, era el gusto de mi madre, ya que era ella la que escogía la ropa para vestirme, porque yo, en realidad, era un poco descuidado.

En las primeras reuniones le dimos vida a Acción Estudiantil Universitaria (AEU). Era un proyecto que se contemplaba desde años anteriores. En ese mismo año de 1954, en la AEU tuve éxito eleccionario en la UES. Poco a poco, el PCS comenzó a recuperar terreno, que en ese entonces ocupaban la derecha y los centristas. Fui reconocido por defender muy elocuente y convincentemente, la declaración de principios y programas de la AEU. La primera oportunidad la utilicé para darme a conocer como articulista y

después fui electo como redactor de Opinión Estudiantil. Este semanario, del que se imprimía miles de ejemplares, fundado en 1918, gozaba de prestigio, aceptación y apoyo popular por su contenido cultural y político. Circulaba cada sábado y era vendido al estudiantado y público en general.

Es innegable que Acción Estudiantil Universitaria, fue de las organizaciones estudiantiles más ágil y versátil en el trabajo político que existiera en los años cincuenta. El aspecto cultural no fue descuidado. Por esa razón, cuando el director del Teatro Universitario, André Moreau montó su obra “La Alondra” de Jean Anouilh, escogió para el reparto a reconocidos militantes de AEU. Entre ellos figuraron Manlio Argueta, Hildebrando Juárez, Raúl Monzón, Miguel Ángel Parada, José Roberto Cea, Roberto Armijo, Aristides Larín, Chepe Vides, Carmen Alemán y otros. Nadie se extrañó. Recuerdo que el público asistió masivamente al estreno de la obra. Yo hacía el papel del presidente del tribunal que juzgaba a Juana de Arco. En plena actuación, saqué a relucir mi humor, al reírme y burlarme, cuando Hildebrando levantó el brazo y se le bajó la manga del atuendo, dejando ver su reloj pulsera. Me acerqué al oído el reloj, para comprobar si funcionaba. Esto causó muchas carcajadas, pues en la época de Juana de Arco no existían los relojes.

Para colmo Roberto Armijo, que hacía de soldado francés, estaba mascando chicle. Al pobre director Moreau no le quedó más recurso que tomarse la cabeza entre sus manos y proferir: “¡Merde!”.

Sucedió un día sábado del mes de octubre de 1958. Era la reunión de un círculo de estudios de teoría marxista-leninista. Esta reunión la celebraban, clandestinamente, cuatro militantes cada semana. Estaba fijada a las cuatro de la tarde. El responsable del

círculo era el compañero Raúl Padilla Vela y los estudiantes Brenda Bertila y Juan Amaya. Ella estudiaba la secundaria, y él trabajaba como periodista en La Prensa Gráfica. Su fuente de trabajo abierto era la “Asociación 5 de Noviembre”. El tema a desarrollar: “El Programa Agrario del Partido Comunista de El Salvador”. El local era la casa de habitación de Padilla Vela, situada en la calle Gerardo Barrios. Se cumplía con elementales normas de seguridad. De repente, tocan la puerta. Moreno había dado instrucciones sobre el minuto conspirativo. Abrió la puerta. Yo era un militante de reciente incorporación al Partido Comunista. ¿Qué pasa? Me dijo Moreno. Le contesto: Vengo de parte del Comité Departamental para observar el desarrollo del círculo de estudios. Sólo será cosa de diez o veinte minutos. Moreno me franqueó el paso. La reunión clandestina siguió su curso. Mientras yo, hacía varias preguntas, como si fuese un supervisor o un examinador académico. Les digo: una última pregunta: ¿A qué horas terminará la reunión? Moreno entró en sospechas. Yo me sentí nervioso, pero afortunadamente todo terminó bien. Sin embargo, en horas de la noche encontré a Moreno en el local de la “5 de Noviembre”; inmediatamente me expuso las dudas por esa forma de trabajar del Comité, diciéndome que pediría explicaciones. Entonces, le dije, no hagas eso. La verdad es que estoy enamorado de la Brenda y estaba desesperado por verla y yo sabía que se iban a reunir, y lo único que se me ocurrió fue ese pretexto. Al verme preocupado, con una cara sumamente triste, me dijo: “Roque, sí que eres un gran cabrón”. Me puse a sonreír, respondiéndole: “Yo respeto las normas de la clandestinidad, pero pudo más la fuerza del amor”.

El año de 1956 fue muy decisivo para mí. Por mi propia iniciativa se fundó el Círculo Literario Universitario (CLU) que, entre otros, estuvo inicialmente integrado por el poeta guatemalteco Otto René Castillo, poeta y revolucionario guatemalteco, venía huyendo del régimen de Juan Jacobo Arbenz. Otto René pertenecía al Partido Guatemalteco del Trabajo, con identificación comunista; Manlio Argueta, Roberto Armijo y Alfonso Quijada Urías. El CLU, lo hice nacer haciendo apreciaciones de nuestra historia. Imponía mis propios juicios demoledores de todo lo falsamente magnificado, así como contra las aspiraciones superficiales, promovidas oficialmente, en torno a los próceres de la Independencia, escritores, poetas, políticos y otras figuras del pasado y del presente. Me movía a realizar esta faena, propiamente catarsis, con crueldad e iconoclastía. Este Círculo fue el componente para formar, con el tiempo, el Grupo Literario de la llamada “Generación Comprometida” y esta se subdividió en dos grupos, encabezados por sendos poetas mayores como Oswaldo Escobar Velado y Pedro Geoffroy Rivas.

A Escobar Velado se adherían jóvenes poetas de provincia: Armijo, Cea, Miguel Parada, Tirso Canales, Hildebrando Juárez y otros. A las tertulias se sumaban agentes vendedores (que en realidad eran orejas) políticos, periodistas y sindicalistas. También se nos unían los poetas sonsonatecos Alfonso Morales, Eduardo Menjívar, Luis Galindo, Mauricio Silva y amigos de la bohemia. Entre los políticos llegaban Raúl Padilla Vela y Alberto Ramírez. El punto de reunión era el Café Doreña, situado en la Cafetalera, diagonal Parque Libertad; otro punto de tertulias fue el Cafetín España, donde servían riquísimos tamales y quesadillas.

En el segundo círculo, al cual yo pertenecía, nos reuníamos con Geoffroy Rivas, frente al Parque San José en el Café La Ronda. Geoffroy sólo aceptaba a los que él consideraba relevantes, como Jorge Arias Gómez, Otto René Castillo, Manlio Argueta, Eugenio Martínez Orantes, Ricardo Bogrand, Manuel Olsen; y a pintores como Camilo Minero, Luis Ángel Salinas y Tuno Alvarenga, que habían estado becados en México. Este grupo tenía toda gran admiración por Geoffroy Rivas, lo consideraban su jefe y lo respetaban como poeta revolucionario.

Este cenáculo, entre cervezas y poesía, tenía gran dosis de irreverencia. Los de la Generación Comprometida, publicábamos en el Suplemento Literario de La Prensa Gráfica, que dirigía Luis Mejía Vides, hermano del reconocido pintor José Mejía Vides. También publicábamos en el Suplemento de Diario Latino (Sábados de Diario Latino) que dirigía Juan Felipe Toruño, así como en Revistas de la Universidad de El Salvador. Éramos clientes de la Librería Claridad, propiedad de la escritora Ana Rosa Ochoa; ahí comprábamos los libros “prohibidos” o “peligrosos” según las autoridades, tales como los de los poetas Pablo Neruda, Maya Kovski, Rafael Alberti, Luis Cardoza y Aragón, Federico García Lorca, Miguel Hernández, León Felipe, etc. Todos estos poetas estaban ligados a España, o sea que eran de la generación de la “Guerra Civil Española”. Es lógico que me influyó por esta época Neruda y Maya Kovski. Los compañeros del otro grupo, leían Shakespeare, Tolstoi, O’Neil, Sor Juana Inés y a César Vallejo.

Cuando llegó Matilde Elena López, que retornaba de su exilio en el Perú, la visité con bastante frecuencia, entrelazando una buena amistad con ella, porque la consideraba una gran escritora, al igual que a Claudia Lars y Alfonso Orantes.

En los cafetines Bambi, Aloha o Chalo's Bar, nos reuníamos con Álvaro Menéndez Leal, René Velasco, Omar González, Raúl Monzón y Pepe Rodríguez Ruiz. Quien invitaba era por lo general Álvaro, fundador y director del primer noticiero televisado en El Salvador Teleperiódico. Álvaro había sido estudiante de la Escuela Militar. Por esa época, Escobar Velado ya padecía de la enfermedad que lo llevaría a la muerte. Ítalo López Vallecillos y Álvaro se excluían de la bohemia política del círculo, sin embargo Álvaro se autoexiliaría en Europa; Chávez Velasco e Irma Lanzas, salieron becados a Italia; Mercedes Durand, parte hacia México, y el joven que había hecho su propia bohemia, Orlando Fresedo, siendo un brillante poeta muere a los veintiocho años de edad.

En resumidas cuentas, nosotros le imprimimos una nueva modalidad al arte de poetizar lo rutinario, lo cotidiano y, de manera seria, lo humorístico de nuestra realidad. Sin duda alguna, representábamos una literatura de vanguardia.

La presencia del poeta revolucionario, de origen guatemalteco, Otto René Castillo, decididamente ejemplar en su militancia, fue destacada y sería mi inseparable compañero, así como los demás intelectuales de la Generación Comprometida.

Empecé a analizar dentro de la literatura, con mucha madurez, a pesar de mi juventud e inexperiencia, pero con agresivas ilusiones revolucionarias, logrando romper con la tradicionalidad, lo añejado, en donde se estancaron las "vacas sagradas" de nuestra literatura y del resto de Centro América.

Como decía, la influencia de otros escritores, sobre todo de los extranjeros, no puede pasar desapercibida o ignorada; por ello, tenemos nombres como Rubén Darío, Pablo Neruda, César Vallejo, Antonio Machado, etc., cuya influencia literaria juzgo fuerte en

nosotros, los jóvenes de esa época. Puedo decir que nadie, en el sentido más estricto, se caracterizó por una originalidad total y equilibrada; aunque sí hubo decisión e ímpetu para romper esquemas de costumbres o tradiciones, como en mi caso. Fue vigorosa la influencia de Neruda, Vallejo, Heminway, Faulkner, etc. sobre mí, pero quizá me sentí más cerca de César Vallejo. Consideré que mi gran aspiración literaria, podría canalizarse en un moldeamiento para la búsqueda de una propia identidad literaria. Por ejemplo, para manejar los recursos del lenguaje y métodos diversos de investigación científico-literaria, sin olvidar que vivíamos en una época militarista represiva, en la cual estos ideales eran considerados subversivos.

Mi preocupación revolucionaria la ampliaba mi querido amigo Otto René Castillo. Así, empiezo a viajar a Guatemala, para conocer más de cerca la literatura de combate de ese país. Por esa época, tenía veintitrés años de edad. Conocí al gran poeta y líder revolucionario Roberto Obregón, a Fito Mijango, Julio Fausto Aguilera, Miguel Ángel Asturias y a otros más. En Guatemala me di cuenta de que el proceso literario y revolucionario iba más adelantado que el nuestro. También me percaté de que para las letras o el arte en general, no hay fronteras, porque la expresión humana, conducida por la inspiración y la creatividad estética, así lo ha definido. Respecto a las fronteras políticas, hace mucho tiempo que debieron ser abolidas, erradicadas. Ya no es posible continuar haciendo de nuestros países cárceles inanimadas, como tampoco traspatios, ni laboratorios politológicos de alta experimentación. No es concebible continuar trazando líneas fronterizas, fragmentado el mundo. El todo, es de todo mundo, y

el mundo es del hombre. No más ostracismos no chauvinismos xenofóbicos, que tanto mal y tanto daño le hacen a la humanidad.

Nuestra “Generación Comprometida” se componía como de veintisiete personas, cuya mayoría éramos estudiantes de Derecho. Este núcleo de creadores literarios, cultivó la poesía, el ensayo, la novela, el teatro, la prosa narrativa, el cuento y las artes plásticas, considerando, a su vez, que el quehacer de sus inspiraciones artísticas deberían caminar ligados a la realidad y el sentir de las causas populares, siendo este, pues, el compromiso ineludible. Nuestro trabajo literario estaba hecho de gran vitalidad y alto contenido revolucionario. Por medio de la poesía se llegó a la revolución. Escribimos como pensamos y vivimos esa época unificando teoría y acción, en busca de la liberación definitiva de nuestros pueblos.



IV

EL PUEBLO UNIDO, JAMÁS SERÁ VENCIDO

Cuando comencé mi carrera universitaria, casi un adolescente todavía, poseía aún una cosmovisión pasmosa. Sin darme cuenta, el plantear mi teoría o exponer la situación obrero-sindical-patronal, así como decir “Centro América, plátano maduro”, quedaba implícita la injerencia de las transnacionales inglesas-norteamericanas: United Brand Company, United Fruit Company, plantaciones de bananos en Honduras y Costa Rica que conocí. Esta visión temprana imperó en mi poesía de juventud. Así, me comprometía y justificaba la conversación de Diego Rivera en Chile de llegar a estudiar más a fondo el marxismo. En estas circunstancias, empecé a ganar varios premios centroamericanos de poesía, otorgados por la Universidad de El Salvador en los años de 1956, 1958 y 1959.

Al aceptar ser miembro del Partido Comunista, sentí que me transformaba y adquiriría una coherencia monolítica al encuentro del verdadero marxismo, que cambiaría radicalmente mi manera de ver las cosas, mi vida, mi pensamiento, mi sentir, y, más que todo, mi obra literaria tendría consecuencias. Estaba consciente de que mi militancia partidista me traería problemas con el sistema y la oligarquía anticomunista.

Me sentía un auténtico “camarada”. Lo mejor era que la izquierda se había organizado, naciendo un gran movimiento estudiantil universitario, que aglutinaba a toda la izquierda dispersa en las otras facultades.

Siempre me gusta recordar los años 1950 y 1960, porque es el período crucial de formación del Roque Dalton que sería en los

años venideros. Me cuesta coordinar tantas cosas de formación, tanto las emocionales relacionadas con mi familia, o sea mi esposa e hijos, con el ordenamiento intelectual y revolucionario dentro de la Universidad, que me estaba absorbiendo mucha responsabilidad y también el PCS.

Por estas fechas conocí a la poetisa hondureña Clementina Suárez, esposa en ese entonces del maestro pintor José Mejía Vides. Clementina andaba con la inquietud de realizar el proyecto de la “Casa del Artista”, que llamaba también “El Rancho del Artista”. Recibió el apoyo del presidente Oscar Osorio. Clementina y la también poetisa Eunice Odio, compartían una casita muy bonita, a un kilómetro y medio del monumento de El Salvador del Mundo, en el pasaje La Lechuza, a la entrada del puente del mismo nombre. Esto es, sobre la carretera a Santa Tecla. Allí, comenzábamos las tertulias, y terminábamos en el drive inn La Campana. Nos íbamos directo al kiosco de madera, rodeado de una exuberante vegetación, donde comíamos y bebíamos algunas cervezas. El mencionado drive inn nos servía hasta de oficina de la Casa del Artista. Clementina era feliz y, además simpatizaba con los compañeros comunistas. Por medio de ella, también conocí a dos excelentes poetas hondureños: Roberto Sosa y Rafael Paz Paredes. Al poco tiempo, Clementina comenzó a tener problemas por las quejas del vecindario, porque suponían que allí se realizaban orgías, y además hacían mucho escándalo. Con el tiempo, su proyecto se esfumó.

V

CONSECUENCIAS DEL DESFILE BUFO DE 1957

Quienes usufructuaron el poder político a partir del catorce de diciembre de 1948, celebraban la fecha, año tras año, con costosos desfiles y actos estrictamente militares entre los cuales había uno en el que participaban cientos de personas provenientes de todos los rumbos del país. Le tocó al coronel José María Lemus celebrarlos en 1957. En el llamado predio universitario y en el Parque Barrios, se reunían muchos capitalinos para presenciar el desfile. Eran las once de la mañana: miles y miles de obligados manifestantes se dirigían del Estadio “Flor Blanca” a Casa Presidencial. Un grupo de muchachos del barrio Santa Anita se apostó en la intersección de la Avenida Cuscatlán y la Calle Arce y empezaron a desorientar a los manifestantes. “Los de Cabañas, sigan recto al oriente”, “los de San Vicente, crucen sobre la Cuscatlán”, etc. Detenían las delegaciones, diciéndoles que dejaran un espacio entre los contingentes. De repente, los delegados de Usulután la emprendieron a golpes contra nosotros. Ardió Troya en San Salvador. El desfile se descoordinó. Entonces salgo con mi compañero Carlos Alberto Hidalgo —de oficio tipógrafo, sindicalista muy activo— y la policía nos identificó, porque en días anteriores habíamos salido en una manifestación burlándonos y caricaturizando a personajes corruptos del partido oficial y de la “alta sociedad” guanaca. En este caso, me señalaron como a uno de los organizadores, lo cual era verdad, pero lo que más cólera les causaba era el contenido de nuestra ingeniosa publicación, “La Jodarria”, acusándome por primera vez, de que yo era el redactor, lo cual era verdad. Por segunda vez, la

policía aprovechó la oportunidad de acusarme junto a mi compañero, de haber desbaratado el desfile oficial, pero a decir verdad, no sólo éramos nosotros. Esa misma noche fuimos capturados y presentados a los tribunales varios días después.

El juez nos mandó a la Penitenciaría Central, y, así, con Carlos Hidalgo, pasamos la fiesta del año nuevo en la celda, recobrando nuestra libertad en los primeros días del mes de enero. Esta fue mi primera experiencia carcelaria como reo político.

En el mismo año de 1957, el PCS, reconociendo mi trabajo revolucionario, me selecciona junto, con otros compañeros, para participar en el “VI Festival Mundial de la Juventud y de los Estudiantes de la Paz”, a celebrarse en Moscú del veintiocho de julio al once de agosto de 1957. La delegación salvadoreña la integraba Roberto Castellanos Calvo, Domingo Mira y Tomás Guerra.

Tuvimos conocimiento de dicho festival por medio de boletines de la “Federación Mundial de la Juventud Democrática”; estos encuentros se venían realizando desde 1947.

Partimos el seis de junio de 1957 hacia Costa Rica, después a Panamá donde tomamos el barco italiano Américo Vesputio, que nos llevaría a Génova.

El cuatro de julio salimos de Génova hacia Viena, llegando a la capital de Austria, donde nos facilitaron los documentos para entrar a los países socialistas, siendo la primera escala, Checoslovaquia, donde fuimos recibidos por la delegación de la Juventud Comunista.

Llegamos a la URSS el veintiuno de julio en la estación de Chop, donde una gran delegación nos daba la bienvenida. Después

atravesamos territorio ucranio, llegando el veintitrés de julio a Moscú, dirigiéndoles un discurso de agradecimiento que fue transmitido en onda corta para América Latina por la Radio Moscú.

A mis veintidós años de edad, fue una gran experiencia. Lo tomé como un gran compromiso con la Internacional Socialista. Después del Festival, nos quedamos unos días más, durante los cuales nos dieron una serie de charlas de información política.

Cuando llegamos a Moscú, fuimos recibidos por unos representantes del Komsomol Leninista que abarcaba a millones de jóvenes no necesariamente comunistas. El Komsomol era nuestro anfitrión y nos hospedaron en el hotel de ellos, el Komisommol “Yunost” (juventud). Tenía un espacioso vestíbulo, que conducía a un acogedor restaurante famoso por su cocina rusa. Había sala de conciertos y espectáculos en la que se han celebrado concursos juveniles de la canción, de poesía y de violín, y en la que han actuado grupos artísticos de aficionados y artistas de fama mundial. En este lugar también se celebran asambleas y otras reuniones. Todas las paredes de la planta baja son de vidrio. Con frecuencia, curiosos chicuelos moscovitas, apoyando con fuerza la nariz contra los cristales, admiran los pececillos raros que hay allí, en unos acuarios.

En el patio del hotel hay una fuente, rodeada de palmeras y abetos. En sus siete pisos, hay luminosos pasillos, y en todas las salas un televisor y acogedores rincones para descansar. En las habitaciones, había receptores de radio y teléfonos. Desde la ventana que cubre toda la pared, se abre una espléndida vista al estadio V. I. Lenin. En resumidas cuentas, un hotel de quinientas habitaciones, hermoso y confortable.

La inauguración del Festival se llevó a cabo en el gran escenario del Kremlin; en la embocadura de este escenario, en la parte alta, estaba colocado el símbolo de la Paz, un bello dibujo realizado por el pintor español Pablo Picasso. Como música de fondo, se ejecutaba La Internacional, todo era solemne y de magnificencia revolucionaria.

Después del Festival, nos reunieron en grupos, de acuerdo a nuestra especialidad o inquietudes. A mí me tocó en el grupo de los escritores, periodistas, y a los demás compañeros los mandaron a Praga. Habíamos en total, más o menos mil setecientos jóvenes, seleccionados por países. Me tocó estar con brasileños, venezolanos, argentinos y mexicanos. Había más cubanos. Nos llevaron a la calle Suschovskaya, de Moscú, en donde se encuentra un edificio de seis pisos, en el cual están alojadas las redacciones de los periódicos “Pioner Kaya Pravda”, así como las demás publicaciones del Komsomol. En este edificio también se encuentra la redacción y la imprenta de la editorial “Joven Guardia”, muy reconocida en la Unión Soviética y otros países. Aquí se preparan, toman forma y se imprimen las obras para niños y para la juventud. Libros y revistas inician desde aquí su viaje hacia toda clase de lectores. Nos cuentan que las primeras publicaciones fueron libros de divulgación sobre el Partido Comunista y sobre Lenin, sobre todo sus artículos y discursos dedicados a la juventud. Los mejores militantes del Partido transmitían a la juventud sus experiencias, su ardor revolucionario y la doctrina, indicándoles el camino leninista y las formas de lucha para construir el comunismo.

En “Joven Guardia” colaboraban grandes poetas y escritores como Shólojov, Fedin, Fúrmanov, Fadeer, Gaidar y Koltsov, que devinieron en los mejores representantes de la literatura soviética,

sus clásicos y guías, que llevaron sus primeras obras a la editorial juvenil. Igualmente, consideraron suya la pléyade de poetas que formaban Mayakovski, Golodni, Svetlov, Utkin, Bezimenski, Zharov y Aséev. Al hablar de esta editorial, nos referimos a tirajes de cada obra por millones de ejemplares. Un ejemplo de esto es, que la obra “Así se templó el Acero” de Nicolás Ostrovski se han hecho nada menos que quinientas cincuenta y una ediciones, con más de veintiséis millones de ejemplares, en sesenta y una lenguas de los pueblos de la URSS, y para el exterior, se ha publicado en cuarenta y ocho países, en cincuenta y dos idiomas. También tiene mucha demanda entre los lectores la colección “Vida de Personalidades Notables”, que fuera iniciada por Máximo Gorki. De esta serie ya se han publicado más de setecientos volúmenes. Estos tratan sobre la vida y la obra de personalidades destacadas del Partido Comunista y del Estado Soviético; de hombres de estado y personalidades progresistas de la vida social; de hombres de ciencia, escritores, pintores y músicos.

Así, la juventud tiene toda la posibilidad de conocer las biografías de Marx, Engels, Kirov, Kaliniu, Dimitrov, John Reed, León Tolstoi, Dostoieski, Fiodorov, Abrahan Lincoln, Simón Bolívar, Shakespeare, Dickens, Balzac, Honoré Daumier, Jack London, Pancho Villa, etc. Las publicaciones de “Joven Guardia”, son del género más variado. Desde que se fundó, edita libros de diferentes temas, estilos, etc. Se comprende, pues, que la juventud y todos los lectores esperan las novedades en literatura, así como de política, arte, de poetas que empiezan, o las última novela de algún escritor ya consagrado.

En la reunión de despedida, con mucha euforia revolucionaria salieron las consignas siguientes: “¡Salud, victoria siempre!...

¡Venceremos Unidos!... ¡Amigos! ¡Coetáneos! Estrechemos nuestras manos... Adiós”.

De regreso a El Salvador, escribí el poema “Vengo de la URSS amaneciendo”. Se trataba de un panfleto de amor a la Unión Soviética, como un recuerdo al “VI Festival de la Juventud de los Estudiantes de la Paz”.

En Moscú, los camaradas nos pidieron, a los tres pelones que representábamos a El Salvador, que cantásemos algo propio de nuestra patria, y nosotros, para colmo, no sabíamos ni siquiera “El Carbonero” de Pancho Lara. En ese apuro, escribí con Tomás Guerra de inmediato, letra y música, el “Machete Encachimbado”, que dice así:

Soy un pobre campesino
sin un rancho en qué vivir,
sin tortilla y sin frijoles,
sólo hay dolor para mí.

El patrón me ha despedido,
me ha rotpido el corazón,
me ha chupado hasta la sangre,
quijueputa es mi patrón.

Pero tengo mi machete,
filoso como mi hambre,
con él vua cobrar las cuentas
y eso no será muy tarde.

Que me toque la marimba
un canto de redención.
Que se afilen los machetes
para la revolución.

Todos aplaudieron, porque no se dieron cuenta de nuestra improvisación.

El presidente Lemus gobernaba sin ninguna novedad aparente, derogando leyes que el ex presidente Osorio había impuesto. En la Universidad se vislumbraban cosas interesantes pues la izquierda estaba organizada. Yo con la experiencia de mi viaje, les llevaba cierta ventaja a mis compañeros escritores y poetas; comprendía, más que nunca, que en una sociedad, como la nuestra, ser revolucionario equivalía a subversivo, en el sentido más estricto de la palabra, de subvertir el orden establecido.

En 1958, además de continuar mis estudios en la UES, colaboraba en “Opinión Estudiantil” y trabajaba en “Radio Prensa de El Salvador” como reportero y redactor del programa matutino. En el turno de la tarde, estaba Jorge Arias Gómez. Este trabajo, además, lo compartíamos con los dueños Humberto González Juárez, Marco Antonio Franco y un coronel de apellido Bolaños, exiliado. Cuando clausuraron el audio periódico, fundamos “Radio Flash”, con el compañero Jorge Arias Gómez, Tomás Guerra y Fernando Ortiz Alemán (quien fungía como director). Pedro Geoffroy Rivas colaboró eficientemente en este periódico hablado. Así pasamos medio año de 1958 y medio año de 1959.

En junio de 1958, el escritor Luis Gallegos Valdés, Director General de Bellas Artes, invitó, para que ofreciera un recital de

poemas inéditos en la sede de esa dependencia estatal, al poeta Óscar Acosta, originario de Honduras, quien era muy amigo del poeta y narrador Rafael Paz Paredes. Éste le dio una recepción en su casa, situada en Los Planes de Renderos. Rafael invitó al grupo de poetas jóvenes mencionado anteriormente. Así, se inició una prolongada amistad con Óscar Acosta, la cual continuamos en Tegucigalpa, México y Madrid.

Al año siguiente, en 1959, recibí una invitación de parte de los miembros del Círculo Literario Universitario de Honduras, con motivo de su fundación y el objeto de establecer relaciones con nuestro círculo. Entre los fundadores estaban mi amiga Clementina Suárez, Lisandro Gálvez, Medardo Mejía, Pompeyo del Valle, Alba Rosa Suárez, y por supuesto, Roberto Sosa. Después de realizar la mesa de trabajo, nos llevaron a pasear a El Hatillo y a Santa Lucía, pueblos muy pintorescos y muy visitados por turistas a quienes les encanta las blancas casitas y las calles empedradas, sin faltar la Iglesia que le da el toque de auténtica identidad hondureña.

Tuvimos un hermoso convivio y cultivé nuevas amistades de camaradas hondureños.

Por mi viaje a Moscú y el desfile bufo, que me costó mi primer carceleada, ya estaba fichado en la Policía y en las llamadas Fuerzas de Seguridad salvadoreñas. Fue el inicio de un permanente hostigamiento político contra mi persona, demás compañeros de la Universidad y sindicalistas.

Para entonces Nikita Krushev había sido elegido como Primer Ministro de la URSS ya que desde la muerte de Stalin, era Secretario General del Partido Comunista.

Algunas manifestaciones que habíamos hecho, el Gobierno y la Fuerza Armada las tomó como pretexto para declarar que existía una amenaza comunista en nuestro país y que había pruebas documentales, por lo cual se pide a todos los ciudadanos honrados para que cooperen en la salvaguarda de la libertad y tranquilidad nacional.

Washington previene a los gobiernos latinoamericanos y diplomáticos occidentales, de los peligros de entablar relaciones comerciales con Rusia, ya que a ésta, únicamente le interesa atraer a su órbita a países de economías débiles, para obligarlos, en circunstancias especiales, a plegarse a sus intereses por medio del chantaje económico.

El presidente Lemus decidió someter a un examen interministerial el anteproyecto de Ley de Autonomía Universitaria de Centro América, saliendo como electores los presidentes de Honduras, Ramón Villeda Morales y de Guatemala, Idígoras Fuentes. Algo grande está pasando, ya que la preocupación de los Estados Unidos es evidente, y lo corrobora el 28 de julio de 1958 la llegada de Milton Eisenhower, hermano y enviado especial del presidente de los Estados Unidos, dicho personaje fue recibido por el presidente Lemus, custodiado por la policía, al mando de su Director General, coronel Alberto Escamilla.

El jueves veinticinco de octubre, la Fiscalía encontró una pista para investigar quiénes eran los autores de una hoja volante anónima, en la cual se hacen acusaciones de comunistas a varias personas.

Los periódicos en su edición del domingo veintiséis de octubre de 1958, dan la noticia de que en París, ha muerto el reconocido internacionalista Dr. José Gustavo Guerrero quien vivía en Niza,

y que como última voluntad, pidió quedar para siempre a un lado de la tumba de quien fuera su esposa, en un cementerio de esa ciudad de la Costa Azul.

El día once de noviembre, Fulgencio Bautista, Presidente de Cuba, prepara una ofensiva total contra los revolucionarios de Sierra Maestra, dirigidos y comandados por Fidel Castro. En Washington, el Senado oirá una petición para intervenir a Cuba y eliminar a Batista.

Jueves 1º de enero de 1959. Batista huye. Inmediatamente que se supo su huida, las fuerzas de Fidel Castro comenzaron a penetrar en la capital. Todo mundo está esperándolo. A la entrada de éste a la ciudad, una madre levantó emocionada a su hijo, para ofrecérselo al líder de la revolución.

Castro anuncia que se harán ejecuciones. La Asamblea Nacional discutió una ponencia para condenar los fusilamientos. Fidel ha lanzado un desafío a todo el mundo justificando los ajusticiamientos de los contrarrevolucionarios de la isla. Castro invita a más de ciento cincuenta periodistas del continente para que vean que la revolución es verdadera. Seguirá una crisis diplomática contra Cuba a raíz de los fusilamientos. El presidente Urrutia, después de la renuncia total de su gabinete, nombra primer ministro a Fidel Castro.

En nuestro país, en una sesión hecha en la UES, fue elegido rector el Dr. Arturo Romero. Éste llegó al aeropuerto de Ilopango, procedente de Costa Rica, para ocupar el cargo. Estuvo pocos días y dio declaraciones indecisas. Como por ejemplo: “que no estaba seguro de aceptar la rectoría para la cual había sido electo”, y, sin dar mayores explicaciones, tomó el avión y regresó a Costa Rica.

Al no aceptar la rectoría el doctor Romero, fue electo el doctor Napoleón Rodríguez Ruiz el diecisiete de abril de 1959.

Además de los acontecimientos en Cuba y otras motivaciones, el presidente Lemus viaja a los Estados Unidos, siendo bien recibido en la Casa Blanca.

Nos llega una nota con fecha domingo veintitrés de abril. En Caracas, Venezuela, el gobierno dice que la capital es un centro de conspiración comunista. La policía sumamente afanada, persigue a los “rojos” diciendo que están seguros de que estas organizaciones reciben ayuda económica del extranjero.

Nosotros en la UES, nos hallábamos trabajando afanosamente en la preparación del “Desfile Bufo”, que se llevaría a cabo el domingo veinticuatro de mayo. Hubo mucha crítica política e irreverencia para algunos personajes nocivos en el desarrollo social del país. Yo salí de cachiporrista junto a otros compañeros; el objetivo de fondo era desacreditar al gobierno y al imperialismo yanqui; eso lo hacía diferente a los desfiles anteriores que habíamos hecho. En el desfile, fue lanzada anónimamente, una hoja volante que decía: “Universitarios malditos. Son individuos sin Dios, sin familia, sin moral y sin patria”.

Por supuesto nosotros, en el periódico “La Jodarría”, nos defendimos.

En esos días publiqué “Los Ídolos, los Próceres y sus blasfemos”. Este manifiesto lo publicó el Diario Latino en su Suplemento Cultural. Hubo un gran escándalo dentro de la “buena sociedad”, se contrastó con el desbordante regocijo de la juventud. Una de mis propuestas fue que se le quitara al Divino Salvador del Mundo el título de “Patrón de la Nación”; agregar a la Constitución de la

República un artículo inderogable que prohibiera al país, en el futuro, cualquier clase de patronos; cambiar el nombre actual de la República, por el de Cuscatlán; también le pedía a los miembros del Círculo Literario Universitario que deberían de comportarse solemnemente y rechazar en forma categórica pertenecer a las siniestras y polvorientas agrupaciones culturales tradicionales del país, fueran estas oficiales o particulares. A raíz de todo esto, el catedrático universitario Dr. Alfredo Martínez Moreno, renunció a sus clases “por sentirse ofendido por la obscenidad y bajeza del desfile”; también el rector, Rodríguez Ruiz, censuró fuertemente el carácter inmoral del desfile. Oficialmente, se inicia un proceso a los culpables del hecho. El resultado del desfile fue una gran represión de parte del gobierno, ya que fue tildada de un abuso de los comunistas. Y claro, no podía faltar la condena del Episcopado Salvadoreño. En respuesta a todas estas quejas, la Asociación General de Estudiantes Universitarios de El Salvador (AGEUS), en una larga nota acepta las críticas hechas al desfile, pero alega que esto se ha tomado como pretexto para atacar a los estudiantes y a la Universidad.

El veintinueve de octubre de 1959, funcionarios nicaragüenses acusan a Villeda Morales y a grupos comunistas, que han intentado invadir a Nicaragua. Las relaciones diplomáticas entre Cuba y los Estados Unidos se endurecen. El presidente Lemus ha anunciado un avance comunista en el país y el resto de Centroamérica. La denuncia fue hecha en su mensaje anual, con el cual conmemora el aniversario de la revolución de 1948.

Washington declara que los comunistas controlan a los obreros en Cuba, y que Castro pretende una Iglesia separada del Vaticano.



VI AÑO 1960

Este año es muy decisivo para mí; me haría cambiar en cuanto a nuevas estrategias revolucionarias, debido al hostigamiento y persecuciones que sufriera. He padecido tres encarcelamientos, y cuando se me ha puesto en libertad, me han hecho una serie de recomendaciones que, por no cumplirlas, me siguen considerando enemigo del país y de la CIA. Este resultado se complementa con mi viaje a Moscú, el “Desfile Bufo”, “La Jodarria”, pero sobre todo lo que escribo. Para nosotros, el triunfo de la revolución cubana ha encendido la mecha para seguir su ejemplo, para liberar a estos pueblos centroamericanos y latinoamericanos, para que haya una real política socialista, sobre todo para los desposeídos.

Así como están las cosas, el veinticuatro de enero los Estados Unidos llama a consultas a su embajador en Cuba Phillip W. Bonsal; por otro lado, el día martes, llega a Cuba, Anastas L. Mikoyan, viceprimer ministro soviético y es declarado huésped de honor. Las cosas se van poniendo claras para América Latina. La represión para los militantes de los partidos comunistas es recia y dura, sobre todo en Centroamérica, donde hay una gran pobreza y un enorme desempleo; por eso los yanquis le preparan un programa especial de represión. Así, el año de 1960, será marcado con la represión y la violencia, tratando de someter ideológicamente a las universidades de la región, pues éstas son consideradas focos subversivos. Aplican, so pretexto de modernización, un plan de desarrollo, hecho con un esquema único, dirigido, como dije, por Estados Unidos; se trata de una adopción de una educación

universitaria al servicio de los intereses monopólicos, en constante penetración, y la apolitización del estudiantado. Lemus ofrece una gran ayuda a la Universidad, para “modernizarla”. A estas maniobras antinacionales, se sumaron no pocas autoridades universitarias centroamericanas, frente a las protestas de los estudiantes y docentes.

No sólo el imperialismo yanqui participaba en este plan de contrainsurgencia, sino también la oligarquía salvadoreña. Nosotros estábamos conscientes del papel histórico que teníamos que desempeñar, porque se visualizaba la necesidad de la militancia estudiantil, como se estaba gestando en Guatemala y en Nicaragua. La guía de Carlos Fonseca, el máximo líder y fundador del Sandinismo, era el ejemplo a seguir, éste se hacía llamar Pablo Cáceres por razones de clandestinidad ya que militaba en el Partido Comunista Nicaragüense.

En el país existía un proletariado industrial que, a causa de su juventud, estaba desorganizado sindicalmente. Por tanto, limitaba su capacidad de incorporación a una lucha real. El campesinado, con sus reivindicaciones, ya había superado el desenlace fatal de la sublevación del 32, y el resto del pueblo, vanguardizado por los estudiantes universitarios acogen los ideales de cambiar en esas primeras etapas.

En este año de 1960, los estudiantes éramos la fuerza que encabeza la lucha popular, junto con los sindicalistas y otros gremios que comienzan a organizarse. Las manifestaciones se agudizan cada día más. “El pueblo unido, jamás será vencido” se vuelve un himno revolucionario que nos acompañará siempre como nuestra consigna de batalla.

El país era un caos administrativo. El presidente Lemus no encontraba qué hacer frente a esta situación; el encarcelamiento era rutina, pues todo manifestante era sospechoso de ser comunista e iba a parar a la cárcel. Sin embargo, el pueblo muy indignado salía a la calle a protestar, haciendo grandes manifestaciones que eran atacadas a golpe de garrotes y bayonetazos, con resultados desastrosos que causaba muchos heridos, encarcelados y desaparecidos.

El PCS tenía la convicción de que podíamos llegar al poder a través de elecciones; por lo menos, esa era la posición del secretario Schafik J. Hándal, por supuesto, teníamos participaciones políticas y clandestinas en sindicatos y gremios, que luchaban por mejores condiciones económicas y sociales. En estos contactos importantes, de carácter político, llegamos a conclusiones de que una sociedad como la nuestra aferrada a estructuras y métodos autoritarios y excluyentes, se ponía de manifiesto que Estados Unidos presionaba a los gobiernos a que rompieran las relaciones diplomáticas con Cuba. Así el primer país que lo hizo fue Nicaragua. Pero Cuba con Fidel Castro al frente, poco a poco fue definiendo su política de carácter socialista, y así confisca los hoteles “El Nacional” y el “Habana Hilton” pertenecientes a compañías gringas. Rusia y China comunista prometen ayudar al gobierno de Cuba, y la OEA rechaza estas intromisiones.

En nuestro país las cosas cada día se ponen más violentas. Nosotros, en estas primeras etapas, afirmamos más los grandes ideales revolucionarios. Por supuesto, en este año de 1960, los estudiantes somos la fuerza y en la AGEUS estamos calendarizando una serie de actividades de protesta contra el gobierno, ya que han capturado a varios compañeros afiliados al Partido Revolucionario

Abril y Mayo (PRAM). Entonces recibimos un telegrama urgente en donde nos manifestaban que ha sido disuelta una gran marcha en Guatemala, y el gobierno declara el Estado de sitio y censura a la prensa.

El presidente Lemus, en una conferencia de prensa, denuncia una campaña que pretende la división de la Fuerza Armada.

Para el lunes ocho de agosto, se recibe la noticia de que Fidel Castro nacionalizó las inversiones norteamericanas por un valor de \$770.000,000 elevando a su máxima tensión las relaciones entre Cuba y Estados Unidos.

Nosotros, aprovechando la inestabilidad interna, formamos un grupo de simpatizantes de la revolución cubana, para ir a protestar frente a “La Prensa Gráfica” y Embajada gringa. Ambas protestas fueron bastantes violentas, destruimos vidrios y ventanales, pero así fue también la reacción de la policía.

Para el día veinte de ese mismo mes de agosto, organizamos otra gran manifestación frente a la Universidad. Cuando nos disponíamos a salir aparecieron varios carros blindados y la policía disolvió la manifestación. Al ver la gravedad con que fueron tratados los compañeros, con los megáfonos les pedíamos que se fueran a refugiarse dentro de las instalaciones de la Universidad, la mayoría de ellos se alojó en la Facultad de Medicina. Muchos de los manifestantes salieron heridos y capturaron a otro tanto. Lemus culpó al rector Rodríguez Ruiz y al Consejo Superior Universitario por estos incidentes.

Desesperadamente, los ministros de Cultura y del Interior, doctores Mauricio Guzmán y José Guillermo Trabanino, respectivamente, entregan a la Asamblea Legislativa un anteproyecto de

la Ley General de Educación Universitaria. Apresuradamente, la Asamblea Legislativa, en un período de tres días, aprobó la mencionada ley, aunque con ciertas observaciones. El día viernes dos de septiembre se logra la máxima concentración de protesta en el parque Libertad, y por primera vez en la historia de la policía, utilizan bombas lacrimógenas y unos bastones de hule sólido, que causaban heridas en cada golpe que le propinaban a los manifestantes. La piel era liviana y fácil presa de dichos golpes; sin duda, este era el nuevo método Made in USA. Como parte de la represión, es apresado, y cruelmente torturado, el ex ministro de Relaciones Exteriores, Roberto Edmundo Canessa, así como el Dr. Rodríguez Ruiz. Debido a la criminal golpiza, que recibió nuestro compañero Antonio Esquivel Salguero, falleció, convirtiéndose en el primer mártir revolucionario de la represión.

El presidente Lemus decreta Estado de sitio en todo el país. Nosotros pedimos la exhibición personal a favor del Sr. Canessa, ya que al rector de la UES lo habían dejado en libertad. No se hizo esperar la reacción y es asaltado el recinto universitario por las fuerzas de seguridad, poniendo en más peligro a la comunidad universitaria, así como a los docentes. Inmediatamente le pedimos al juez tercero de lo Penal que evalúe los daños causados por la policía en el asalto del Paraninfo y Rectoría. En tiempo breve, el juez nos notificó que ascendía a quinientos mil colones y además, pedimos la exhibición personal de veinticuatro compañeros capturados que se encontraban en la celda catorce de la policía.

El día dieciocho de septiembre es capturado el compañero escritor Ítalo López Vallecillos; captura que ejecutó la Sección de Investigaciones Criminales (SIC).



Quede este poema, como un recuerdo del sitio militar de que fuimos objeto en la Escuela de Medicina... cuando buscamos refugio en ese recinto, después del brutal atropello que sufrimos por parte de la gendarmería en las calles aledañas a la Escuela. Cuando nos disponíamos a salir en manifestación cívica de repudio a las frecuentes y flagrantes violaciones a la Constitución cometida por el tirano José María Lemus (SIC), sobre compañeros universitarios y pueblo en general. Alto significado tiene este hecho, pues la gesta patriótica que precedió a las gloriosas jornadas estudiantiles de agosto y septiembre y también triste recuerdo es, porque las fuerzas de represión de Lemus, violaron por primera vez en la historia de Latinoamérica nuestro sagrado recinto universitario, atropellando a nuestro Rector.

Preguntas, preguntas... pero ¿qué pasa aquí?

¿Qué cambio es este?

Son estos jóvenes elásticos, de aire vertiginoso y gesto enérgico

los mismos que hace apenas unas horas

los de la dulce novia y el aula bulliciosa

los de la alegre broma en la cervecería

los del desvelo entre la Parca flor del libro

los del paso cordial entre los hospitales

los del trato común con Píndaro y Virgilio.

¿Qué hacen con esa sangre en el cabello?

¿Qué hacen con ese gesto fiero en la garganta?

¿Qué hacen con esas piedras entre las manos crispadas?

¿Qué hacen con ese fuego saliendo de sus ojos?

¿Qué hacen, de dónde sacan sus ademanes ásperos?

¿Sus maderos alzados al nivel de la ira?

Mira fuera, en las calles compañero.
Interroga a las noches de la Patria.
¿No ves al coronel, pulcro y soez con su ametralladora?
¿No ves al fiel guardián en las esquinas
Escupiendo la rabia que le pagan al mes?
¿No ves al policía que ayer fuera mi hermano campesino?
Mi hermano desempleado
mi roto hermano esclavo como todos
esgrimir su improperio y su garrote
contra la ley que aún a él lo salvará?
Interroga a la noche de la Patria
y te dirá lo amargo de los días que vienen
en ellos trocaremos el canto por el grito
la mano inofensiva por el puño violento
los libros y la pluma por el rudo fusil
pero después vendrá la luz que te decía...”

Cuando la policía invadió la Escuela de Medicina, haciendo capturas y golpeando a los estudiantes, por un milagro logré huir nuevamente, favoreciéndome la suerte, ya que uno de los objetivos principales que tenían, era mi captura, pero se fueron decepcionados.

Tomé rumbo desconocido, en busca de mi amigo Pablo Sánchez, en San Jacinto, para que me dé refugio. Cuando llegué, estaba reunido con otros amigos de él. Les conté mi preocupación y les dije que la SIC, me quería capturar. Entonces, unos de ellos, Adolfo Espinosa, dijo que me podía dar refugio en su hacienda San Antonio, que se encontraba en la jurisdicción de Rosario de la Paz. Todos festejaron el ofrecimiento, ya que la hacienda la había comprado

hacía poco, a la señora Andrea Rivas de Seoane, tía abuela del amigo Roberto Rivas. Dormí un poco, pero en la madrugada me despertaron comunicándome que era hora de partir.

Era una madrugada fría, y sugirieron que me disfrazara, ya que me había crecido un poco el bigote; me dieron un sombrero de palma y lentes oscuros. Como era pequeño y delgado, Sánchez sugirió meterme en el baúl del coche, ya que encogido cabía perfectamente. El motivo de la seguridad era que teníamos que pasar por un retén de la policía. A los pocos minutos, sin novedad alguna, lo pasamos, y ya fuera de la ciudad, casi asfixiado, me pasé a los asientos del “Dodge”, junto a los demás compañeros. Parecía como que estuviéramos filmando una película de policías y ladrones. Llegamos sin novedad a la hacienda, donde había una excelente extensión de cultivo de maíz que habían hecho los antiguos dueños.

Sentía seguridad. Me ponía el sombrero de palma, y con mi bigote y ropa de campesino bajaba al pueblo, a comer a la cafetería llamada “Chapultepec”. Conversaba con los parroquianos que se daban cita ahí. Por las tardes, llegaban mis amigos llevándome periódicos y de palabra las últimas noticias políticas: que el gobierno de Lemus andaba mal, repetía Adolfo, quién sabe que dure; rumoraban que los militares se estaban dividiendo, etc.

Cuando tenía como quince días, les rogué que me llevaran a mi esposa para que me hiciera compañía, porque me sentía solo en aquel lugar. Tomando todas las precauciones del caso, lo hicieron, pero fue una mala idea. Aída estaba bien vigilada; así es que el ocho de octubre de 1960 llegó un nutrido grupo de agentes, veinte o quizás más, de la policía de investigaciones. Se presentaron violentamente, rompiendo la puerta de entrada de la casa,

Armando Solís

amenazando con las ametralladoras y procediendo, inmediatamente, a colocarnos las esposas. Registraron todo lo que se encontraba en la habitación, llevándose una máquina de escribir, varios libros y algunas valijas. Me llevaron al Cuartel de la Policía Nacional junto con Aída y cuatro compañeros que se encontraban con nosotros.



VIII FICHA

Apellido y Nombre: Dalton García Roque Antonio

Reseñado en Dirección General de Policía

el 9 de octubre de 1960.

Motivo de detención: X

Tarjeta clasificada por: Don Félix Fernando Cárcamo

Archivado por: Don Adán Mónico

36 modelo "B"

Talla: 1.70 cms.

Iris: cas. Osc.

Color: Blanco

Cabello: Negro Liso

Nariz: Grande

Boca: Mediana

Domicilio: 2a. Av. Norte y Calle 5 de Noviembre.

Reseñado en la sección Identificación por: Don Daniel Molina

Fotografiado por: Don F. R. Sánchez

9 de octubre de 1960.

Sección de Identificación de la Dirección General
de la Policía Nacional.

Dactiloscopia y Fotografía

San Salvador, El Salvador. C. A.

Orden – Garantía – Seguridad

Fotografía tomada al Br. Roque Antonio Dalton García y a su esposa Aída Cañas Morales de Dalton y a Ángel Carballo Domínguez; José Santos Bolaños Iraheta, José Reales Escobar y

José Balbino Rivera Herrera; con libros de tendencia marxista y otros documentos que les fueron decomisados en la Hacienda Antonio Espinosa. Octubre 9, 1960.

Después de una serie de amenazas y señalamientos como subversivo, comunista “te vamos a matar”, etc., noté que mi situación era delicada. En ese tiempo, ya estaba institucionalizada, de hecho, la captura y desaparecimiento. Nunca había sentido tanto temor como en ese momento; pero mis ideales y convicciones revolucionarias me mantenían en pie. De los campesinos y de Aída, ya no supe nada, creo que los investigaron si pertenecían o no a una célula comunista. Pero no hallaron nada, y los dejaron libres.

Pero en relación con mi caso, por ser reincidente y muy buscado, tenían un gran bulto de pruebas, tales como escritos y fotografías que me habían tomado en las manifestaciones y el clavo mayor era que sabían que pertenecía al Partido Comunista. Además, era acusado de agitador y organizador de masas, etc. En esas condiciones, al tercer día me trasladan, con otros compañeros clasificados como reos políticos, pero mi caso era considerado de alta peligrosidad para el gobierno. Nos condujeron al cuartel El Zapote, y ahí nos recibe el coronel Julio Adalberto Rivera, Jefe del Departamento de Seguridad Pública y el general José María López Ayala, quien era el subsecretario.

Primero estuve detenido con otros tres compañeros, pero al día siguiente me trasladan a la Penitenciaría Central cuyo director era el coronel Antonio Aguirre. Parece ser que el coronel Rivera era quien seleccionaba a los reos políticos, y para la seguridad del gobierno, los mandaba, según su trayectoria, a donde les correspondía, y a algunos con suerte los dejaba en libertad.

Al entrar al penal, en el costado poniente, había una serie de celdas conocidas como “las de las visitas” o para “visitas íntimas”. En esas bartolinas, alineados había gran cantidad de reos políticos, entre ellos José Luis Salcedo Gallegos, Abel Salazar Rodezno, Ítalo López Vallecillos y otros cuyos nombres no recuerdo. A mí me dejaron en la celda del centro del complejo del penal. En un lugar del área central, había otro grupo de presos, en una sola bartolina pequeña y, al fondo, al norte, siempre en la misma área, me habían asignado una celda aparte, por ser el único sentenciado a muerte. Todos los recuerdos de mis escasos veinticinco años de vida, se vinieron de un solo golpe. Allí, en el centro de mi mente, se me aparecía la imagen de mi querida madre, de mi padre que quería ganarse el cariño de nosotros muy tardíamente, de mi esposa Aída y de mis hijos. Los jelengues callejeros y las inquietudes de revolucionario, de mis amigos de la “Generación Comprometida”, con los mismos problemas de persecución y exilios. Realmente, estaba asustado porque no me imaginaba qué tipo de muerte me esperaba. Los otros reos sabían de mi situación y trataban de darme ánimos, de consolarme, al grado que pensaban en planear una fuga para salvar mi vida. Pero los días pasaban y se perdía toda esperanza.

El veintiséis de octubre de ese año de 1960, sucedió algo inesperado. Por el pasillo se oyeron algunos pasos. En las celdas, con los ojos ávidos de curiosidad vimos que venía un hombre diferente a los que ya conocíamos. Se detuvo frente a mi celda y se identificó como reportero de “El Diario de Hoy”. Mi cuerpo temblaba de felicidad y le pregunto que cuál era la razón de su visita, pues no concebía que un periodista hubiese podido llegar hasta nosotros. Consternado, me tomó una foto detrás de las rejas,

asegurándome que la iba a publicar, y después, en voz baja, me contó que a Lemus le habían dado golpe de Estado. Pero no nos habíamos percatado que, camuflado en el techo, había un micrófono supersensible de manera que cuando el periodista me dijo lo de Lemus pegué un grito, diciéndole a Mauricio, que estaba en la celda continua: ¡Mauricio, cayó Lemus! Mi grito de alegría fue ampliado y escuchado, de todos los parlantes salió mi voz, inmediatamente, los reclusos comenzamos a cantar el Himno Nacional.

Al poco rato de darse a conocer la noticia del derrocamiento, los miembros de la nueva Junta de Gobierno ordenaron nuestra libertad y organizamos un mitin en la esquina nor-poniente del parque Bolívar.

Cuando salí de la cárcel, iba esposado junto a mi compañero Carlos Alberto Hidalgo. La libertad fue mediante un auto de excarcelación emitido por el Juez 5o. de lo Penal. Estuve preso exactamente veinticinco días. Cuando salí de los juzgados, fui ovacionado y levantado en hombros por una multitud de compañeros universitarios, obreros y amigos; así adquiriría un mayor compromiso dentro de la naciente revolución del país.

El hecho de que estuviese libre, no era garantía ni salvoconducto en mi país. En los dos meses siguientes de noviembre y diciembre, me refugié en casa de Jorge Arias Gómez, donde, clandestinamente me visitaban mi esposa y mis hijos. Poco a poco fui madurando la idea de salir hacia México. Sin embargo el siete de noviembre de 1960 presenté mi declaración de ofendido ante el Ministerio Público de la Fiscalía General de la República. No tuvo eco alguno, es decir, no le dieron importancia.

Jorge Arias Gómez me comunicó que Álvaro había cerrado “Teleperiódico” por haber transmitido en vivo una manifestación disuelta por cuerpos represivos a garrotazos; era algo inusitado en aquellos tiempos.

Recordaba cuando conocí a Álvaro. Fue en Chile, donde ambos estudiábamos. Desde entonces, nació una gran amistad; él era el único amigo salvadoreño que tenía en ese entonces, porque después llegó Antonio Lemus Simún, compañero del Externado San José. Con Álvaro, una vez cerramos para nuestra diversión personal un prostíbulo en Santiago de Chile; se llamaba “Night Club El Pollo Dorado”. Ahí dormíamos con un par de prostitutas. Estaba yo con una de ellas y le decía a Álvaro: “Monseñor, ¿me da la bendición?” Y él me contestaba: ya pásala al cuarto, hijo mío. Le respondía santiguándome e incitaba a las chicas a saludar a monseñor. Ellas le besaban un hermoso anillo, parecido a esos que usan los cardenales.

La otra ocasión, en una noche, en el mismo prostíbulo, me levanté en la madrugada. Estaba haciendo un gran frío. Noté que Álvaro también se había levantado, ya que dormíamos en el mismo cuarto, en camas separadas, por supuesto, y cada uno con su respectiva chica. El motivo era que quería ir al servicio situado fuera de la habitación. Atravesé un pequeño patio de baldosas, al pie de una larga escalera adosada a la pared, estaba una niña, como de tres años, jugando con una muñeca y junto a ella Álvaro, acariciándola como si fuera su padre. La niña, tiernamente, se le recostaba en busca de calor humano. Me conmovió ver aquel cuadro, que me hizo recordar mi niñez que no tuvo calor de padre. Sinceramente, me puse triste y el recuerdo de ese instante se quedó

grabado en mi mente, y cada vez que estaba con Álvaro también lo recordaba, y hablamos de esa niña triste, quizás huérfana.

La Junta de Gobierno que se formara después del derrocamiento del coronel Lemus, estaba compuesta por los doctores René Fortín Magaña, Ricardo Falla Cáceres, Fabio Castillo Figueroa, el coronel César Yanes Urías, teniente coronel Miguel Ángel Castillo y mayor Rubén Alonso Rosales. Esta Junta, después de sustituir a Lemus, andaba mal. Quizás lo mejor que hiciera fue habernos puesto en libertad, sobre todo a mí, que estaba listo para ser fusilado, y la otra buena acción fue que el veintiocho de octubre la Universidad Nacional reanudaba las clases y se había levantado el Estado de sitio.

Con mis arrestos, me estaba volviendo el poeta más encarcelado en Centroamérica. Algunos meses atrás, para ser exacto, en marzo de este año 1960, fuimos encarcelados en la ciudad de Guatemala, con Roberto Armijo, por ser comunistas. Gracias a la suerte, nos dejaron libres. Aunque estaba consciente de que esto era parte de la represión contra nosotros en toda Centroamérica, a excepción de Costa Rica. A finales de ese año, en diciembre, me preparé para asistir a la celebración del segundo año de la Revolución Cubana, que se realizara a lo grande el 1o. de enero de 1961. Para mí ya no era novedad el asistir a dicha celebración, ya que había asistido a la de 1960. Recuerdo que fue una gran experiencia revolucionaria y, además, fue mi segundo viaje a Cuba. En dicho evento nos dimos cita “La Juventud Comunista” que representa a nuestros países. Los camaradas cubanos nos atendieron tan bien, que voluntariamente adoptamos la Revolución Cubana como nuestra.

Recuerdo que en 1956, se decía que la administración del coronel Lemus, con el sector llamado “progresista” íbamos a salir adelante. Estas eran especulaciones más emotivas que otra cosa.

A raíz de una de las contiendas electorales, al pronunciar un discurso demagógico, el coronel Lemus criticaba la actuación del candidato del PAN, el señor Roberto Edmundo Canessa e invitó a que los sectores populares participaran en la lucha política. Esta invitación fue aceptada con alegría por los representantes de la izquierda. Entonces, en una actitud claramente parlamentaria y actuando en consecuencia, se nos invitaba a todos aquellos que consideraba ese sector radical estando de acuerdo en cambios políticos y estructurales. Así nació, aunque con grandes dificultades, el “Movimiento Cívico Abril y Mayo”, convirtiéndose posteriormente en el “Partido Revolucionario Abril y Mayo” (PRAM). Nosotros, naturalmente, seguíamos perteneciendo al PCS, que era una izquierda más organizada y que funcionaba como una organización estrictamente política. Por supuesto, los representantes del imperialismo yanqui, eran la oligarquía y la Fuerza Armada. El gobierno de Lemus adoptó una posición de rechazo de todas nuestras propuestas y proyectos, tratando de impedir que funcionara la nueva organización política, que era de tipo ideológico. Con mucha influencia marxista. La causa de la referida actitud creo que fue la creencia estratégica, política y militar de que no era posible que nosotros, amigos del cambio, pudiéramos, en un momento dado, saltar a la lucha armada y, por lo tanto, las primeras manifestaciones eran para agrupar grandes masas para protestar como única acción política.

Entonces, de parte del Gobierno nació una actitud represiva y dominante, influyendo grandemente en la polarización, no desestimando como una de las causas para esta situación la capacitación cultural de la aristocracia oligárquica militar.

El hecho histórico es que la represión se produjo y que se nos impidió, a un respetable sector, cuya dirección la llevábamos nosotros los universitarios, en querer participar en el quehacer político nacional y que nuestro esfuerzo patriótico se nos pagó con el atropello irrespetuoso, la cárcel y el exilio.

Recordando otras cosas, divisé la frontera con Guatemala, la cual pasé sin ninguna dificultad. Por suerte me escabullí con el resto de los pasajeros; y ya en territorio guatemalteco me venció el sueño, sueño fugitivo, como yo en ese momento. Llegué a Guatemala a mediodía. En la terminal de “Tica Bus”, me esperaba Zoila, hermana de mi recordado amigo Otto René Castillo, que me llevaría a su casa, donde pasé algunos días. Ella me contaba que el presidente Ydígoras Fuentes, arremetía duramente contra las manifestaciones, que mandaba a golpear, capturaba y hacía desaparecer a obreros, estudiantes e intelectuales y que a todos ellos los tildaban de comunistas. Ydígoras Fuentes había firmado con Lemus un pacto anticomunista, que fue llamado “Declaración de San Cristóbal”.

El día viernes se realiza una gran manifestación en la capital guatemalteca, con la consigna de apoyar a Cuba, por su reciente triunfo revolucionario. Zoila me invita, y Otto René, que había llegado clandestinamente desde el lugar en que se encontraba por su seguridad, eufóricamente me saluda, preguntándome cómo van las cosas; le respondí, explicándole que iba de paso hacia México.

“Haces bien” –me dijo. Nos preparamos para salir los tres, con el objeto de apoyar la manifestación. Gritábamos consignas contra el gobierno, la oligarquía y sobre todo el imperialismo yanqui. Sinceramente, me sentía feliz. Cuando nos acercamos al Palacio Nacional, nos esperaba otro grupo denominado anticastrista, que en una fracción de segundos estábamos confrontando en un choque violento, llegando luego las tanquetas y soldados de la fuerza armada, los llamados antimotines. La manifestación terminó en un choque campal en el parque Central, saliendo muchos heridos, golpeados y capturados.

Milagrosamente nosotros nos salvamos por la cobertura que unos compañeros nos dieron para nuestro escape, pues Otto René era muy conocido en el medio revolucionario. Al día siguiente, los periódicos anunciaban que había ciento cincuenta heridos y muchos capturados, echando la culpa a los comunistas. Otto me hacía ver que era la misma represión que hacían en El Salvador. Me aconsejó que me fuera lo más pronto posible, porque después de eso, comenzaría la persecución de todos los sospechosos. “Así lo haré”, le respondí, despidiéndome de ellos a los pocos días, abordé el bus que me llevaría a la frontera mexicana. Llegamos a Talismán a la medianoche, pasando sin mayor dificultad, a pesar del riguroso registro en la aduana. Ya en el otro lado, tuve que esperar una hora para abordar el que me llevaría a la capital azteca. Antes de partir me dirijo a una pequeña pulpería. Compró algunas golosinas y una soda para el camino, porque sabía que era un viaje muy largo. Al salir de Talismán, hicimos escala en Tapachula, para cenar y recoger a otros pasajeros; serían como las doce de la noche. Un compañero de viaje me hacía olvidar lo monótono del trayecto, conversando

de tópicos diferentes, pero siempre ocultando mi propia identidad. El motorista pitó varias veces para que abordáramos el bus y así lo hicimos, empezando nuevamente el viaje, acomodándome para ver por la ventana, cubriendo mi delgado cuerpo con una chamarra o chumpa, que me había regalado mi madre para este viaje. Ya era de madrugada, el frío intenso me lo delataba, pero más que todo las ventanas de mi nariz, que estaba superhelada. A través del vidrio de la ventana podía ver el cielo iluminado por millones de estrellas y no dejaba de mirar el Nixtamalero, que en esa época se ve extremadamente brillante. Todo el cielo, que desde niño creía que sólo era salvadoreño, hoy lo miraba mexicano.

Al llegar al desierto, también llega un calor infernal, que nos hacía tomar agua constantemente para seguir adelante. No había señales de vida, era una tierra árida, pero a lo lejos, mis pequeños ojos de águila pudieron observar a un campesino montado en su burrito, y al rato llegamos a la ciudad de Oaxaca, que después de recorrer el desierto nos parecía el mejor oasis. Hicimos alto en aquel bello pueblo oaxaqueño; después el viaje se tornó en una exuberante vegetación en llanuras verdes y pueblitos incrustados en un paisaje que invitaba a describirlos poéticamente y para un artista pintor, plasmarlos en un lienzo virgen para que los colores lo materialicen como lo hizo Tamayo, el famoso pintor que, precisamente, nació en Oaxaca, pintando sus calles y a su gente.

Por fin, a las cuatro de la tarde, llegamos a México, Distrito Federal. Me hospedé en unos apartamentos en Bucarelli, situados en el centro de la ciudad. Busqué los contactos amigos que me habían facilitado los compañeros del PCS y de la UES, para orientarme y subsistir en esa ciudad cosmopolita y así comenzar

mi vida de exiliado. Mi destino inmediato sería la Ciudad Universitaria de la UNAM porque me proponía estudiar antropología. La primera impresión de mi primer paseo de reconocimiento nocturno de la ciudad nocturna, fue agradable. Visité la plaza Garibaldi, donde se acomodan los mariachis, y el conocido Tenampa. Bebí un par de cervezas y a la medianoche regresé a mi habitación. Antes de dormirme, le di rienda suelta a mis sueños de idealista revolucionario pero más que todo a mis sueños de escritor, pensando que México sería mi base profesional e intelectual que pondría en orden mis escritos. En esa época, tenía veinticinco años de edad, pero con alguna experiencia; maduraba rápidamente mi vida, con la agravante de tener una esposa e hijos, que se habían quedado en El Salvador con mi madre.

Lo primero que hice fue ponerme en contacto con personas simpatizantes de la revolución salvadoreña o del PCS. Llevaba varios números telefónicos y direcciones de compañeros del Partido Comunista Mexicano, que me ayudaron mucho, lográndome introducir a la cátedra de Antropología como oyente, o sea sin ingreso oficial. Solía ir al centro de la ciudad, al Zócalo porque me gustaba mucho entrar al Palacio Nacional y observar los murales de Diego Rivera; luego, descansaba en la Plaza de la Constitución y me deleitaba observando la majestuosa catedral, orgullo de los mexicanos. En esos días, me encuentro con el camarada salvadoreño, el joven poeta Ricardo Castro Rivas, que será mi amigo y compañero de tertulias y reuniones, compartiendo los sinsabores de nuestro exilio. Él iba hacia Cuba, para de ahí, partir a Moscú como delegado del sector juvenil del PCS, ante el Foro Mundial de la Juventud; yo sería su contacto y nuestras reuniones las hacíamos en la Alameda

Central o en la Avenida Hidalgo. Cuando salió, bajo el sello “Príncipe”, la primera edición de mi libro “La Ventana en el Rostro”, él me ayudó en la venta, y con el dinero que ganábamos, comíamos y bebíamos algunas cervezas. Al poco tiempo, Castro Rivas salía a su destino, la URSS, llevándose algunos poemas míos para que me los publicaran en la Editorial en lenguas Extranjeras en Moscú, lo cual pudo lograrse en una edición bilingüe y en español.

Encuentro también en México al Dr. Fabio Castillo Figueroa, ex rector de la UES. Se había exiliado aquí, después de pertenecer a la Junta de Gobierno, que sustituyó a Lemus, y que fuera derrocada el veinticinco de enero de 1961. Luego de un cordial saludo, cada quién tomó su rumbo. Como siempre, por mi característica de juguetón y bromista, hice excelentes amigos entre los camaradas mexicanos y algunos suramericanos.

Me dedico a escribir artículos y sigo con mis clases de la Universidad, trabajando de una forma ordenada y seria. Tenía todo el tiempo necesario para eso. Algunas veces asistía al Palacio de Bellas Artes, cuando había algún concierto o exposición que me interesara. Por la noche, me gustaba pasear por el Paseo de la Reforma, Avenida Juárez, y me impresionaba el Monumento a la Revolución, obra del escultor costarricense Francisco Zúñiga.

En el mes de abril de 1961, Estados Unidos agredió a Cuba con dos mil seiscientos exiliados cubanos y otros mercenarios entrenados por la CIA. Desembarcaron en la bahía de Cochinos, siendo derrotados por los patriotas cubanos.

Desde ese momento, Washington le impuso a Cuba un bloqueo, para agudizar la crisis económica que sufría.

El hecho de la agresión yanqui, resonó en toda América, surgiendo movimientos inspirados por altos ideales, promesas libertarias, fuertes decisiones que tomaron como símbolo la figura del Che Guevara.

Aparece nuevamente Castro Rivas, después de su viaje a Moscú y Cuba, trayendo alentadoras noticias. Le presento a mi hermana Margarita Dalton, que estudiaba Historia en la Universidad y era miembro de la Juventud Comunista Mexicana. Mientras tanto, hago de todo en México para poder subsistir. A pesar de las dificultades, logro publicar “La Ventana en el Rostro”. Con este libro gano el Premio Internacional de la Literatura, dado por la Unión Internacional de Estudiantes (UIE). Así, paulatinamente me iba convirtiendo en un verdadero escritor y poeta revolucionario. Comprobando que la revolución socialista, representaba para la literatura y para el artista un gran reto, donde se debe partir de una concepción revolucionaria, porque somos producto de una confrontación, de una realidad objetiva, que es impuesta por los malos gobiernos, especialmente los militares. El premio que se me otorgara estaba cargado de mucha madurez y fue mi brújula de lo que sería mi línea de un verdadero escritor revolucionario considerando que ya tenía listo mi equipaje. Publiqué mis primeros poemas en la “Revista Hoja” de los Amigos de la Cultura y en el “Diario Latino”, entre 1956 y 1959. Así fue como salían mis “Dos Puños por la Tierra”, que escribimos con Otto René Castillo, “Geografía de mi voz” (poemas); “Poemas Personales”, “Canto desnudo”, “Vengo desde la URSS amaneciendo”, “Mía junto a los pájaros” y mi última obra aquí en México “La Ventana en el Rostro”. Empiezo a estar consciente que mi obra, como dije, tiene un avance concreto, no

sólo formal, en el desarrollo progresista de las letras salvadoreñas. Hay en ello un serio intento por rescatar la expresión realista fundamentada en la expresión popular y el habla coloquial del salvadoreño, como en coordinación de una teoría revolucionaria de la sociedad como reflejo consciente de una visión científica de la formación social. En este sentido, creo que hay en mi producción literaria un serio aporte para la creación de una estética popular que sirva como canal de expresión a la conciencia social del pueblo salvadoreño, superando las tendencias burguesas del romanticismo europeo y del modernismo latinoamericano, en todas sus variantes (regionalismo, costumbrismo, paisajismo, indigenismo, etc.) y las tendencias políticas que vuelven el quehacer literario rutina y acción esquemática, obediente a factores programáticos partidistas en torno al proceso particular de la creación estética.

Mi obra no desdice ni desvanece lo político. Tampoco intenta politizar la estética ni estetizar la política. “Mi comunicación literaria surge de la conciencia revolucionaria y del conocimiento profundo de la estructura propia del lenguaje literario en todas sus dimensiones, asimismo, mis contenidos literarios, no son producto de una imaginación desarraigada de los procesos sociales, sino que integran la observación empírica y la vivencia humana de esos procesos con una poderosa creatividad, para plasmar imágenes, en mi peculiar proyección literaria.

El problema de El Salvador es tan complejo, que me obliga a plantearme los términos de su expresión poética con cierto grado de complejidad, a partir, por ejemplo, de su mitología, y luego en cierta visión del problema político, para la cual no me era suficiente la expresión admirativa o condenatoria, sino que precisaba de un

análisis más profundo. Esto me obliga a ir cargando mi poesía con anécdotas, y personajes cada vez más individualizados. Por eso, considero el contenido como el aspecto prioritario que impele la acción política, que da la orientación finalista a toda forma expresiva. Viene entonces mi poesía más ideológica, más cargada de ideas. Mi poesía proviene de las fuentes europeas y latinoamericanas de vanguardia, como sucede en todo poeta centroamericano del presente siglo, (tanto con los que escriben poesía política como poesía esteticista). El saber integrar, después de largos años de experiencia y una futura depuración ideológica y estudio sistemático, ese patrimonio estético-cultural, tanto regional como internacional, en la concepción materialista de la historia, y por ende de todas las formas en que se expresa esa historia; el saber equilibrar la forma expresiva en relación directa con el contenido que se desea expresar; todo esto me parece que con un buen equilibrio de una forma expresiva en relación directa con el contenido, será mi filón de posibilidades y alternativas, especialmente para la nueva poesía de Latinoamérica, tan confundida en el lirismo concretista o en el anarquismo seudolibertario. El haber superado el empirismo y el inmediateísmo, característicos de los jóvenes poetas; el no haberme quedado en los hábitos típicos de la vida bohemia de cafetín, tertulias literarias, sin negar a ellas una posibilidad de iniciación; el haber sobrepasado las primerizas pirotécnicas formales o naturalismos estériles, logrando esto a través de vivencias distintas a través de una militancia política más orgánica y así reflexiono sobre alternativas de una poesía en nuestra sociedad de capitalistas dependientes. Mi reflexión no debe moverme a una condena absoluta; tampoco es darme golpes en el pecho, ni ponerme a contar

prodigios sobre personajes ya fallecidos, sino tratar de llegar a las causas esenciales de nuestro ser social, base primera y última de toda sensibilidad estética y de toda posibilidad material de hacer poesía, tanto en El Salvador, como en cualquier parte del mundo.

Ricardo Castro Rivas decide regresar a El Salvador, y le vamos a despedir con mi hermana Margarita. Los problemas de mi familia persisten en San Salvador, sobre todo con mi esposa y mi madre. Recuerdo la carta que le escribí desde México el veintiuno de junio de 1961: “¿Cómo va a creer que voy a estar tranquilo sabiendo que mi mujer y mis hijos están mal con usted y que cualquier rato se van a ir o decir cosas? Este problema es para mí tan serio, que si ustedes no lo solucionan de inmediato, me voy a ver obligado a regresar clandestinamente al país”. Fue una carta dura, pero a mi madre siempre le escribía, ella estaba pendiente de mí, pero el problema me obsesionaba y sabía que me los tenía que traer, pero con la escasez de recursos y los problemas de salud se me hacía lejos la esperanza. Lo peor es que mi madre se preocupaba. Por medio de amigos me mandaba “chivas peludas”, chiclets Adams, camisas, pantalones, ropa de cama y a veces dinero, ya que ambos experimentábamos una separación forzosa, sobre todo en el exilio de México que fue una dura experiencia. Si no es la venta de mi libro “La ventana en el rostro”, no sé qué hubiera pasado. Emocionalmente, la compañía de mi hermana me daba mucho aliento para seguir adelante. Sin embargo, nuestra ambición era irnos a pedir asilo en Cuba, ya que nos dimos cuenta que Castro estaba engrosando sus filas con los jóvenes intelectuales latinoamericanos para fortalecer la revolución. En una de las tantas despedidas con los compañeros mexicanos, estábamos bebiendo

presentación de productos de un ambiente único, así como actos culturales. Traigo a referencia esta impresión porque creo que este edificio es tan enorme e importante como el Capitolio de Washington.

De pronto, un niño me toma de la mano y me dice: “Señor, por un dólar le muestro la ciudad”. Y le respondo: “Gracias, he venido a quedarme”. Y así fue, desde ese momento, Cuba sería mi segunda patria.

Ya en La Habana, en 1962 me puse a trabajar y a preparar mis libros “El mar”, “César Vallejo o las razones de su cruz”, y un ensayo breve sobre La Habana. En este tiempo, me acompañaba mi hermana Margarita, que había venido de México. En la Universidad estudiaba Antropología. En esos días, Cuba era una hoguera revolucionaria. Era una bandera rediviva levantada al frente de un fervor, de clamores jubilosos, dispuestos a encarar la muerte sin asombro, en medio de canto, tambores y danzas que sólo dan fe revolucionaria.

Por esa época, también parece nuevamente Castro Rivas y se incorpora al movimiento de resistencia contra los gringos. Allí estábamos, igual que en México, Margarita, Ricardo y yo, en el centro de la tormenta. Inmediatamente, conseguí trabajo en Casa de las Américas y en Radio Habana. También nos incorporamos con Ricardo a la Escuela Unión de Jóvenes Comunistas de Cuba (UJC), y es así como conseguimos una beca de parte del Partido Comunista de Cuba, aunque no era mucho, nos alcanzaba para lo necesario, reforzando lo económico con otros trabajos.

Hago amistad con Eraclio Zepeda, Manuel Galich (guatemalteco), Fayad Jamis, quien llega a hacerme una entrevista para el periódico “Hoy”, y desde ese momento nos hicimos buenos

amigos y también se haría mi editor ya que Jamis dirigía la colección de poesía bajo el título “Editorial La Tertulia” y lo primero fue publicar “El Mar”, ya también habían publicado en la “Tertulia”, poemas de Pablo Neruda, Miguel Ángel Asturias, etc.

A principios de 1962, nos sumamos a los millares de cubanos que suscribimos la Segunda Declaración de La Habana, el cuatro de febrero de 1962. Allí proclamamos el “¡Patria o muerte, venceremos!”. Desde ese instante, aceptábamos oficialmente a Cuba como nuestra segunda patria. En mi trabajo literario, estaba terminando el poemario “El Mar”, dedicado a Meri, Margarita mi bella hermana, ella también escribía y había nacido en México en 1943, tenía 18 años de edad; y, por supuesto, a Tatiana, Tati, Tatica. Eran tiempos veloces y así de rápido trabajábamos. Casa de las Américas me había encargado una “Monografía de El Salvador”, lo cual cumplí, ya que Castro Rivas me iba pasando en limpio el trabajo en una máquina de escribir portátil.

Un veinticuatro de marzo de ese año, estando aquí en Cuba recibo un cable con la noticia de la muerte de mi padre. A pesar que nunca tuve el verdadero cariño y el legítimo apellido Dalton, le tuve un verdadero cariño, lamentando mucho su muerte. Años después supe que la familia Dalton-Ulloa se repartió la herencia.

En los descansos semanales, sobraba dónde ir: conciertos de Bola de Nieve y de Benny Moré; baile flamenco en El Colmao o Carlos Puebla y sus Tradicionales, el Ballet Nacional o Sensemaya, obra musical basada en un poema de Nicolás Guillén, en el Tropicana. Además, Varadero, Las Cuevas de Ballamar, Santiago en Carnaval, Soroa, Río Cristal, Viñales, Yumuri, Cuba de Punta a Punta revolucionaria. También íbamos a La Bodeguita del Medio,

al Floridita, al Pico Turquino del Hotel Habana Libre o al Monseigneur, donde acudían Nicolás Guillén, Bola de Nieve, Heráclito Zepeda, Fayad Jamis, Roberto Fernández Retamar (quien sería mi mejor amigo); René Depestre, el pintor Wilfredo Lam, Manuel Galich, Jacobo Arbenz Guzmán y muchos otros personajes de la Meca revolucionaria que llegaron a defender a Cuba en 1962. Con todos me identifiqué, y llegué a sentir un gran aprecio por ellos.

Seguía escribiendo mucho, así es como finalizo “El turno del ofendido”, comentándolo con mis amigos poetas.

En la Sierra de los Órganos, en Pinar del Río, yo era el responsable político del grupo y les hacía ver de las amenazas de una invasión directa de los Estados Unidos a Cuba. A mi grupo, compuesto por extranjeros, les decía que nos iba a tocar parejo, y les recordaba nuestro juramento de “¡Patria o muerte, venceremos!” estábamos en pie de guerra. Allí sí que había de todo: fusiles, carabinas, bazucas, metralletas, cañones noventa, morteros, granadas, minas explosivas y hasta tanquetas. Así, pertrechados, no nos quedaba más que esperar al invasor. Castro Rivas se había incorporado al grupo. Sabía que mi especialidad era la comunicación, en ese momento era de soldado, pues había recibido entrenamiento militar. El Presidente del Partido Socialista Popular, Juan Marinello, fue designado rector de la Universidad de La Habana, reemplazando al doctor Clemente Inclán. Con la expulsión de Cuba de la OEA, el treinta y uno de enero, queda aislada de los países latinoamericanos, quedando sólo México que mantuvo sus relaciones diplomáticas. Nos llega información de Guatemala acerca que las Fuerzas de Seguridad se han tomado la Ciudad Universitaria,

dejando a varios heridos y muchos muertos. Todos los servicios públicos están militarizados. Por lo tanto, los manifestantes han colocado barricadas en las calles de la capital. El presidente, general Miguel Idígoras Fuentes, lamenta que los comunistas quieran desestabilizar al país. Con esto y otras cosas que están pasando en Centro América, Fidel Castro pone en libertad a cincuenta prisioneros de la frustrada invasión a Cuba.

Me pongo a escribir, afanosa y rigurosamente llego a algunas conclusiones y valorizo lo que la revolución representa para la literatura y el arte, lo que sería mi línea de escritor latinoamericano, un verdadero escritor revolucionario para lo cual ya tenía listo mi equipaje, desde que publicaba mis primeros poemas en la “Revista Hoja”, entre 1956 y 1959. Estoy consciente de que mi obra, como ya lo dije, comienza a tener un avance concreto no sólo formal en el desarrollo progresista de las letras salvadoreñas. Hay en ella un serio intento por rescatar y en el habla coloquial del país, como condición de una teoría revolucionaria de la sociedad.

Aparece de nuevo Castro Rivas, después de una ausencia de más de un mes en Moscú, con alentadoras noticias. En nuestras conversaciones concluimos que el compromiso es un verdadero reto. Por un lado, el artista debe partir de una concepción popular de la estética para poder incorporarse al pueblo y, por otro lado, debe rehuir el populismo, es decir, el arte que satisface las necesidades de diversión que busca la rutina complaciente, simplista, falta de imaginación. Se trata de hacer buen arte, el mejor posible. El problema de la concepción de los mensajes verbales, no se soluciona con la subliteratura, sino mediante la creación de las condiciones objetivas: alfabetismo, educación sistemática, coberturas de las

necesidades vitales, bibliotecas, capacidad adquisitiva para la producción y compra de libros, etc., sólo así, nuestro país puede elevar el nivel en la recepción y decodificación de los mensajes por parte del lector-pueblo.

Por la concepción socialista, las manifestaciones artísticas, como medios de develación y autocritica de la identidad colectiva, ocupan un lugar prioritario y se pretende que tengan carácter comunicativo. En cambio, en América Latina, el acceso a los productos culturales está vedado al pueblo, precisamente porque la cultura es considerada un artículo de lujo y no de primera necesidad, destinada a una elite y no a las mayorías. El sistema capitalista para subsistir requiere tener domesticadas las conciencias; para ello, genera una “cultura de masas”; como dice Eduardo Galeano, debería denominarse “para las masas”, que se difunda a través de los medios de comunicación: radionovelas, fotonovelas, telenovelas, folletines, revistas, periódicos, etc.

Fundamentalmente, lo que se consigue con esta seudocultura es que el pueblo acepte el orden establecido como natural, eterno e inmutable. Teniendo esta convicción es difícil el surgimiento de una rebelión, la esperanza de una vida mejor. La literatura y las demás artes deben tener en cuenta esto para que de alguna manera, sirva de alternativa liberadora a esa domesticación. El escritor revolucionario debe poseer una sensibilidad para diferenciar los valores promovidos por la cultura de masas y la auténtica “contra-cultura” en ascenso.

Muchas veces, lo que se considera como “grencho” o “bayunco”, inculto, contiene elementos de otra cultura que se enfrenta a la cultura oficial llamada también nacional. La “cultura nacional”

vive pautas de conducta importadas, que aboga por los valores estéticos “universales”, que no son otros que los de las culturas de los países dominantes de corte capitalista. Por lo general, el escritor se rebela contra el sistema de opresión y alienación; descarta por falsos los principios estéticos y busca los planteamientos directos antiteóricos y legítimos. No desea ni puede permitir que la literatura sea sustitución engomada de la cultura burguesa. Entonces, rompe con el lenguaje falseado por cuanto desfigurada está la realidad y se lanza a la maravillosa búsqueda de un lenguaje auténtico, anti-burgués, pro pueblo.

Se propone la creación de un nuevo lenguaje de frente y a partir de las mayorías. Las formas de expresión brotarán de su conciencia herida y se proyectarán al mundo exterior como verdaderos actos de solidaridad. En sus obras, el escritor ofrece el diálogo abierto, no el espectáculo; busca interlocutores, no espectadores; quiere el reencuentro fraterno, no el petulante distanciamiento. Pero es evidente que no basta el empleo de instrumentos técnicos revolucionarios, para ser escritor genuinamente revolucionario. Es perfectamente posible que un escritor se nos presente como vanguardista de técnicas y sea un reaccionario hasta la médula, porque sus obras se dirigen a un reducido público que acepta gustoso la obra que responde a sus expectativas, es decir, que entre la adiposidad de las rebuscadas técnicas, el contenido no le hiere sus delicados oídos. El seudorrevolucionario escribiría compartiendo de antemano con la burguesía el mensaje propuesto. Se da una complicidad entre autor y público. Desde ese punto no hay interferencia en la transmisión del mensaje, la comunicación ha sido un éxito; pero históricamente, es un fracaso porque no

representa ningún riesgo ni peligro para el bloqueo que la cultura oficial impone al texto desobediente.

El problema que se presenta es cómo distinguir al genuino escritor y obra revolucionaria de los malabaristas de técnicas, o de los superabastecedores de recursos. Los criterios han quedado expuestos anteriormente, de los que se concluye, además, que los actos de militancia política del escritor no tienen nada que ver con la autenticidad de la obra literaria y que lo que verdaderamente interesa es la revolución en su obra y con su vida de escritor, en su oficio.

Viernes 29 de junio de 1962. Agentes de Investigaciones Especiales de la Policía Nacional, capturaron a los estudiantes universitarios Miguel Ángel Parada, Mario Castaneda Cuenca y Manuel Castaneda Zelada, acusándolos de ser miembros del PCS. Les fue decomisado material y propaganda. El Fiscal de la Universidad, acusa al Fiscal de la República de violar la autonomía universitaria.

Esto es el resultado de la reunión del Consejo Cultural y Educativo de la ODECA, integrado por los Ministros de Educación de Centro América que resolvieron combatir la doctrina comunista. Dichos ministros firmaron un “Convenio de la Educación” y el “Convenio sobre el Ejercicio de Profesiones Universitarias y Reconocimientos de Estudios Universitarios”. Dichos convenios, no funcionaron por ser altamente demagógicos e iban en forma frontal a atacar a los estudiantes de la UES.

El domingo 1º de julio, asume la Presidencia de la República el coronel Julio Adalberto Rivera, sustituyendo al doctor Eusebio Rodolfo Córdón, presidente interino. En México, el pintor David

Alfaro Siqueiros es encarcelado y acusado de comunista; pidió la revocatoria de su condena, ya que se encuentra preso por asuntos políticos.

El martes cuatro de septiembre, en Washington, el presidente Kennedy, informa al congreso de los Estados Unidos que, sin duda alguna, “Rusia ha proporcionado a Cuba, cohetes de un alcance de cuarenta kilómetros que apuntan hacia el país”.

Moscú: la Unión Soviética se comprometió a defender a Cuba contra ataques que, se dijo, están preparando en Estados Unidos.

El jueves veintidós de septiembre, en El Salvador, la Asamblea Legislativa aprobó las reformas a los Códigos de Instrucción Criminal y Penal, conocidos como “Ley Anticomunista”. Los periódicos, en sendos editoriales, decían: “pero si era necesario que la represión a las doctrinas anárquicas contase con fundamento, no vaya a desvirtuarse, a desviarse de su verdadera finalidad, ideológica: que es combatir el comunismo”. Mientras, en las calles las marchas repetían la consigna: “el pueblo unido, jamás será vencido”.

Saigón: guerrilleros rojos del Viet Cong, derribaron dos aviones norteamericanos, pereciendo los pilotos; con éstos, veinticuatro norteamericanos han muerto ya.

Domingo 21 de octubre. *Nueva Delhi.* El ejército indio retrocedió ante el ataque de fuerzas chinas comunistas, que han atacado al este y oeste de la frontera himalaya.

Miércoles 24 de octubre. *Washington:* veinte buques rusos se acercan a los buques de guerra de los Estados Unidos, que bloquean a Cuba.

El poeta Castro Rivas, me da una palmada en la espalda, diciéndome: “Camarada Roque, esto se está poniendo color de hormiga. Cada día se siente más jodido aquí en Cuba. Por estos malditos yanquis, toda Cuba espera la invasión. Niños, hombres, mujeres y ancianos, estamos atrincherados”.

Washington: Kennedy rechazó la propuesta de Krushchev, sobre eliminar las bases soviéticas en Cuba, si Estados Unidos elimina sus bases en Turquía.

Rusia ordenó el desmantelamiento de las bases de cohetes en Cuba, mientras Castro exigió a Estados Unidos la devolución de la base Guantánamo.

Washington: Kennedy ofreció a Krushchev rápida cooperación a través de la ONU, para reducir las amenazas de guerra. Estados Unidos levanta por dos días el bloqueo a Cuba y el cese de los vuelos de reconocimiento.

El secretario General, U. Thant, negocia en Cuba con Fidel Castro el retiro de los cohetes rusos, vigilados por observadores de la ONU.

Ginebra: el Comité Internacional de la Cruz Roja, aceptó la vigilancia de los embarques de la Unión Soviética hacia Cuba. Fidel Castro también aceptó.

Los cohetes rusos instalados en Cuba, están volviendo a Rusia. Después de esta situación, llamada “Crisis de octubre”, me destacaron a la Sierra del Escambray, acompañando a las tropas “Lucha Contra Bandidos” (LCB), que combatían a los contrarrevolucionarios alzados en la zona del campamento de Iguará. Donde estaba, a veces me aislaba para escribir mi poesía o algunas líneas. En el grupo asignado, tenía una gran responsabilidad, y así la cumplía, orientando,

y a la vez aprendiendo de cada compañero. Me gustaba hacerles bromas, pero tomaba medidas, para no faltarles, ni que me faltaran al respeto. Algo parecido hacía cuando dirigía “Opinión Estudiantil”, pero, claro, esto era diferente, porque mi dirección era la de un soldado revolucionario, y además conocido como poeta, que, para mí, en ese momento ambos títulos se unían en una bella utopía.

El presidente Kennedy agradece a los países latinoamericanos y más que todo a El Salvador, la solidaridad mostrada en la reciente crisis cubana.

La Policía Nacional descubrió en la casa número mil cuatrocientos veinticinco de la calle principal de la colonia Dina, máquinas para imprimir propaganda y fue capturado el poeta Tirso Canales. Esto sucedió el día martes trece de noviembre de 1962.

Lunes 26 de noviembre. En Guatemala las cosas están violentas. En dos horas, el gobierno de Idígoras Fuentes sofocó un alzamiento de la Fuerza Aérea. Fue ametrallada la casa del gobierno y, además, derribado un avión rebelde. El avión de la Fuerza Aérea Guatemalteca, aterrizó en Ilopango y en él llegaron a El Salvador los coroneles Carlos Marroquín, José González Batres, Marco Asturias Sobral y el capitán Oscar Girón Peroné, dirigentes del fracasado levantamiento.

El militante comunista guatemalteco Carlos Manuel Pellecer, uno de los más antiguos líderes, publicó en “El Imparcial”, su renuncia al Partido Comunista Guatemalteco.

El año de 1962, recuerdo que fue muy difícil debido a la represión. Pero también, en ese año me integro al grupo que representará a El Salvador en el “Congreso Mundial de Desarme General y la Paz”, que se realizará en Moscú.

Componíamos la delegación el doctor Carias Delgado, Ítalo López Vallecillos, Camilo Minero, Mario Salazar Valiente, Chepito Vides y yo. Al llegar a Moscú, nos fuimos para el Kremlin, en donde se inauguraría el congreso. Me alejé un poco de mis compañeros porque llevaba trabajo adicional: era correo-contacto del Partido Comunista Cubano y Fidel.

En uno de esos interesantes momentos me encuentro con mi mejor amigo nicaragüense Carlos Fonseca Amador, máximo líder revolucionario de su país, fundador del Frente Sandinista.

Después de casi dos meses de estancia en Rusia, me reúno con mis compañeros para regresar a Cuba y ellos a El Salvador.

En 1963, pongo en orden mi trabajo literario, pero resintiendo que cada día me alejo más de mi familia, pero a mi madre sí le escribo con frecuencia, aunque no tanto como lo hacía desde México. No sé de dónde me nacía esa intensa comunicación epistolar, tal vez porque fui su único hijo, y nos absorbió el gran amor filial que me mantenía vivo y al evocar los dulces recuerdos de mi niñez, rodeado de tanta gente humilde, sobre todo recordar a los obreros de las fábricas. Con todos estos tristes recuerdos, no pierdo la esperanza de traerme a mi esposa e hijos, para que todos vivamos aquí en Cuba.

En mis estudios de comunicación, me perfilaba para trabajar como un analista político o como corresponsal de guerra, ya que vivía de hacer artículos para periódicos y revistas, sobre todo para Casa de las Américas.

¡Ah, La Habana! Poco importan las alarmas de la llegada de un huracán o de lluvias torrenciales. Todas las contingencias quedan relegadas a un segundo plano, cuando se saborea una verdadera

revolución. Los cerca de quince kilómetros que separan al Aeropuerto José Martí de la ciudad esculpida por vientos y olas que arañan las piedras del malecón, es una vista caleidoscópica, que refleja a una ciudad vieja, pero hermosa y humana. Es una ciudad con algo más de dos millones de almas, penetradas en un tiempo que algún día el reloj se negará a avanzar. Así, cualquier humilde trabajador que se ubica frente al Capitolio o en el centro de La Habana, encaja a perfección en la historia de Cuba Libre, que se aña en su cotidiano vivir.

Alguien me dijo: “¿Sabes chico, (esbozando una amplia sonrisa mientras me observaba desde su improvisada tienda ambulante) que acá estamos tranquilos? Somos gente sencilla. Nada nos va a cambiar la tranquilidad de la revolución”. En ese instante pasaba un autobús rebosante de viajeros que acomete peligrosamente una curva en el barrio El Vedado, del cual seré su próximo huésped.

Cuando paso por la Plaza de la Revolución, desde donde Fidel dijo su gran discurso el 1º de enero, por el triunfo de la Revolución, uno no deja de pensar en el Che Guevara.

Un día me confesaba mi amigo, el poeta turco Nazim Hikmet, que al igual que a mí, ya nos había atrapado, por una necesidad revolucionaria, la isla de Cuba. Desgraciadamente, este amigo fallecía poco tiempo después, en 1963, lejos de su patria, lo cual me conmovió y me puse a pensar en mi destino: ¿me pasará lo mismo?

Trabajo intensamente en mi libro “El turno del ofendido”, el cual ganó Mención Honorífica en Casa de las Américas. Se publicó ese mismo año. Proyecté en mi mente, visitar clandestinamente mi país, más que todo para visitar a mi familia. Lo realicé en 1964.

En El Salvador, con la llegada a la Alcaldía de la capital el ingeniero José Napoleón Duarte, el martes diez de marzo, gana puntos políticos el Partido Demócrata Cristiano, pero el presidente electo es el coronel Julio A. Rivera, para un período desde el veintidós de marzo de 1963, hasta el treinta de junio de 1967.

Este gobierno está afrontando una gran inestabilidad. Hay paros laborales, asaltos a bancos, estallido de bombas, que ellos llaman hechos terroristas y, como siempre, la represión es grande con un sinfín de políticos y sindicalistas capturados en las manifestaciones.

En abril de 1964, me despido de mis compañeros, sobre todo de mi gran amigo el poeta Roberto Fernández Retamar, quien me aconseja que tenga cuidado, porque la represión en El Salvador es fuerte; pero era urgente y necesario ver a mi familia, calculando pasar mi cumpleaños en mayo, con ellos. Me preocupaba mucho mi personalidad de jodedor y creativo en mi vida cotidiana; a veces, eso me traía serios problemas al romper las normas estrictas de seguridad.

Salgo a finales de la primera semana de abril, transformado. Digo esto, porque me había dejado crecer el bigote, el cabello un poco alisado y despeinado, usando el seudónimo de Antonio García, que era el que usaba en Cuba. Había comprado unos lentes que, en la parte de mi vista, el lente era casi normal, pero en la parte exterior daba un ligero aumento, dando la sensación de que mis ojos eran más grandes. Estos lentes los compré en una casa de curiosidades. Así, pretendía que nadie me reconociera. Llegué por la noche a la terminal de Tica Bus, y me hospedé en el hotel San Carlos, cerca de la Esquina de la Muerte. Es lo más barato que hay en la capital. Me quedé, por supuesto, clandestinamente para no correr mucho

peligro y no comprometer a ningún compañero. Este lugar será mi máximo secreto. Pero me puse en contacto con mis antiguos camaradas, creyendo ellos que andaba en una misión política. Yo no les dije que el motivo principal era el ver a mi familia.

Fui a la UES y di una pequeña charla en la Facultad de Derecho. El auditorio estaba casi lleno por mi presencia. Esto me trajo serios problemas porque di a conocer mi presencia en el país. Sin embargo, confiaba en mi clandestinidad. Me puse en contacto con mi familia. Todos vivían siempre en la Tienda Royal. Quería ver a mi pequeño hijo Jorge, como no podía llegar a la tienda, porque estaba vigilada, le dije a mi madre que los esperaría en la esquina del cine Fausto, de la Avenida España; por supuesto, la policía siempre me consideraba un “peligroso comunista”. De pronto, veo aparecer a mi pequeño hijo, acompañado de la muchacha que lo cuidaba, como cuando me cuidaba a mí la Pille. Me dijo que había ido a dar una vuelta por el mercado, para no levantar sospechas. Levanté a mi pequeño Jorgito en mis brazos, acariciando su frágil cuerpecito, haciéndole cosquillas con mi bigote, lo que me hizo recordar cuando me conoció mi padre... apenas tenía tres años. La intención era llevarlo a pasear, pero, de repente, veo un carro patrulla que venía a toda velocidad. Ligeramente me cubro el rostro con el cuerpo de mi hijo, y sin pensarlo mucho, compro unos boletos y entro al cine Fausto. Estaban exhibiendo “Una dura noche”, con los Beatles. Ahí tuve el placer de acariciarlo y jugar con él un buen tiempo. Sin lugar a dudas, fue un lindo encuentro, lamentando que no podía ver a mi familia completa, sólo escuchar su voz por teléfono. Decido quedarme tres meses, para trabajar clandestinamente con mi Partido. Visité a algunos compañeros para hacer mesas de trabajo, para proyectos inmediatos y aprovechar el tiempo.

Directamente y con mucha precaución visitaba a algún amigo o me acercaba a tal o cual cervecería, siempre con mi falsa identidad. Me dedico con disciplina al trabajo político. Mis compañeros objetaban que había cambiado mucho en mi carácter, porque la broma y la sátira la manejaba más profesionalmente y con mucha personalidad.

En los periódicos me entero de las prácticas de lucha anti-guerrilleras que hará la Fuerza Armada en Sonsonate, con maniobras denominadas “Operación Rayo”, preparando ya en ese tiempo al ejército para una eventual confrontación con la izquierda.

A finales de mayo, me encontraba escribiendo en el hotel y me dieron ganas de salir; era como las nueve y treinta de la noche. Empecé por visitar los bares del centro, ya que éstos se hallaban cerca. Para no tener problemas, había pagado tres meses anticipados de hospedaje.

En la calle encontré a un recién conocido quien no sabía nada de mí. Como a eso de las diez, en los famosos “Frijolitos Carlota”, encontré a un grupo de amigos que departían y los saludé. Entre ellos estaba Camilo Minero, con quien habíamos viajado mucho. Se hallaban, asimismo, el caricaturista Nando, Uriel Valencia, Armando Solís; estaban escuchando un tango, que ejecutaba magistralmente un ciego; no me quedé mucho tiempo con ellos y salí, pero a los pocos metros alcancé a oír unos patéticos mariachis y gritos que salían del bar “El Paraíso” y pude observar un grupo de amigos que bebían cervezas. Me entusiasmé y decidí entrar.

No había transcurrido ni media hora, cuando a eso de las once de la noche, cerca de una docena de policías, vestidos de paisano, entraron y específicamente se dirigieron hacia mí, capturándome.

Todos ellos me apuntaban con sus armas y, retorciéndome los brazos hacia atrás, me colocaron las esposas. Unos diez policías me metieron a un jeep, ante el asombro de mis amigos y parroquianos. Me llevaron directamente al Cuartel General de la Policía Nacional.

En ese tiempo era su director el coronel Arnoldo Rodezno. Cuando estaba en la oficina de recepción e inscripción de reos, pensaba en la cara que iba a poner Schafik, o qué diría de tanto esfuerzo común malogrado por mi imprudencia. Todo sucedía por no seguir y cumplir las más elementales normas de seguridad, pero por la eficacia de mi captura, sospecho que algún compañero me denunció. Sin duda, algún oreja de la policía. Seguidamente, en la oficina, me registraron minuciosamente, quitándome todos los objetos y me llevaron a una celda conocida como “El Palacio Negro”, que era sumamente oscura y de una atmósfera pesada.

En las paredes había leyendas escritas con carbón, tales como: “No te desesperes compañero”, “Viva el FUAR”, “Viva Cuba”, etc. Después me introdujeron en una ambulancia, en cuyo interior me vigilaba un policía, que estaba preocupado porque sufría un fuerte dolor de muelas, pero tenía su metralleta en la mano. Supe que mi destino era la cárcel de Cojutepeque, a unos treinta kilómetros de San Salvador.

Al llegar a Cojutepeque, me encerraron en una celda grande, de unos diez metros de profundidad, por unos tres metros de ancho; era una especie de callejón, con el techo altísimo. Parecía una gruta natural, estaba aislada del conjunto de instalaciones del puesto de policía. En una celda, había una gran aglomeración de cachivaches, maderas viejas, camas de hierro, ripio, piedras, zapatos rotos y una

motocicleta que comenzaba a oxidarse. La celda estaba en el rincón de las cosas olvidadas. Un guardia me vigilaba veinticuatro horas.

Pasaban los días y la comida como siempre, constituía en “yoyos”. En las cárceles se le llama así a las tortillas en cuyo medio, a manera de emparedado, se le pone unos frijoles salcochados y arroz. Una de tantas noches, se produjo un fuerte temblor de tierra que estremeció mi celda. Yo no le di mucha importancia; mas, este fenómeno de la naturaleza cambió notablemente mi situación. Una gran parte del repello de la pared larga, se había inflado y con la lluvia se vino abajo con gran estruendo, debilitando la pared de adobe. Pasando el “momento cráter”, o crítico, todo volvió a la normalidad, excepto la pared. Sin embargo, las inspecciones de mi celda se habían concentrado en dicha pared.

De tanto dormir en el suelo frío me atacó un resfriado horrendo. Llega un hombre blanco, de ojos azules, de unos cuarenta y cinco a cincuenta años, se puso enfrente de la puerta de mi celda e hizo una señal con los dedos a los policías para que me sacaran y me llevaran a las oficinas de la dirección. No cabía duda de que era un policía norteamericano de la CIA.

La presencia de la policía yanqui, significaba que el asunto era muy serio para mí, de vida o muerte. Por consiguiente, ya podía ir rezando mis últimas oraciones.

En la interrogación, dos agentes de Investigaciones Especiales habían instalado una grabadora de cinta, frente al escritorio rústico. El americano se había sentado tras el escritorio y examinaba mis papeles. Sacó una botella de güisqui y sirvió dos tragos, acercándome uno. Le dije que no quería beber, que estaba enfermo del estómago. Comenzó el interrogatorio para mí, muchas sorpresas, siendo

evidente su intención de apabullarme con ironías agresivas y la amenaza implícita. Tenía un fuerte acento norteamericano. Me dijo que el ejército salvadoreño había ordenado, de una manera exclusiva, mi captura desde que se tuvo conocimiento que yo estaba en el país. El Estado Mayor del ejército avisó a los servicios de inteligencia norteamericana.

“He venido especialmente de Washington para hacerme cargo de tu caso –gruñó el gringo. Tengo todas las pruebas necesarias como para llevar el caso a un tribunal de delitos con las siguientes acusaciones: intento de rebelión y sedición, espionaje, actividad subversiva en nombre y a favor de una potencia extranjera, traición a la patria, violación a, prácticamente, todo el articulado de la Ley de Defensa del Orden Democrático y Constitucional, organización para delinquir, atentado contra la autoridad del Estado, entrada ilegal al país, falsificación de documentos ajenos, tenencia de armas de guerra, resistencia en el momento de ser capturado, etc.”

“Si te ponemos en manos de los tribunales, tal vez podrías salvar tu cabeza y te caerían unos treinta años de cárcel. Si te quedas en manos del ejército, simplemente te van a matar y te enterrarán por allí, sin que se sepa nada. Tú sabes como son los militares. Yo he venido a darte una salida conveniente y útil para todos”. El americano sacó a relucir las pruebas. Era una voluminosa aglomeración de documentos, copias de telegramas, fotografías de personas y grupos, informes policiales, etc., la que chorreaba de la cartera en la superficie de la mesa.

Según el interrogador, un tal Víctor informaba del viaje de un tal Juan. Era el aviso del Servicio de Inteligencia cubano al Partido Comunista de El Salvador acerca de mi llegada al país, y así me

presentó otros documentos en que se consignaba que, yo había sido perfectamente entrenado en los más amplios dominios de la técnica ofensiva revolucionaria. En fin, que en Cuba teníamos un traidor.

El americano usó algún tiempo en tratar de convencerme de que todo aquello era, precisamente, convincente. Mi argumentación fue siempre a la defensiva.

El gringo me dice: “comprenderás que ahora no te podemos soltar de ninguna manera, pues sabes que nosotros sabemos todo esto. Si lo llega a saber también tu partido, todo nuestro trabajo fracasaría. Por eso, es que si te negás a colaborar con nosotros. Tendremos que liquidarte, no te podemos tener preso secretamente por mucho tiempo porque habría líos en las calles”.

Efectivamente, yo había entrado procedente de Honduras con un pasaporte ordinario. El gringo dijo: “no te equivoques conmigo, yo sé de ti unas cosas de las que tú mismo sabes de ti. A todos ustedes les venimos siguiendo la pista desde hace mucho tiempo”. Alargándome un papel en donde aparecían las fichas muy esquemáticas de unos quince escritores y artistas de mi generación. Expresó: “trataré de que nos reunamos en un lugar menos desgraciado que este”.

Dos soluciones habían para mí: la de convertirme en un hijo de puta o dejarme matar. Opté por lo último.

Los policías llegaron por mí. Me sacaron de la celda, me esposaron, y me introdujeron en el vehículo, acostándome boca abajo en el piso del auto. Era mediodía cuando atravesábamos la ciudad. Ignoraba la ruta que seguían, el agente policial llevaba el pie encima de mi espalda. En un momento, pude notar que nos seguía un automóvil, último modelo, con placas de New Jersey.

Supe después que entramos a una quinta del coronel Mario Guerrero. No me sorprendió que fuese amigo personal de la CIA.

La quinta estaba ubicada cerca de la carretera de Los Planes de Renderos, bautizada con el nombre “Pinar del Río”. Me habían permitido bañarme con agua caliente, después de nadar en una pequeña piscina interior.

Aquella transición estimulante, después de tantos días de la más dura incomunicación, había sido bastante brusca. La nueva situación, después de la renovadora ducha de agua caliente, siguió inquietándome más que la anterior, en una especie de curiosidad y miedo. Meditaba en aquella residencia cuando a eso de las diez de la noche oí llegar un auto, era el del norteamericano.

El gringo entró, desenfadado, prepotente, llamando con un sonoro “trip-trap” con los dedos. Los guardias salieron de la casa, quedando únicamente el jefe del grupo, que vigilaba la puerta de salida, sentado en una silla del bar. Pronto, salieron de nuevo a la luz las pruebas documentales en mi contra y una botella de güisqui. Comenzaba otra batalla entre el gringo y yo.

Rascándome la nariz, me dijo de pronto:

—¿Haz reflexionado sobre lo que hablamos?

Respondí: “Sí, lo suficiente”.

—Eso es bueno, ¿tienes, entonces, algo que decirme hoy?

Dije: “Lo mismo de la noche pasada, yo no sé nada de este asunto”.

En esta posición me mantuve en todos los interrogatorios, por más que me ofrecía soluciones buenas según él, a cambio de que delatara o diera información confidencial.

—Tú puedes ayudarnos a evitar la violencia comunista, antidemocrática en tu país. Solamente si nos ayudas, podrás vivir y no será una vida cualquiera.

Los interrogatorios se prolongaron uno, dos, tres días, en sesiones de seis, ocho y hasta diez horas.

De esta manera, sale a cuento el traidor Roberto Montes, el poeta, compañero mío desde el colegio Externado San José hasta la Facultad de Jurisprudencia. Pertenecía a la Juventud del Partido Comunista Salvadoreño. Había estado repetidas veces en La Habana, pública y clandestinamente, había trabajado, como yo, en Casa de las Américas, etc. Ahora, supuestamente estaba separado del partido. El gringo seguía preguntando por las contradicciones políticas. En uno de los interrogatorios, aparece en persona Roberto Montes, de seudónimo Víctor, para participar y tratar de convencerme de convertirme en un traidor como él.

Comprendí que para la CIA, los poetas, los intelectuales, los artistas, constituyen un frente importante del trabajo revolucionario, así como el movimiento estudiantil o los sindicatos y que son potencialmente reclutables.

En el último interrogatorio, a manera de ultimátum, me decía: “no comprendo por qué te empecinas en callar, si estás frito de todos modos. Perdido en todas las direcciones. Los dirigentes obreros de tu partido, piensan y lo dicen, que tú no eres más que un hijo de puta, pequeño burgués, un intelectual de mierda. Aquí tengo las informaciones por escrito”. Todo lo que lanzaba contra mi dignidad hería mi orgullo.

Había un detalle, a pesar de todo, que me favorecía. El Partido, mejor que nadie, podría saber los límites de mi capacidad de

información respecto a su trabajo ilegal y suponer que yo no podría, de ninguna manera, haber dado a la CIA la casi totalidad de las informaciones que el gringo ponía. Ante mi negativa fue preciso poner a Roberto para convencerme. Este traía nuevos argumentos que no me convencían. Al contrario, acrecentó mi firme negación y lo mandé a la mierda.

El americano terminó escribiéndome una nota sobre una hoja membretada y me la pasó para que la leyera, al tiempo que me decía: “Bueno, yo no tendré la culpa de tu muerte. La sentencia te la has buscado tú”. La nota decía: que me habían presentado a “Víctor”, oficial de la inteligencia cubana, que se había encargado de supervisar la instrucción militar irregular en La Habana y habiéndome negado yo a aceptar que conociese siquiera a aquel individuo, el encargado principal de la investigación (o sea el americano) expresaba: 1º) que era evidente que yo no tenía el menor propósito de colaborar, ni en el presente caso ni en ocasiones futuras con la agencia investigadora y, por lo tanto, 2º) la susodicha agencia comunicaba al Estado Mayor del Ejército Salvadoreño que dejaría su interés en mi caso y que devolvía mi persona a la jurisdicción de dicho Estado Mayor, a fin de que se tomaran las medidas convenientes. Le devolví la hoja encogiéndome levemente de hombros en señal de importancia. Él se marchó dando un portazo.

Esa misma noche, me trasladaron nuevamente a la cárcel policial de Cojutepeque. En la celda, todo seguía igual: el catre de hierro, los periódicos que me servían de colchón, etc., sin embargo las circunstancias eran mucho más agresivas. Me preocupaba, sobre todo, lo que le pudiera pasar a mi familia. Precisamente, yo volví a Cuba en vista de la calma en que había entrado el país: auge

económico relativo por la subida del precio del café, disminución del desempleo, suspensión de la represión aguda contra la izquierda, etc., pero no sabía que el hecho de venir de Cuba, me hacía una presa codiciada de la policía.

“En resumidas cuentas, ¿no comprendes que no hay clandestinidad en estos momentos en El Salvador?”, me dijeron los camaradas. Por eso, cuando llegué, el Partido me mandó a “ganarme la calle”.

En la cárcel, el estilo de vida para mí era de trato brutal, a grado que ni sobras de comida me llevaban.

El ansia de libertad no me abandonó. En primer lugar, hago un estudio minucioso de los ángulos de visibilidad que, desde el patio, era posible utilizar para ver el interior de la celda. En el espejo de la moto podía observar a los policías.

El plan fue construir en la pared un pequeño agujero del grueso de mi mano, ya que la pared se había deteriorado a causa del sismo. Con la paciencia de un albañil, tenía que hacer un buen trabajo. El pequeño túnel, se fue haciendo más grande, ya que las revisiones acostumbradas a mi celda ya casi no las hacían y eso me favorecía.

Último domingo de octubre, día de Cristo Rey. Las horas fueron para mí de intenso nerviosismo. Tuve listo el agujero, acondicioné mis ropas atándome la bolsa de nylon debajo de la camisa y alrededor de la cintura para dar fijeza al pantalón y también para tener bien fijos mis zapatos.

La última cena que me llevó el vigilante Canessa, fue un huevo frito sobre el resto de la comida. Me tragué el huevo frito y el resto de la comida lo tiré en la letrina, junto a la tierra que en mis afanes sacara y ¡a la mierda!

Esperé un momento para asegurarme de que Canessa no regresaba y entonces me lancé febrilmente a romper el repello. Al no ceder a puñetazos, le entré a patadas hasta que se derrumbó; al caer el repello no hizo mucho ruido por estar el agujero a poca distancia del suelo. Además, para mi buena suerte empezó a llover y las gotas golpeaban las láminas del techo. Me metí de cabeza. Pasé fácilmente los brazos y los hombros, pero me trabé por la panza cervecera y luego por el fondillo, al corrérseme el nylon enrollado. Finalmente después de pujidos sordos, sudores, contracciones y raspaduras, pude salir al patio. Tomé inmediatamente la hoja del portón que iba a usar de escalera. Cuando la llevaba, pasó un policía corriendo y yo me quedé helado, pero él no reparó en mí; coloqué la hoja del portón sobre el muro que sería, más o menos, de tres metros de altura. Subí por la moldura y salté.

Caí más pronto de lo que esperaba, como si el peso fuese quien saltara hacia mí. El terreno en que caí, era como un escenario donde se construía una casa y tenía varias salidas a la calle. La pared frontal era rosada, pero sin puertas. Salí a la calle ante las miradas de los transeúntes que se refugiaban de la lluvia bajo los aleros. A menos de cinco metros, estaba un Jeep de la policía con alguien dentro que veía en dirección opuesta a la mía, dándome la espalda. Comencé a caminar normalmente hasta la esquina próxima, que doblé y entré en calle abierta, buscando salir lo más pronto posible de la población, rumbo a la carretera Panamericana, sabiendo que tenía los minutos contados. En cuanto Canessa volviera a mi celda, se armaría el escándalo.

Con mi aspecto sucio, nadie me iba hacer caso para darme un jalón en vehículo a San Salvador. Entonces, me metí al monte a caminar o correr. Había una oscuridad total y el terreno de la zona que rodea Cojutepeque es de lo peor, en términos topográficos, está lleno de monte áspero y es sumamente quebrado. Tenía que caminar aproximadamente treinta y cinco kilómetros. Me salí del monte por temor a quebrarme un pie. Ya nuevamente en la carretera, me di cuenta de que no había avanzado casi nada. La luna empezaba a salir. Era la luna más grande que he visto en toda mi vida. Sin embargo, me venció el sueño y busqué un pequeño refugio y allí me quedé. Al rato, el pito de un vehículo me despertó. Yo calculaba que eran como las cuatro de la madrugada. Pensaba en buscar a un amigo en San Martín, pueblecito donde vivía Elías Herrera Rubio. Quizás ya había caminado más de veinte kilómetros. Cuando apareció un viejo bus interurbano, atestado de pasajeros. Sin pensarlo mucho, le hice una señal al chofer y me paró. Me subí y para colmo venía un guardia nacional con su metralleta, sólo me miró y tal vez creyó que era un borracho y pasé inadvertido.

A la altura del aeropuerto de Ilopango, había un retén. Estaban revisando, de seguro buscándome. Quiso la suerte que dos señores se bajaban, porque habían visto un bus de la ruta veintinueve, que atraviesa todo el centro de la capital. Inmediatamente salí detrás de ellos y lo abordé.

El chofer se salió de la línea y de pronto se oyó un silbatazo y se detuvo, dijo que iba atrasado, pero al mismo tiempo, otro policía gritó: “Déjalo pasar, es bus urbano y sale de aquí mismo”. Me sentí el prófugo más feliz de la vida. Dándome cuenta que el significado de mi existencia salvadoreña debía practicarse en la ilegalidad.

Me aventuré a regresar al hotel, con la esperanza de recuperar mis cosas y así lo hice, sin dejar de hacer un previo reconocimiento para asegurarme que no estuviese por ahí la policía o algún oreja. El hotelero me preguntó si había salido de la ciudad, y le dije que sí, estaba sucio y barbado. En mi cuarto todo estaba limpio, mis cosas completas y hasta el dinero de reserva, que mi madre me había dado con un gran esfuerzo, estaba intacto. Reservé mi viaje para Guatemala esa misma noche y, de repente, en la mesita desteñida de la pequeña sala estaba un periódico de fecha atrasada, y me enteré que el sismo que había salvado mi vida, alcanzó el grado 5.6 de la escala Mercalli-Siebert, o sea que San Salvador había sido sacudida en serio por el temblor y por mi fuga. La sacudida fue el día martes 16 de junio. En estos días escribí “Poemas de la última cárcel”.

Sin problemas, salgo para Guatemala, hospedándome unos días en casa de Otto René Castillo. Luego, salí para México y después a La Habana, Cuba.

Después de esta aventura sucedida en 1964, y con mucha suerte de estar libre y vivo, me pongo a trabajar nuevamente durante año y medio. Preparo dos libros con los títulos de “Los testimonios” y “Los pequeños infiernos”. El trabajo y una modesta beca de Cuba, serían mi apoyo financiero.

A mediados de 1965, estoy preparando mi viaje a Praga (Checoslovaquia), como residente en ese país. Ya instalado en Praga, con trabajo seguro, tuve la oportunidad de llevar a mi familia, y así lo hice. Mi esposa e hijos, salieron por el aeropuerto de Ilopango, vía LACSA, con rumbo a México, en donde estuvieron una semana, y después partieron para Cuba, donde permanecieron

cinco días. De ahí tomaron el avión de Chesa donde, atravesando el Atlántico, llegaron a Praga. Yo los estaba esperando con ansias ya que habían pasado más de dieciocho horas desde su salida. Desde ese momento mi vida estaba completa. Así, estábamos reunidos mi querida esposa Aída, mis hijos Roquito, Juan José y el pequeñito de cuatro años, Jorgito. Me sentí como un verdadero padre, rodeado de mis hijos. Aída se sorprendió con mi método de trabajo, ya que en ese tiempo leía y escribía sin cesar. Me devoraba un promedio de dos libros diarios. Tenía una capacidad de lectura, que podía leer cuatro libros de diferentes géneros al mismo tiempo; tenía urgencia por adquirir más conocimientos y una seria competencia con el tiempo.

En esa estancia de dos años en Praga, viajé por varios países europeos, acompañado de mi hijo Jorgito, visitando, más que todo, museos. En mayo de 1966, me encuentro en Praga con mi camarada Jorge Arias Gómez, quien estaría cinco meses en el país visitando las más importantes ciudades.

En Praga me desempeñaba como colaborador del PCS, en el consejo de Redacción de la “Revista Internacional-problemas de Paz y el Socialismo”.

En ese encuentro con Arias Gómez, discutimos varios temas, de cómo establecer coincidencias y diferencias en cuanto a puntos de vista críticos sobre el PCS, principalmente en lo referente a la posibilidad de la lucha armada prolongada en El Salvador, bajo la forma de guerra de guerrillas, que yo ya propugnaba con mucho entusiasmo. Por ese tiempo, ya consideraba la posibilidad de separarme del PCS, pues estaba desencantado de pertenecer en sus filas.

En ese mes de mayo, vi que los tulipanes rompían silenciosamente con los dedos de sus pétalos, la blanca nieve que todavía los cubría y en los meses siguientes, pudimos advertir el preámbulo de lo que pasaría a la historia con el nombre de “La Primavera de Praga”. En este mes de mayo, en Praga es el mes en que las actividades artísticas se acrecientan hasta ocupar totalmente el proscenio de la vida cultural en la capital checa.

Estando aquí, en 1967, recibo una noticia que me dolerá mucho y repercutirá en mi vida intelectual y revolucionaria. Me comunican que Otto René Castillo fue asesinado cruelmente por el ejército. Después de haber sido torturado fue quemado vivo; junto a él corrió la misma suerte la compañera Norma País.

A propósito de Otto René, haré un breve paréntesis en su memoria. Este joven poeta nació en 1936. Llegó a El Salvador en calidad de exiliado, a la edad de diecinueve años. Conforme se va dando a conocer entre nosotros, demuestra sus potenciales aptitudes poéticas e intelectuales, llegando a ser uno de los mejores estudiantes de la Facultad de Derecho en la UES. Como igualmente lo fue en la universidad de San Carlos Borromeo, de donde salió becado para Alemania realizando estudios en la Universidad de Leipzig, aprendiendo, en el término de un año, el idioma alemán. En El Salvador se había incorporado al Círculo Literario Universitario, y después formó parte de la Generación Comprometida.

Mis condolencias a Zoila, su hermana, y condeno al gobierno dictatorial de Méndez Montenegro, y un repudio contra el poeta Miguel Ángel Asturias, porque le servía a dicho gobierno como Embajador en Francia.

“Ya que a estas alturas no podría conseguir ni la juventud ni la absoluta honestidad, –le decía– quisiera aconsejarle que renuncie a la Embajada de Guatemala en París”. A Miguel Ángel Asturias, lo conocí en una conferencia que dictó en el “Museo Forma”, propiedad de la pintora Julia Díaz.

Para este año de 1967, había establecido amistad con varios jóvenes poetas, escritores y más de algún pintor; algunos hablaban inglés o francés, pero el idioma que predominaba era el alemán, debido a que, durante la ocupación nazi, en escuelas y universidades fue impuesto como idioma oficial.

Me di cuenta, al estar tanto tiempo en Checoslovaquia, de los problemas concretos que agobiaban, más que todo a los jóvenes, destacándose los referentes al irrespeto de los Derechos Humanos y libertades democráticas. Al comprobar la verdad del “Socialismo Real”, me volví un crítico agudo contra él, y así comprobaba que el marxismo oficial era una especie de teología. En 1968, cuando yo no estaba en Praga, llega Alexander Dubcek al cargo de secretario general del Partido Comunista Checoslovaco, promoviendo reformas políticas para liberalizar al régimen. Estas reformas fueron denominadas “La Primavera de Praga”, que fue aplastada por la intervención armada de los países del Pacto de Varsovia, encabezado por el ejército soviético, en agosto de 1968. Hacía poco había abandonado el país, llevándome a mi familia.

En Praga conocí a Régis Debray, quien vivía con su esposa Elizabeth Burgos. Debray era francés pero era el que más sabía sobre la guerrilla latinoamericana.



XI

AGOSTO 1968

Praga inspiró mi libro “Taberna y otros lugares”, siendo “UFleku”, el lugar en donde fue concebida esta obra. Según la historia, “UFleku”, es el apellido de la familia fundadora de dicha empresa productora de cerveza. Su dirección en Praga, en la parte más antigua, nunca ha cambiado de lugar y sigue pues, en calle Kremencova, número once, “UFleku”, quiere decir “En casa de Fleku”. Desde su origen fue una fábrica de cerveza conocida como trece grados. Fue fundada en 1459. Su complejo arquitectónico comprende un bello conjunto de edificios, cuidadosamente conservados, donde se destaca mucho el período gótico. Allí se dan cita bandas típicas tradicionales, integradas por un cantante, que interpreta canciones populares, sobre todo las famosas polkas, que son la especialidad de los conjuntos. Todo esto invita al parroquiano y al turista a cantar, beber y en el jardín, a bailar. En verano “UFleku”, se convierte en un lugar cosmopolita, llegando gentes de todas partes del mundo. Aquí, le di forma y contenido a mi libro “Taberna”, ya que esta taberna, es fuente inapreciable para escribir no uno sino varios poemarios.

También por este tiempo, aparece en Praga el viejo e histórico camarada comunista Miguel Mármol, junto con Arias Gómez, como delegados al XIII Congreso del Partido Comunista Checoslovaco. Este encuentro con Miguelito, como le llamamos cariñosamente, me motivó un proyecto literario para escribir su “Memoria de los sucesos del 32 en El Salvador”, siendo un gran esfuerzo, casi titánico para los dos. Gracias a su buena memoria, fresca y lúcida,

terminamos ese libro. Las entrevistas las realizamos un mes durante seis horas diarias. Estas jornadas de trabajo eran realizadas a mano, pues no teníamos grabadora. Miguel llegaba a nuestra casa y en los descansos que tenía se ponía a jugar con mis hijos, pero sobre todo con el más pequeño, Jorgito, quien lo jodía y bromeaba con él. Al finalizar el congreso, me manda una carta de despedida, que dice:

“Praga, diez de junio de 1966.

Roque:

Regreso al territorio patrio satisfecho de que tomamos muchos apuntes de pasajes de mi vida, seguro de que esos pasajes no se perderán.

Creo que quedamos claros con el trabajo que realizarás; que se trata exclusivamente de mis memorias. Pero claro está, como parte que soy del pueblo, de la clase obrera y de mi partido, quiera o no quiera, mis declaraciones tendrán que trascender y preocupar a mi partido mismo.

Mi propósito es –quedamos entendidos–, destacar de lo relativo a mi vida a mi hacer, todo aquello positivo que aporte y enseñe. Y en donde corresponda, el papel que jugamos los obreros como clase, no como artesanos. Revelar las virtudes en mi partido en vez de soterrarlo con críticas no justas y mordaces. Abultar los períodos revolucionarios vividos en el país a partir de 1914, esto es, a partir de la Primera Guerra Mundial a esta parte, por lo que mi pueblo y mi partido han librado grandes batallas. Señalar –a la vez– tanto los errores y debilidades del pueblo, como de la clase obrera y de mi partido, no para desdeñárselas ni empequeñecérselas, sino para educar con las

experiencias habidas, y con todo eso, dejar una huella para futuros investigadores. En todo lo narrado no hay la autocritica mía, no porque me crea infalible o porque no lo intenté, sino porque hasta hoy no he podido desentrañar la punta ni el final de mis debilidades y errores, dejo ese veredicto a los críticos e investigadores que todo remueven y ordenan.

La abundancia de detalles que son una recopilación de hechos vividos creo que no son para insertarlos en un documento que se supone sea un tanto serio y preciso. Nomás deben de servir –a juicio mío– para la investigación amplia y minuciosa, analítica y crítica, ya que todos ellos relacionan hechos de todo un proceso y dan luces para deducir y hacer juicios. El hecho que en algunas ocasiones mi nombre haya tenido resonancia, creo sea cosa curiosa si físicamente soy bajito de estatura y mucho más bajito intelectualmente. Esa arrogancia de a veces, sin ser un letrado sin ser un académico, no debe ser malinterpretada. Para desventaja mía, no tuve colegiatura, ninguna disciplina cultural.

Emergido de la pobreza y enredado en las lides de una lucha absorbente y azarosa desde temprana edad, no me quedó tiempo de superarme en ninguna de las aulas del saber. Mi privilegio ha sido tener sentido común, desarrollando mucho más con los ajetreos de la lucha.

Para la formación de los compañeros que lleguen a la lucha sólo con el deseo nato, sólo con el corazón ardiente y el alma encendida pero carentes de educación y de cultura, quizás convenga destacar mi extracción social y mi terruño, con sus modos y costumbres: decir de mi formación hogareña, mis inclinaciones de niño, carácter, emociones y determinaciones. Cuáles sus inquietudes de joven, la preocupación por los problemas

económicos, sociales y políticos cuando era todavía muy lampiño. La perseverancia, el desafío a la muerte, la indiferencia a la vida y a la felicidad; cuando hay que ser firme; cuando no habrá que vacilar. Organizar el combate aún en la derrota. No perder la perspectiva aún cuando el adversario domine la situación o aún cuando reine el terror.

Esto es todo lo que a últimas se me ocurre decir.

Roque: haré todos los esfuerzos para remitirte todo lo que yo creo conveniente y necesario. Y expresarte mis deseos porque salga un buen trabajo.

Bueno pues, que mejores pronto: muchos éxitos y felicidades”.

En esos días había sufrido una grave agresión, y fui urgentemente internado en el hospital del Státni Sanatorium V Prazé, donde fui atendido con mucho cuidado, ya que mi estado era delicado.

Todo sucedió, precisamente, el día de pago, en que yo cobraba mi sueldo. Me fui a una vinería (vinarna) de tercera clase situada a unas cuantas cuadras de mi hogar (ubicado en el departamento número seis de Rijnnonove Revoluce Namesti trece). Era una calle de poco tránsito además de oscura. Me tomé dos copas de vino y al pagar, otros parroquianos se dieron cuenta que tenía dinero. Salí del lugar pero no había caminado ni veinticinco metros, cuando fui derribado a puñetazos perdiendo el conocimiento. Me robaron el dinero y lo peor fue la conmoción cerebral y las fracturas sufridas, ya que el diagnóstico era: doble fractura del maxilar inferior-conmoción cerebral grave, un mes y medio hospitalizado y dos meses más engullendo licuados hasta los bistés. Yo me hacía varias conjeturas sobre este hecho: 1) de tipo político, pues era víspera

de la apertura del XIII Congreso del Partido Checoslovaco; 2) que podía ser un asunto de la CIA, para cobrarse la escapatoria de la cárcel de Cojutepeque; 3) agresión racista; 4) simplemente las universales ganas de robar.

Arias Gómez y mi familia fueron las únicas visitas que tuve, y alguno que otro amigo checoslovaco.

A Arias Gómez le planteaba mis críticas al PCS. Las que centraba en el hecho de que no se decidía por la lucha armada. Él me recordaba que en el V Congreso de 1964, el PCS, ya había dicho que hasta donde alcanzaba sus análisis, en El Salvador llegaría el momento, tal vez no muy lejano, que se sostendría la lucha armada, aunque esta no era concebida como una guerra prolongada de guerrillas, sino como una acción relativamente rápida de tipo insurreccional. Le dije que, a estas alturas (1966), ya no era un secreto para los servicios de inteligencia del gobierno salvadoreño, que el PCS tenía muchas personas con conocimientos de la guerra de guerrillas, que habían sido entrenadas en Cuba. Él me recordaba que formó parte del primer grupo de salvadoreños que recibieron en 1961-1962 entrenamiento guerrillero en Cuba. Yo le replicaba que mi opinión se basaba en que ya era tiempo de la acción; defendía la “teoría del foco”, del Che Guevara y que fuera desarrollada por el compañero francés Régis Debray. Éste, en lo personal, era muy amigo mío, y había expuesto su teoría en su obra “Revolución en la Revolución”.

Casi cinco meses después, a principios de septiembre de 1966, mi familia y yo despedíamos a Jorge en el aeropuerto de Ruzyně, pues regresaba a El Salvador.

Yo trabajaba en la “Revista Internacional” como colaborador del PCS ante el consejo de Redacción, con derecho a voz pero sin voto. El salario estaba en correspondencia a mi status, lo cual significaba que era sustancialmente menor al de los representantes plenos. Esta situación repercutía en mi economía familiar, aunque no llegaba a niveles de precariedad, pero me producía cierto malestar y descontento, teniendo únicamente la esperanza de volver a Cuba con mi familia. Me enteré que también había llegado a Praga, mi amigo el pintor Camilo Minero. Venía de una gira por Moscú y también a incorporarse al XIII Congreso del Partido Comunista Checoslovaco. Lo fui a saludar al hotel donde se hospedaba y después nos seguimos viendo, recordando nuestras andanzas y reflexionando sobre el PCS. Nos pusimos de acuerdo en algunos puntos y críticas que le hacíamos, sobre todo en su lento proceso internacional en el Partido Comunista de Moscú. Después de ese cordial encuentro con Camilo, nos despedimos y le dije que al día siguiente salía para Alemania, llevando a mi hijo Jorge.

Ya en Berlín, después del trabajo encomendado por el Partido, aproveché para pasear algunos días, visitando museos, galerías y librerías. Jorgito se impresionó en la Galería Nacional de Berlín, al grado que al regresar a Praga, lo veníamos comentando.

Pasaban los días sin ninguna novedad. Nos llegaban noticias de El Salvador y de Cuba muy tardíamente, pero no cabía duda, según las noticias procedentes de mi país, que las cosas se iban poniendo peor. Ya se hablaba de fuertes gremios sindicales y de formación de grupos guerrilleros para combatir al gobierno y al ejército.

En una fiesta que ofrece la revista Internacional, cada país debía presentar al público asistente un acto cultural propio de su país de origen. Los bolivianos, por ejemplo, su carnaval; los chilenos su triste folklore; los brasileños, su samba y nosotros los salvadoreños, que éramos seis, incluyendo a un estudiante de agronomía Rafael Díaz (el puma peche), no teníamos nada que presentar. Yo les dije a mis hijos: “Bueno, ustedes van a cantar “La Marcha del Guerrillero”. Esta marcha era venezolana y la habíamos aprendido de memoria de un disco que un amigo había dejado en casa.

*“por llanuras y montañas
guerrilleros libertad
los mejores luchadores
desfilan por la ciudad...”*

Nos presentaron en nombre de El Salvador. Los latinoamericanos, comunistas ortodoxos y antiguerrilleros todos, oían las estrofas y cambiaban de colores. Yo, que era un guevarista, les había tomado el pelo. Cuando terminamos de cantar, los rusos y los otros que no entendían español, se pararon y aplaudieron, mientras que a los latinoamericanos se les querían salir los hígados. Pero, a decir verdad, era una sana alegría que disfrutábamos recordando nuestras nacionalidades en la lejana Europa Central.

Al correr el tiempo, mi inestabilidad comienza a ponerse de manifiesto, sobre todo en el aspecto económico. El sueldo no alcanza a cubrir los gastos del hogar y Aída me hace reflexionar, acrecentándose mi anhelo de volver a Cuba. Y así, un mes de marzo de 1968, hicimos nuestro equipaje para el viaje de retorno. Ya de regreso, a los pocos meses nos enteramos de la brutal intervención

de las tropas del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia, que fue el veintiocho de agosto de 1968, basada en la llamada “Doctrina Brezhnev” la cual sostenía que “los países socialistas tenían una soberanía limitada, y en ellos se podía intervenir en defensa del régimen”. Por supuesto, que con esta decisión se aplastaba la “Primavera de Praga”. Para mí, fue un duro golpe que me confundía más.



XII

CUBA

Calle J del Vedado. Ya en La Habana ubicados en la calle J del Vedado, comienza nuestra vida con un poco más de estabilidad. En 1969 se prepara un acto en conmemoración del Che Guevara, en el segundo año de su muerte.

Yo estaba en Praga cuando lo asesinaron. Según las biografías y las noticias, fue a la 1:30 de la tarde del nueve de octubre de 1967, que el ejército abre el fuego contra la avanzada, en la boca de La Cañada. Los demás guerrilleros se encontraban desperdigados. Poco después, dos jets y un helicóptero sobrevuelan la zona, pero no disparan contra las colinas ni los bombardean. La escuadra del Che, compuesta por siete hombres, intenta adentrarse en La Cañada para protegerse, pues no podrá sostener mucho tiempo el tiroteo con el ejército.

Al cabo de unos minutos, una ráfaga de tiros le arrebató de las manos al Che, su carabina M-1. Poco después, es herido en la pantorrilla; se trata sólo de una herida muscular, pero ahora le será difícil caminar. Willy o Simón Cuba, arrastra a su comandante intentando mantenerlo en pie con una mano, mientras que con la otra sostiene su metralleta. Tres soldados del pelotón del Prado advierten que dos rebeldes se aproximan. Esperan a que escalen un pequeño peñasco, y una vez que ambos bandos pueden verse, los militares gritan: “¡tiren las armas y pongan las manos en alto!”. El Che trata con prudencia la situación, así que en cuanto informan al capitán Gary Prado, de la captura, se desliza colina abajo, mientras en La Cañada continúa el enfrentamiento. Después de verificar

repetidamente la identidad del Che, Prado requisita su mochila y, exaltado se comunica por radio con el cuartel general: “capturamos al Che”. Después lo conducen a La Higuera, en donde lo encierran en la escuela del pueblo, en un cuarto con suelo de tierra, y a Willy en la habitación contigua.

Esa noche las tropas celebran su hazaña. En La Paz, el alto comando boliviano discute el destino de su legendario y problemático prisionero.

Al día siguiente, cerca de las 6:30 de la mañana, arribó un helicóptero de Valle Grande con tres pasajeros: el piloto, el comandante Niño de Guzmán y el coronel Joaquín Centeno, jefe de la octava división, y Félix Rodríguez, un operador de radio cubano estadounidense, enviado a Bolivia por la CIA. A éste se le encomendó interrogar al Che y fotografiar los cuadernos y documentos encontrados en el momento de su captura.

Si el gobierno y el país habían sido víctimas de una presión descomunal y de la censura internacional por el juicio a Regis Debray, no había más que imaginar la clase de escándalo que desataría un juicio contra el Che Guevara. Así, decidir su destino significó una pesadilla para los tres militares.

La orden salió de La Paz, a media mañana; en La Higuera la recibe Félix Rodríguez, quien la transmite a Centeno; éste dictamina que la ejecute un pelotón. Fue el teniente Mario Terán escogido para victimar al hombre desaliñado y herido, pero aun desafiante. Terán le disparó seis tiros al torso, de los cuales uno le traspasó el corazón, matándolo al instante.

Según el coronel Saucedo Parada, las últimas palabras del Che fueron éstas:

“Yo sabía que me iban a matar; no debieron capturarme vivo. Dígle a Fidel que este fracaso no significa el final de la Revolución, que triunfará en cualquier otra parte. Dígle a Aleida que olvide esto, que se vuelva a casar y que sea feliz, y que procure que los niños sigan estudiando, pídale a los soldados que apunten bien”.

La fotografía captada en 1960 por el fotógrafo cubano Alberto (Korda) Díaz, que inmortalizó al Che, le dio la vuelta al mundo y quedó estampada en afiches, revistas, periódicos, camisetas y todo lo imaginable de imprimir.

Con este recuerdo biográfico de los últimos días del camarada y amigo, me incorporo al proyecto de festividades, “Vencer o Morir”, que el Partido Comunista Cubano realizara en conmemoración del Che Guevara.

En este año de 1968, yo ya era conocido por casi todos los grandes escritores latinoamericanos de ese tiempo, y, además, en Cuba encontré el sitio ideal para la maduración de mi obra literaria. La isla vivía momentos trascendentales desde el punto de vista cultural: era un país de obligado conocimiento de la crema y nata de la literatura latinoamericana.

Considero que esta etapa cubana es la más importante de mi vida y de la internacionalización de mi obra.

Otro de mis privilegios, fue tener como amigo a grandes poetas y escritores, tales como Mario Benedetti (quien estuvo cerca de mi familia, ya que vivía apenas a unas cuerdas de nuestro apartamento). Eduardo Galeano, Julio Cortázar —con ese su rostro de niño que nunca dejaba de crecer—, Silvio Rodríguez, Pablo Milanés (cantautores de la Nueva Trova Cubana), Antonio Skármeta, Juan Gelman, Regis Debray (sobreviviente de la guerrilla del Che),

Tomás Gutiérrez Alea, Carlos Fuentes, Luis Cardoza y Aragón, Efraín Huerta, Jaime Sabines y Triago de Melho, Gabriel García Márquez, Eraclio Zepeda, Roberto Fernández Retamar, Nicolás Guillén, Eliseo Diego, Mario Vargas Llosa, etc.

Por ese tiempo, un sábado a mediodía estubo fuera de lo normal. Alguien tocó la puerta de nuestra casa, mi esposa Aída abre la puerta y casi gritando de alegría, me dice:

– Roque, te busca Álvaro Menéndez Leal.

– ¿El qué? ¡Álvaro! –dije yo, muy sorprendido.

Tenía tiempo de no verlo y asombrado salí a saludarlo. El venía de San Salvador, vía México, traía un montón de cosas que mi madre me enviaba y un ejemplar de “Poetas-Antología”, editado en la Editorial Universitaria de la Universidad Nacional de El Salvador, y también el libro de “El intelectual y la sociedad”, de editorial siglo XXI, de México. Esta obra de carácter conversatorio, recoge una tertulia, donde figuraban, entre otros, Roberto Fernández Retamar y René Depreste.

Le comentaba a Álvaro que en La Habana me habían editado “Revolución en la revolución crítica desde la derecha”, que es una réplica a quienes criticaron la obra de Régis Debray.

Con Álvaro, la pasamos bien en esos días. Le impresionó el trabajo de Casa de las Américas. El último día nos fuimos de compras, pues con él enviaría a mi madre algunas cosas, ya que regresaba a San Salvador vía México.

Yo estaba dedicado a trabajar intensamente, poniendo en orden muchos manuscritos, dándome cuenta que mi obra está enmarañada de pasajes reales y mágicos; tal como es la vida misma. Llegando a la conclusión que como hombre tengo grandes defectos y virtudes,

soy esencialmente humano y consecuente con mis principios e ideas.

Un día, saliendo de la Casa de la Américas, me encuentro con Luis Suardíaz, poeta de la Generación del 30 y director de la Biblioteca “José Martí”, de La Habana. Lo conocí en mi primera estancia en Cuba, en 1962, cuando fuera presentado mi libro “La ventana en el rostro”, que había ganado un premio en México. A Luis, le regalé un libro y publicó una buena nota que fue publicada en la Página literaria “Adelante” editada en Camagüey. Le di las gracias, ya que su oficina estaba en la calle Dos.

Tiempo después, lo vi en el aeropuerto de Praga, acompañado del famoso cantante Bola de Nieve y de Sarusky, amigos míos que se habían hospedado algunos días en mi casa.

En una de las cenas que tuvimos, les narraba el escape espectacular de la cárcel de Cojutepeque. Después de esta conversación, este relato fue publicado, por primera vez, en el número cuarenta y siete de la “Gaceta de Cuba”.

En la sala de despedida en el aeropuerto, le comentaba que el presidente de Estados Unidos es más presidente de mi país que el presidente de mi país. Todos se pusieron a reír. Inmediatamente, a Luis le entregué una pequeña nota, diciéndole que en la próxima Feria del Libro en Cuba tomara en cuenta mis libros.

Ellos partían a Cuba, yo a Alemania. Tanto Luis Suardíaz y Miguel Barnet, novelistas y antropólogos, fueron mis primeros amigos en Cuba en 1962.

Recién llegado a Cuba con mi familia, me doy cuenta de la actividad descomunal que presionaba internacionalmente al juicio que se haría a mi amigo Regis Debray. Era una campaña por su

libertad, ya que estaba preso desde 1967, cuando acompañaba al Che Guevara, en Bolivia.

A Regis Debray, lo conocí en Praga, y le descubrí América conversando acerca de los problemas que nos planteaba el socialismo. Reflexionamos y discutíamos sobre la forma de afrontarlos, para hallarles soluciones concretas; pensábamos que los pueblos podían inventar su camino al verdadero socialismo dentro de una verdadera dignidad y como repito, era el único que conocía la guerrilla de América.

Conseguí dinero para viajar hacia Bolivia y estar presente en la presión internacional. Al llegar a Bolivia, lo primero que hice fue visitar a Debray en la cárcel, y demostrarle cuán grande era mi lealtad al defender, explicar y desarrollar su ensayo empírico que fue “¿Revolución en la Revolución?”, que pusiera en mis manos en Praga.

Nuestra alegría fue cuando el jurado lo dejó libre. Los periodistas estuvieron al acecho para tomarle fotos y fue acosado con preguntas. Un pequeño grupo lo acompañó y regresamos a La Habana. Al poco tiempo, decidimos viajar a Chile, a visitar al presidente Salvador Allende, que nos recibió y tuvimos una charla correctamente revolucionaria en la cual demandó un concepto de un socialismo muy humano. En Chile, hicimos una gira muy importante, llena de experiencia que, al final, terminamos con algunas cervezas en la mano. Por esos días 1970, también andaba en Chile un amigo, el doctor Fabio Castillo Figueroa.

La amistad con el francés Regis Debray, me hacía recordar mi adolescencia cuando tuve la inquietud de conocer a una escritora salvadoreña de mucha fama, que llegaba de París, llamada Consuelo

Suncín, esposa del piloto y escritor francés Antoine de Saint-Exupéry, famoso por su libro “El Principito”. Fui a Armenia, su pueblo natal. Consuelo era muy amiga de Claudia Lars, una de las mejores poetisas, quien también naciera en Armenia.

Consuelo Suncín me recibió en la “Hacienda Santa Lucía”, que era de su familia. Fue muy amable. De manera triunfal, me contó algo de su vida amorosa que me pareció sumamente agitada.

Me dijo que había enviudado tres veces, sorpremiéndome tanto fatalismo. Su primer esposo, fue un capitán mexicano, de nombre Ricardo Cárdenas. Ella tenía veintidós años. A los veintinueve se casó con el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, llamado el “Príncipe de la Crónica”, pero, a la vez, tenía como amante al filósofo y maestro mexicano, José Vasconcelos, a quien la recuerda en sus memorias como “la Chayito”. Se casó por tercera vez con Antoine de Saint-Exupéry de quien enviudó en 1944. Al final de nuestro encuentro, que esperaba que hubiera un segundo, me despidió diciéndome: “la próxima semana regreso a París”.

Yo sabía de sobra, que me había convertido en un personaje nómada, pero al fin y al cabo, tenía un hogar y una revolución por delante. Es cierto que el internacionalismo nos aleja un poco de la patria. El caso de Consuelo Suncín, aunque en otros matices.

Mi año de suerte fue 1969. Gano el premio codiciado de Casa de las Américas con el libro “Taberna y otros lugares”. Antonio Cisneros, René Depestre, José Agustín Goytisolo, Efraín Huerta y mi amigo Roberto Fernández Retamar, fueron los jurados. Al certamen fueron enviados doscientos veintiún trabajos. Este libro lo cargaba desde “Praga”. Para testimoniar firmemente reproduzco la entrevista que me hiciera Mario Benedetti.

Entrevista con Mario Benedetti

UNA HORA CON ROQUE DALTON

¿Cómo caracterizarías la trayectoria de tu poesía?

Al igual que un gran número de poetas latinoamericanos de mi edad, partí del mundo nerudiano, o sea de un tipo de poesía que se dedicaba a cantar, a hacer la loa, a construir el himno, con respecto a las cosas, el hombre, las sociedades. Era la poesía-canto. Si en alguna medida logro salvarme de esa actitud, fue debido a la insistencia en lo nacional. El problema nacional en El Salvador es tan complejo que me obligó a plantearme los términos de su expresión poética con cierto grado de complicidad, a partir, por ejemplo, de su mitología. Y luego, cierta visión del problema político, para la cual no era suficiente la expresión admirativa o condenatoria, sino que precisaba un análisis más profundo. Esto me obligó a ir cargando mi poesía de anécdotas, de personajes cada vez más individualizados. De ahí provienen ciertos aspectos narrativos de mi poesía. Aunque, llegando a determinada altura, tampoco resultaron suficientes y debieron ser sustituidos por una suerte de racionalización de los acontecimientos. Viene entonces mi poesía más ideológica, más cargada de ideas.

En esta etapa precisa, ¿usas también la poesía de personajes?

Sí, la sigo usando. Por ejemplo, el libro premiado está cargado de personajes. A veces se da el caso de que los personajes opinen en contra de lo que yo pienso. Eso lo hago para establecer una contradicción dialéctica, en el seno de la expresión poética. El lector es quien puede resolverla.

¿Y la zona subjetiva?

También existe, por supuesto. Incluso para enfrentar la historia hay expresiones de ese tipo: simplemente opiniones que surgen de una apreciación subjetiva de la realidad.

¿Cómo calificarías Taberna y otros Poemas con respecto a tu obra anterior? ¿Continuidad o ruptura?

Yo diría que ambas cosas. Desde el punto de vista del desarrollo de la expresión, es continuidad. Ahí están presentes la poesía de personajes, la índole narrativa, la utilización de la anécdota, etc., pero es también ruptura en la medida en que plantea, y acentúa de una manera nueva, la expresión política, llevando así el conflicto a lo ideológico, y rompiendo con una serie de estructuras caducas del movimiento revolucionario en el que de algún modo estoy inmerso.

Tengo entendido que el primer título fue “Poemas problemas”.

Exactamente, ese título tenía para mí dos significados: por una parte, yo estaba entonces influido por el movimiento de poesía concreta y quería jugar un poco con la tipografía (ahora la poesía concreta ha dejado de interesarme como juego tipográfico): fijate que la palabra problemas sólo tiene tres letras más que la palabra poemas. Aparte de eso, reflejaba desde el punto de vista del contenido, la esencia de lo que yo quería expresar en este libro, es decir: poemas que, al sumergirse en la lucha ideológica, se convertían ellos mismos en problemas.

¿Y por qué le cambiaste el título?

La situación planteada en el libro es verdaderamente problemática: acentuarla más, aun desde el título, hubiera sido repetitivo, tautológico.

Creo que el gran poema del libro es el titulado “Taberna”. También fue el que más impresionó a los jurados, a pesar de su inusual extensión. ¿Cuál fue su génesis?

“Taberna” es virtualmente una crónica de los esquemas mentales de un sector importante de la juventud checa, en los años 1966 y 1967. El método de trabajo fue el siguiente: hay en Praga una taberna muy famosa, una cervecería que data del siglo XIII, llamada UFleku, donde se reúne la juventud checa a beber cerveza y a conversar; también concurren muchos extranjeros residentes en Praga. En varias oportunidades escuché allí trozos de conversaciones; eran de tal interés (sobre todo si se considera el marco en que se daban: un país socialista, a veinte años de revolución) que me impulsaron a tomar apuntes. De pronto me di cuenta de que eso era material sociológico y que yo estaba efectuando una suerte de furtiva encuesta de toda una ideología. Confieso que empecé sin propósitos demasiado definidos, simplemente ordenando lo que recogía; luego pensé que el posible mérito era la propia existencia de ese material, y que el trato más adecuado debía ser una rigurosa objetividad. Me decidí entonces a construir un poema, debido a que las expresiones recogidas tenían suficiente calidad literaria; un poema en el que fuera posible introducir aquellas expresiones, dejando que por sí mismas construyeran sus posibilidades de conflicto. Las yuxtapuse y les di algún tipo de montaje, pero sin intención de jerarquizarlas entre sí. Algo así como un poema-objeto; sin embargo, la carga política era tal que dejó de ser un poema-objeto para convertirse en algo eminentemente político.

Desde un punto de vista formal, ¿qué diferencia hay entre el procedimiento que utilizaste y el corrientemente usado por etnólogos

o antropólogos? Pienso en Oscar Lewis, o, para mencionar un ejemplo cubano, en Miguel Barnet.

En el caso de Barnet había un propósito original. No hay que olvidar que Miguel tiene formación científica y trabajó con la intención de reconstruir un periodo de la historia cubana. En cambio, mi punto de partida fue mucho más ingenuo. Yo partí del asombro político que, como comunista extranjero en Praga, experimenté al enfrentarme con un panorama ideológico que no esperaba encontrar en un país que llevaba veinte años de socialismo. Además, la experiencia del socialismo que yo tenía era cubana, donde el sentido de lo heroico, el fervor de la revolución, el orgullo de ser comunista y revolucionario, eran, desde luego, el pan de cada día para la juventud; en cambio la problemática planteada por los jóvenes praguenses era una mezcolanza del misticismo, religiosidad, anticomunismo, esnobismo, nihilismo; o sea, una cantidad de formas ideológicas que el imperialismo exporta para el consumo de los pueblos que él mismo se encarga de oprimir.

Ya sé que hay inevitables distorsiones de la memoria, y no me refiero a ellas cuando te hago la pregunta: ¿nunca pusiste en boca de los jóvenes alguna expresión inventada?

Prácticamente no inventé nada. Claro que en la labor de montaje hubo algunos giros complementarios. Y eso daba la continuidad de un pensamiento a otro. A veces, ante la perspectiva de que un pensamiento pudiera ser mejor entendido con el agregado de una metáfora, hice anotaciones en ese sentido. Por ejemplo, hay un momento en que hablan de África en una forma un poco despectiva. Entonces construyo una metáfora cargada de ese contenido de menosprecio, y pongo en boca de uno de los muchachos estas

palabras: “África, ese mercado negro”. Nadie las dijo nunca en la taberna, pero son un afinamiento de lo que querían decir.

La sección checa del libro, ¿fue escrita antes o después de los acontecimientos de agosto de 1968?

Fue escrita en los años 1966 y 1967, o sea cuando viví en Praga.

Me parece importante destacarlo, porque los sucesos de 1968 pueden cargar tus poemas de un sentido muy particular.

Desde luego. Mis poemas representan la visión de un latinoamericano en esos años, o sea cuando se estaban gestando muchos de los conflictos de hoy. La parte checa es la sección final del libro. La parte intermedia es una visión de mi país, a partir de una mirada extranjera. Otra vez una poesía de personajes. Pongo a hablar a los integrantes de una familia inglesa, muy decadente y aristocrática, que llega a El Salvador con el objeto de rehacer su fortuna, perdida en Inglaterra, y que se enfrenta a las condiciones de un país subdesarrollado, con la actitud de la aristocracia inglesa venida a menos. Tuve noticias de esa familia por expresiones que le oí a mi padre (quien, como sabes, era norteamericano), refiriéndose a la total incomprensión con que esos ingleses miraban el país. Esbocé esos personajes melancólicos, y construí una serie de poemas que son una manera de reírnos los latinoamericanos de la visión que de nosotros tienen los europeos. Por último, y ya que seguimos un orden inverso, la parte introductoria del libro está compuesta por una colección de poemas sin mayor unidad, acerca de temas varios.

Y la línea amorosa, que ha sido bastante importante en tu poesía, ¿prosigue en este libro?

Si, prosigue en todos los niveles; tanto en los poemas sueltos, donde hay problemas amorosos, personales, como en los referentes a la familia inglesa, donde se tiene en cuenta el conflicto amoroso decadente. Por último, están presentes algunos aspectos del amor en el seno de una sociedad socialista, cuando el amor y la sociedad se enfrentan desde el punto de vista de una conciencia deformada. Es el caso del amor sobre la base de una vida común, cimentada en falsos valores. Hay un poema que se titula “Historia de un amor” que está integrado por una serie de documentos sobre el destino trágico de una pareja, formada por un extranjero y una muchacha checa que se casan en Praga y empiezan a vivir falsamente el socialismo; finalmente, el matrimonio se destruye de la manera más burguesa posible.

Por los fragmentos que conozco de tu libro, y por lo que ahora me cuentas, veo que podría ser considerado como poesía comprometida. Ahora bien, ¿qué sentido le das al compromiso?

Me parece que para nosotros, latinoamericanos, ha llegado el momento de estructurar lo mejor posible el problema del compromiso. En mi caso particular, considero que todo lo que escribo está comprometido con una manera de ver la literatura y la vida a partir de nuestra más importante labor como hombres: la lucha por la liberación de nuestros pueblos. Sin embargo, no debemos dejar que este concepto se convierta en algo abstracto. Yo creo que está ligado con una vía concreta de la revolución, y que esa vía es la lucha armada. A este nivel entiendo que nuestro compromiso es irreductible, y que todos los otros niveles del compromiso teórico y metodológico de la literatura con el marxismo, con el humanismo, con el futuro, con la dignidad del hombre, etc.,

deben discutirse y ampliarse, a fin de aclararlos para quienes van a realizar prácticamente ese compromiso en su obra y en su vida; pero en nosotros, escritores latinoamericanos que pretendemos ser revolucionarios, el problema del compromiso de nuestra literatura debe concretarse hacia una determinada forma de lucha.

Dentro de esa acepción, ¿qué lugar dejas a aquellos autores que escriben cuentos fantásticos, o cuentos realistas no referidos a una concreta realidad política, y que en su actitud personal tienen en cambio una militancia?

No creo que este problema se resuelva a nivel de géneros. Un combatiente revolucionario puede hacer magnífica literatura inmediateista, e incluso panfletaria si le viene en gana o si las necesidades de la lucha cotidiana así lo exigen; pero también sirve a la revolución si es un excelente escritor de ciencia-ficción, ya que la literatura, entre otras funciones, cumple la de ampliar los horizontes del hombre. En la medida en que el pueblo puede captar los significados, últimos o inmediatos, de una gran literatura de ficción, estará más cerca de nuestra lucha, y más todavía si es capaz de analizar la enajenación que el enemigo le impone. Por eso no vemos razones para plantear la obligación de que el escritor militante se reduzca genérica o temáticamente a una línea muy estrecha. Partamos mejor, del otro extremo, o sea de su actitud ante la lucha revolucionaria. Una vez que este problema está resuelto, el asunto de los géneros y del rumbo literario servirán para enriquecerse la línea revolucionaria que ha escogido en su vida. Por otra parte, y tal como lo cita la última declaración del comité de colaboración de la revista Casa de las Américas, en la lucha de clases se cumple también el papel de arrebatarle a la burguesía el privilegio de la

belleza, como lo sostiene Regis Debray. En el terreno literario, las relaciones entre la militancia y la literatura como resultado de la creación de un revolucionario, sólo pueden ser positivas. Hay otro terreno en el que sí podría haber conflicto, y es a nivel ideológico. En la medida en que, a través de la literatura, se plantearan ideológicamente posiciones que estuvieran en contradicción con la militancia revolucionaria, se originaría un conflicto, del cual no tiene culpa la literatura como tal; se tratará más bien de un problema ideológico del escritor. Ahí es donde cabe situar el problema de las famosas “desgarraduras” entre el poeta y el militante político, cuando ambos son la misma persona. Desgarradura es un término que se ha acuñado para ocultar que se trata de un problema ideológico; si le quiere seguir llamando así, habrá que decir que se trata de una desgarradura ideológica, y que por lo tanto debe solucionarse a nivel ideológico.

En tu caso personal, ¿ha sabido conflicto entre tu militancia política y tu calidad de escritor?

En alguna ocasión me han preguntado eso, y muy a la ligera he dicho que no. Lo que he querido decir es que para mí ha sido posible estructurar mi obra poética en el seno de una vida de militancia política, o sea que me acostumbré a escribir en la clandestinidad, en condiciones difíciles. Pero evidentemente existe otro nivel. He tenido conflicto cuando he tenido problemas ideológicos. Cada vez que he experimentado una desgarradura, ha sido porque se me planteaba una contradicción entre la posición política y una posición ideológica expresada en mi literatura. En la medida en que pude superar mis debilidades en este terreno, di pasos hacia adelante; en la medida en que no los pude superar,

tengo aún conflictos. Hay una serie de aspectos de la revolución, muchos de ellos planteados a escala mundial, frente a los cuales y posiblemente no tengo conceptos muy claros, y por lo tanto siento que me afectan; pero, como te decía antes, son cuestiones absolutamente resolubles en el plano ideológico.

Como sabes, hace tiempo que me vienen preocupando los problemas derivados de las relaciones entre el intelectual y el socialismo, entre el escritor y la revolución. Muchas veces juzgamos esa relación con base a prejuicios pequeño-burgueses y a un concepto liberal de ciertas palabras claves; también en otras épocas fueron propuestos como soluciones ciertos métodos relacionados con el estalinismo. Personalmente creo que la verdadera solución no está en ninguno de esos planteos. Quizá debamos crear una nueva relación entre el escritor y la revolución. O acaso inventarla. Me gustaría conocer tu opinión sobre esto.

Bueno, tú partes de realidades concretas que nos ahorran definiciones. Por un lado, prejuicios pequeños burgueses que se interponen entre el escritor y las instituciones del socialismo, entre el artista y la revolución en el poder; y por otra parte las metodologías, destinadas a resolver este tipo de relaciones, que otorgara el estalinismo en el pasado. Creo también que usaste una palabra justa para hacer la proposición: hablaste de inventar nuevos métodos y nuevos contenidos en la relación del escritor con el socialismo institucionalizado. Desde luego, se trata de una labor muy amplia, que debe ser de invención común, en la cual participen los creadores, los hombres de cultura, el Estado, las instituciones del socialismo, pero todos en relación con el pueblo, que en definitiva es el destinatario último y el productor primario de toda la materia prima

cultural, en cuya elaboración no somos sino intermediarios. En las grandes perspectivas de esta invención no deben, por lo tanto, interponerse proposiciones según las cuales los creadores seamos simples dictadores de viejas opiniones, ni tampoco que se introduzcan por algún resquicio los métodos estalinistas que sentaron jurisprudencia para resolver determinados problemas en este terreno. La cuestión es verdaderamente profunda y tiene que ver con los fines últimos de la revolución. En la actualidad hay que darle particular importancia a este problema; todos estamos obligados a participar en la solución, así como a iniciar la discusión con un nuevo estilo, dispuestos a llamar a los problemas por su nombre y a no tener jamás la objetividad. Debemos hacerlo con un criterio revolucionario, marxista, científico, apresado a la experiencia histórica y a las perspectivas concretas del futuro, tal como se trabaja cuando se planifica una zafra, la apertura de una nueva rama industrial o las relaciones internacionales de un Estado. Entiendo que podemos ver estas posibilidades con optimismo. En nuestros países sobre todo en el lugar donde el socialismo se ha encarnado realmente en nuestro hemisferio (me refiero a Cuba), se abren reales posibilidades de una instauración de nuevas relaciones y de inventarlas con audacia (precisamente la audacia ha sido una característica de esta revolución), con la mirada puesta en América Latina, ya que Cuba es el inicio de la revolución latinoamericana.

Mencionaste la dimensión histórica y también la audacia de la experiencia cubana. Me parece que si a esa audacia agregamos una modestia verdadera por parte del creador, tal vez encontremos los elementos para resistir a dos de las más riesgosas tentaciones

que padece hoy el intelectual: ser fiscal de la historia, o ser víctima de ella.

Tocas un problema importante. Los intelectuales tendríamos que concurrir a la elaboración del nuevo tipo de relaciones entre el artista y la revolución, con absoluta conciencia de este tipo de peligros. La última experiencia histórica nos demuestra que, precisamente por nuestras debilidades ideológicas, por nuestros prejuicios pequeño-burgueses, por el tipo de sociedad en la que hemos estado inmersos y que tanto nos ha deformado, tratamos de preservar nuestra individualidad hasta territorios que contradicen las raíces mismas de nuestros ideales humanistas. ¿Qué les ha pasado a los grandes poetas que han tratado de convertirse en fiscales intocables de la vida pública, o a los escritores que, en nombre de una supuesta libertad intocable, tratan de convertirse en víctimas de la historia? A pesar de lo conmovedores que puedan parecernos sus avatares, debemos reconocer que uno a uno han ido cayendo y han terminado por incorporarse, muchas veces a pesar suyo a la gran industria del espectáculo editorial, del gran show editorial que, detrás de su apariencia luminosa, tiene intereses concretos que pueden responder al enemigo. Cuando una personalidad que maneja los problemas de la conciencia, de la historia, de la cultura, y que muchas veces ha sido portavoz de grandes inquietudes de nuestras masas, cuando un poeta a quien el pueblo le ha dado su calor, cae en la industria del espectáculo a que aludo, se convierte de inmediato en un elemento más de la enajenación de nuestras masas populares, y por lo tanto pasa a cumplir una labor histórica francamente negativa, reaccionaria. Ninguno de nosotros está libre de caer en ese riesgo, y por eso la

vigilancia sobre nosotros mismos y sobre nuestros compañeros debe mantenerse, en un sentido revolucionario, a pesar de que los evidentes errores cometidos en el pasado por parte de instituciones de Estados socialistas, nos pongan muchas veces en guardia contra ciertas palabras. Estamos entre revolucionarios y dejaríamos de serlo en el momento en que entregásemos las armas de la crítica; pero no simplemente como escritores, sino también como ciudadanos de un país, como revolucionarios de fila. Además, como escritores, tenemos derecho a la crítica, y a plantear los problemas en el nivel que sea, y con la profundidad de que no imponga nuestra conciencia. Sin embargo, debemos estar vigilantes con respecto a la otra situación: seamos responsables ante nosotros mismos de esos peligros que tú has señalado, en la medida en que estemos dispuestos a no ofendernos por llamarnos servidores de nuestros pueblos. Si hay escritores a quienes les parece denigrante servir al pueblo francamente no vale la pena que hablemos de ellos.

Así como decíamos que conviene estudiar la relación entre el escritor y el socialismo, dentro de un Estado socialista, creo que también deberíamos estudiar los problemas derivados de la presencia de un escritor revolucionario dentro de una sociedad de impronta capitalista, o sea dentro de un mercado de consumo.

Cuando apuntábamos que un escritor inserto en un país socialista puede caer en la tentación de la industria que persigue la enajenación de las masas populares, estábamos señalando un peligro real pero también excepcional. En cambio el escritor que trabaja en el mundo capitalista, vive inmerso en una situación presidida por un gran aparato que por lo general está al servicio de la ideología del enemigo, y por lo tanto corre el riesgo de convertirse en su víctima

inmediata. Aun el escritor que se rebela, aun el escritor que es digno de su papel y lucha contra la enajenación, puede ser víctima de ese aparataje y ser aludido desde diferentes niveles.

Algo así como una “operación seducción”.

O una “operación soborno”, que incluye maniobras destinadas a dotarlo de una buena conciencia a pesar de las concesiones que poco a poco se le puedan arrancar. Todo está destinado a un fin último: asimilarlo al gran aparato de enajenación, montado en contra de nuestras masas populares.

El mero hecho de neutralizarlo, ¿no es acaso un buen dividendo para el enemigo?

Desde luego, en este aspecto el enemigo ejerce una acción cotidiana, costosísima, que se manifiesta en todos los órdenes de la vida cultural; ediciones lujosas, excelente promoción del libro, gloria efímera, la posibilidad de convertirse en una suerte de prostituta intelectual, muy bien pagada, o un payaso simpático, al servicio de los intereses más inconfesables, aunque a veces, en los mejores y más inocentes de los casos, no se tenga conciencia de ello. Lo que me produce preocupación es que tales maniobras de seducción alcancen a muchos de nuestros compañeros, y que éstos no adviertan que al caer en la falta de seriedad, en la payasada, o en las concesiones directas al enemigo, están contribuyendo a crear en los pueblos la imagen de que al intelectual promedio sólo le interesa la frivolidad, la publicidad, la tontería.

Por eso mencionaba la modestia. Dentro de la operación-seducción, uno de los elementos que mejor maneja el enemigo es un fino tratamiento de la vanidad. Frente a la modestia verdadera, una modestia que es también orgullo, el imperialismo se siente

desarmado. Ahora, volviendo a tu poesía, ¿cómo crees que este libro que acaba de ser premiado, y tu poesía en general, se insertan en la literatura salvadoreña?

Los orígenes culturales de mi producción, y el hecho de tratar, por medio de la literatura, de volver a mi país, con una visión tal vez enriquecida por la experiencia del exilio, son en realidad contribuciones de mi país a lo que yo hago. Hay además ciertos esquemas mentales, ciertas estructuras de lenguaje que, desde luego, son absolutamente salvadoreñas. Pero en lo que se refiere a mi obra poética, no creo que sea continuación, o que haya recibido influencia decisiva de quienes han escrito poesía en El Salvador. Por el contrario, en un porcentaje bastante alto, he partido de un rechazo con respecto a la poesía que anteriormente se había escrito en mi país, poesía muchas veces inofensiva, que rara vez ha ido al fondo. Y esto no es sólo una apreciación personal, sino que es también lo que dice la crítica salvadoreña respecto de lo que allí se conoce de mi poesía. Precisamente se ha señalado su carácter de ruptura.

¿De cuál de los nuevos poetas salvadoreños te sientes más cerca?

Fundamentalmente, de Manlio Argueta. Es un poeta de mi edad, que por cierto se ha convertido últimamente en un novelista muy valioso. La poesía de Argueta está dentro de una línea muy renovadora: es desenfadada, de gran amplitud temática. Hay también un muchacho nuevo, muy joven: Alfonso Quijada. No ha publicado ningún libro, pero conozco poemas sueltos que revelan un auténtico talento. También un poeta católico, David Escobar Galindo, muy joven también, pero con grandes posibilidades de desarrollo. Y desde luego Roberto Armijo, de mi promoción: no sólo como poeta,

también como ensayista nos ha ayudado mucho a todos en el planteo de problemas sobre nuestra cultura nacional.

Está asimismo tu inserción en la poesía latinoamericana actual. Alguna vez escribí que había dos familias de poetas latinoamericanos, la familia Neruda y la familia Vallejo. ¿A cuál de ellas sientes que perteneces?

Mira, yo quisiera ser uno de los nietos de Vallejo. Con la familia Neruda no tengo nada que ver. Hemos roto nuestras relaciones hace tiempo. De todos aquellos que surgimos impulsados por el clima de Vallejo (aunque a esta altura no sé si quedará algún rastro de nuestra expresión formal), descarnado y humano, me siento cerca de poetas latinoamericanos como Juan Gelman, Enrique Lihn, Fernández Retamar, Ernesto Cardenal.

Y aparte de los latinoamericanos, ¿cuáles son tus poetas mayores?

Tal vez un grupo de poetas franceses, muy disímiles entre sí. De cada uno he tomado algo. Pienso en Henri Michaux, Jacques Prevert y (a pesar de que nadie me crea) Saint-John Perse. Los leí casi simultáneamente y ejercieron una notable influencia sobre mí. También algunos poetas de lengua inglesa, como Elliot o Pound. Sin embargo, creo que mi poesía, sobre todo a partir de *El Turno del Ofendido*, se nutrió de otros géneros en mayor grado que de la poesía. Por ejemplo: la novela, el cuento, y hasta el cine. Conscientemente traté de propiciarme climas generadores de una actividad poética.

¿Y cuáles serían esos novelistas?

En el caso de *El Turno del Ofendido*, hay conexión (testimoniada a veces por epígrafes) con la novelística de Faulkner, e incluso con

También empiezo a darle forma a Los Hongos y me llega la noticia de Barcelona que acaban de editar “Los pequeños infiernos” (1970).

La única obra de teatro que vengo cargando es Los Helicópteros, que escribiera con Napoleón Rodríguez Ruiz en 1966. Tengo esperanza de montarla un día de estos.

Además de mi trabajo literario, en este año y medio he escrito una buena cantidad de artículos y reportajes periodísticos: también he dirigido programas de radio, y he trabajado en un proyecto de una película sobre el general Maximiliano Hernández Martínez, que llevaría a pantalla Tomás Gutiérrez Alea.

Para este fin de año de 1969, Roberto Fernández Retamar invita a mi familia a pasar la Nochebuena con él. Aída y mis hijos contentos, se ponen lo mejor que teníamos de vestir. Roberto, muy amable, nos recibe familiarmente. Aprovechando la ocasión para devolverle el libro que hace meses me había prestado “Cien años de soledad”, de Gabriel García Márquez. El libro presentaba deterioros, pues estaba manchado con sangre de zancudos que había matado con él. Aunque discutíamos por algunas cosas, luego nos reconciliamos para ratificar que siempre hablaríamos uno a nombre del otro.

O estábamos en torno a mesa, en las peleadoras reuniones del que fuera comité de nuestra revista, con gente desperdigada por el mundo como yo.

El veinte de julio de 1970, renuncio del Comité de Colaboradores de Casa de las Américas. Así se lo comunico a Fernández Retamar.

Sin embargo fui invitado en esta fecha por Roberto para ser el “hombre de confianza” de la revista durante los eventos del premio

“Casa de las Américas” 1970. Esto suponía vigilar la delegación internacional de intelectuales que visitarían Cuba, sobre todo los “no militantes, de posición ambigua”, como Ernesto Cardenal de Nicaragua.

Tratados como turistas, la delegación de intelectuales extranjeros vaciaron sus querellas conmigo, que se las comuniqué a Roberto Retamar. Las delegaciones querían conocer la verdadera Cuba, tener contacto con sus campesinos y trabajadores.

En una ocasión, Ernesto Cardenal y otros se escaparon del grupo y visitaron Cuba por su cuenta.

Yo defendí las posiciones de las delegaciones y critiqué la falta de transparencia de “Casa de las Américas”, le dije a Roberto Retamar que no tenía el coraje para enfrentar los problemas. Así terminaba de una manera definitiva con la revista.

A partir de ese incidente volqué toda mi actividad en mi propia obra ya en mi mente se bosquejaba regresar a Centro América a incorporarme al trabajo revolucionario.

En 1971, fui invitado a viajar a China y Corea del Norte. Kim Il Sung, había girado una invitación para participar en los festejos de aniversario de la Fundación de la República Democrática de Corea.

Tuve que hacer un largo recorrido en avión pasando por Alemania, y de ahí a Moscú hasta llegar a China y enseguida a Corea.

Me sorprendí por diversas razones. A pesar de mi admiración por la revolución china, Corea me pareció sumamente exagerada y absurda la manera en que los dirigentes de esos países convencían a sus pueblos. Principalmente en Corea, donde el racionamiento abarcaba hasta el cine.

Observaba un socialismo muy diferente al latinoamericano, esto es considerado muy distante del asiático y del europeo. De este viaje, traje varios regalos. En su mayoría eran libros y posters gigantes con imágenes revolucionarias o altamente socialistas como en los que un soldado, un marino, un obrero y un maestro portaban un fusil AKM, una clásica estética del llamado “realismo socialista”. Los festejos de aniversario se celebraron en grande; toda la comunidad comunista se dio cita, los grandes partidos y los pequeños, unidos en un solo ideal revolucionario.

También me di cuenta que aquí cerca del Norte la “felicidad” era terrenal, que se dispensa de manera organizada a toda hora, a manos llenas. Para eso estaba el gran líder Kim II Sung, oculto en su palacio lejano, pero presente con su imagen en cada hogar. El escenario estaba dominado por una luz artificial, aparentando que la felicidad estaba siempre presente.

Cuando llegué al aeropuerto Piong Yang, me di cuenta que los visitantes oficiales eran recibidas por una enorme fila de trabajadores, que empezaban en la pista y se extendía por las calles, dedicados a agitar flores de papel, todos sonrientes y vestidos de saco y corbata; trajes prestados para dicha ocasión y que después devolvían al almacén de utilería. Todo aquello era una magnífica representación teatral. Las bailarinas en el escenario giratorio representaban una inalcanzable felicidad, que contagiando a miles y miles en los desfiles gigantescos que gozaban frente a la tribuna donde nos encontrábamos nosotros, cantando la gloria del Gran Líder, antes el padre, ahora el hijo Kim Young II. Pero la realidad era otra cosa; en Corea del Norte existía una gran pobreza, lindando con la miseria.

Después de participar de este gran internacional evento regreso a Cuba. Lo primero que hago es colocar un gran póster en la terraza de nuestra casa. Les decía a mis amigos que el marino se parecía a Regis Debray; el soldado a Julio Cortázar; el maestro a Nicolás Guillén; y el campesino, a Roberto Fernández Retamar.

Pero el regalo que más me gustaba era la réplica del uniforme militar que Kim II Sung “El Comandante Acero”, que utilizó en sus campañas militares contra los norteamericanos.

Muchas veces los amigos me visitaban y yo los recibía disfrazado de Kim II Sung, poniéndome el tal uniforme. A mis amigos les daba risa tal broma.

Una tarde, cuando mi hijo Jorge regresaba de la escuela llamada “Nguyen Van Troi”, el reconocido héroe vietnamita fusilado por el ejercito norteamericano a principios de los años sesenta, yo estaba vestido con el dicho uniforme, al abrir mi hijo la puerta, inmediatamente me puse firme y le di órdenes con un saludo militar: “Camarada Jorge, el pueblo de la República Popular de Corea, por medio de su máximo dirigente, el indiscutible líder de los cuarenta millones de coreanos, el glorioso camarada Kim II Sung le asigna una misión especial por la cual será condecorado con la orden máxima de Héroe de la República Popular de Corea”. Por supuesto que mi hijo, que ya contaba con diez años de edad, me siguió el juego, aceptando la misión que consistía en vigilar desde la ventana si alguien se acercaba o miraba hacia nuestro apartamento. Mi objetivo era el llegar hasta un frondoso árbol de mango que hacía poco había comenzado a dar frutos. Me deslicé por una planta vieja, que me servía de puente y al momento regresé cargando mangos tiernos para comerlos con sal. De repente, tocaron la puerta,

y era nada más y nada menos que la policía cubana, que acudía al lugar, después que varios vecinos habían denunciado que un individuo saltó del techo vestido de verde olivo. Automáticamente, pensaron que se trataba de un ladrón.

Yo, vestido de Kim II Sung, me disculpé con el oficial de policía, un negro gentil que no salía del asombro de ver que devoraba un mango verde. “Mire compañero –le dije–, lo que pasa es que soy salvadoreño y en El Salvador así se comen los mangos. Hoy tuve un ataque de nostalgia, pero le juro que esto no volverá a ocurrir”.

El oficial sonrió y moviendo la cabeza me dijo: “Oye chico, la verdad que tú estás loco. Te voy a decir una cosa: si sigues comiendo mangos verdes agarrarás una tremenda tifus y te puedes morir, mi hermano”. Le respondí: “No-hombre, ya se hubieran muerto de tifus los casi cinco millones de salvadoreños”. Todos nos pusimos a reír. Tocando el uniforme, recordé el día que llegué al aeropuerto de Pyon Yang, donde fui recibido por una linda niña coreana quien me puso una guirnalda de flores en mi cuello.

En 1972 salimos de viaje con Regis Debray, a Sur América. Nuestra primera escala fue Chile, donde visitamos a Salvador Allende. Regis Debray se queda y yo salgo a Montevideo. Nunca había viajado en un hidroavión y la verdad es que no creo volver a hacerlo. Sin embargo, aquella madrugada no se me ocurrió tan siquiera que alzar vuelo desde el agua y rumbo al agua, fuera una experiencia tan emocionante.

El hidroavión pertenecía a una línea aérea uruguaya, filial de Panamerican, según parece, y cosa rara, la azafata frisaba los cincuenta años y era imperdonablemente fea.

Mi compañero de asiento era un abogado argentino que viajaba al Uruguay a ver a un hermano suyo, opositor a Perón y fugado de Buenos Aires, hacía pocos días. Aproveché la oportunidad para contarle mi experiencia el día anterior en que pernoctara en Buenos Aires. Presenció la concentración obrera y popular del “Día de Lealtad”. Le dije que tenía la impresión de que el presidente argentino era muy querido por su pueblo y que ello me parecía muy hermoso y estimulante.

Con apariencia digna de mejor causa, me explicó todo lo observado. Los obreros, empleados públicos, etc., asisten a la concentración y aquellos vitoreadores aparentemente entusiastas de Perón, en su mayor parte. Concurrieron forzados por el control, por la presión estricta que los sindicatos verticales, los jefes inmediatos y los comités políticos de los barrios ejercen. Solamente un número minoritario de los manifestantes, según mi interlocutor, eran sinceros y decididos peronistas. Decidí aceptarlo todo por el momento, y comprobarlo personalmente a mi regreso a Buenos Aires. Por otra parte, el viaje por avión entre las capitales de Argentina y Uruguay es tan corto que no deja lugar para charlar a gusto sobre nada.

Montevideo me desconcertó, ¿razones?, dejo apuntados los siguientes ejemplos:

Una noche, le pido a un chofer de taxi que me lleve a un cabaret determinado. Era un hombre de más o menos cuarenta años. Gruñe, me conduce dos o tres cuadras, para en seco el automóvil y me dice que ha decidido no llevarme a tal antro porque tiene un hijo de mi edad a quien nunca le permitiría entrar ahí y que si yo quiero bien puedo ir a buscar otro chofer sin hijos grandes. Chofer moralista,

ridículo o loco, lo cierto es que me deja como un imbécil en plena calle y sin el menor deseo de oír hablar del cabaret... hasta el día siguiente, por supuesto.

En otra ocasión, me largo a los cafés del puerto, conozco a un marino uruguayo, gigantesco y borracho, que estuvo en El Salvador. El marino decide de repente ponerse belicoso y arma un escándalo tan enorme, con otros marinos noruegos, nada cándido. Inmediatamente, llega un verdadero ejército de policías a aplacar los ánimos de una manera brutal. Cuando éstos se dan cuenta de que soy extranjero, un sargento se hace cargo de mí, bebe conmigo y me lleva al hotel a bordo de una ambulancia con sirena a todo volumen. Me abraza en nombre de la nación uruguaya, se cerciora de que, efectivamente, me quede en el hotel y regresa, con el ulular de la sirena, al puerto, a seguir aplacando los ánimos.

A pesar de lo que se dice de Montevideo en la Argentina (que es un barrio argentino tras el río, que es una sucursal de Buenos Aires, que es el lugar de engorde de los políticos argentinos “en la mala”, etc.), la verdad es que la capital uruguaya está en las antípodas vitales de la capital argentina.

Buenos Aires apabulla, se muestra como el desatado viento de mar en pleno rostro. Montevideo, recibe, saluda, invita y sonríe suavemente. Buenos Aires grita, se ríe a carcajadas y sonidos de acordeones italianos. Montevideo necesita un tango especial, con más intervención de los violines. Buenos Aires tiene el río y el mar repletos de aceite, petróleo y óxido de los barcos. Montevideo tiene playas saladas de arena rosácea con el que juega el viento. Montevideo: ciudad tranquila ante el bullicio bonaerense, ciudad culta y refinada con la influencia de la famosa potetería porteña;

ciudad linda, dúctil y maleable para el hombre, tacita de plata intransigente ante el monstruo paredón de ínfulas parisinas de la ribera opuesta. Y como si eso no fuera bastante, en Montevideo se podía uno pasar un año sin enterarse del nombre del presidente de la República. En Buenos Aires...

En 1971, tengo una larga conversación con el poeta nicaragüense Ernesto Cardenal sobre marxismo y cristianismo. A este poeta lo conocí en 1970 cuando servimos de jurado de poesía que le otorgó el premio Casa de las Américas al uruguayo Carlos María Gutiérrez, quien decía que los partidos comunistas de América Latina son más corrompidos, te lo digo con conocimiento de causa, porque pertenecí por años al PCS.

Nuevamente regreso a Cuba, para trabajar y seguir poniendo en orden mis trabajos literarios que son bastantes. En esos días, me envían el original del libro de Miguel Mármol para que lo revise ya que la Editorial EDUCA, tira su primera edición en noviembre de 1972. Ítalo López Vallecillos es director de EDUCA. Le escribo una carta urgente a mi recordado amigo y se la envió con un amigo. Es el ocho de octubre de 1972. Dice:

“Querido Ítalo:

Te escribo en una fecha triste: el quinto aniversario de la muerte de nuestro inolvidable Che. Y desgraciadamente debo hacerlo de prisa para aprovechar el viaje de un amigo. De nuevo, pues, una carta sin charla, yendo al grano.

A ver cuando será en que nos sentemos a platicar a gusto, a la par de unos vasos de cerveza y mariscos del país.

Te envié ya una carta diciéndote que recibí el giro de cuatrocientos dólares canadienses. Hubo aquí problemas por la

falta de relaciones del Banco Nacional de Cuba con el sistema bancario costarricense y he debido enviar el cheque a cobrar a Canadá. Para el futuro, el trámite de envío de fondos es el siguiente: que el Banco de Costa Rica envíe un giro telegráfico directo al Banco Nacional de Cuba a mi nombre. la operación telegráficamente, o sea cablegráfica o radiográficamente, duraría algo así como una semana, ¿bien?

Espero noticias del libro y ejemplares por la vía rápida de Thelma Nava. Asimismo, te ruego que avises si hay notas bibliográficas, referencias, en la prensa local o centroamericana para la edición italiana y si se perfila más una edición noruega y otra checa, pero quiero ver el libro en español o sea tu edición. Escríbeme dándome noticias.

Espero que los sucesos salvadoreños no alteren en lo fundamental nuestras relaciones editoriales futuras. Me hago cargo de que ahora las fuerzas progresistas tendrán que hacerse cargo de una lucha frontal. Es triste comprobar que entre nosotros el salto hacia atrás en la historia está a la vuelta de la esquina, y que entre nosotros El Salvador se disputa con Guatemala y Nicaragua el papel del país más reaccionario y entreguista de la zona.

Bueno, eso de que El Salvador haga pactos con China nacionalista, Corea del Sur y Paraguay, habla muy claro del nivel de ultraderechismo de la oligarquía y la camarilla militar, pero también de su idiotez. Independientemente de los dolores y calamidades que le hagan pasar a nuestro pueblo, ese camino está condenado ya. Ni los yanquis lo recomiendan: basta releer las conclusiones de la Rand Corporation, que hasta El Salvador es uno de los pocos países del mundo en donde todavía se habla de "Cortina de Hierro". Ni Nixon habla así ya. En fin, la onda

del tal Molina, a quien al parecer sólo Álvaro Menéndez Leal conoce de antes, es un pésimo negocio para todo el mundo. Tú lo verás.

Estoy trabajando mucho. Adelanto la novela que te enviaré cuando esté lista. Ahora hago teatro.

Tengo puesto en La Habana un espectáculo que lleva ya tres meses en escena y estaba planificado para tres días. Se llama “Caminando y Cantando”, y es un collage de poesía, canciones y textos míos.

Ha sido un éxito loco. Asimismo, puse el quince de septiembre, en privado (para el cuerpo diplomático, residentes y extranjeros, y funcionarios para el gobierno), un espectáculo sobre Centroamérica gorilizada (los gorilas, la gesta de Sandino, estampas de la oligarquía, himno a la revolución centroamericana, la guerra El Salvador-Honduras), que causó un impacto hondo, al grado que la montamos para teatro y se estrenará en noviembre. Preparo, asimismo, una pieza formal sobre la guerra, basada en el libro que publicaste tú (La Guerra Inútil) y otra sobre la historia de mi padre, que era un guión para televisión y ahora se está volviendo pieza de espectáculo. Por ahí te llegará mi ensayo sobre la historia patria de este siglo (a partir del testimonio de Mármol), de que te hablaba, “Las enseñanzas de Vietnam”, publicaciones por la causa proletaria.

La versión que te llegará no es para publicarse, sino para ser leída entre amigos serios, no politiqueros, que sepan medir el valor de una discusión y que no la aprovechen para envenenar las aguas de nuestra nebulosa izquierda nacional. Pronto aparecerá acá y en Europa una versión adecuada que elimina los exabruptos polémicos y las aristas más ásperas, que si bien entre nosotros son necesarias para llamar al pan, pan y al vino, vino, en el seno

de las amplias masas, por la falta de antecedentes y por la capacidad de manipulación del enemigo pueden resultar, aunque sea por un momento, nocivo. Te he estado enviando a ti y a Beltrán materiales diversos. Te ruego me informes si te llegan y me acuses recibo detallado. Pueden reproducir lo que les parezca.

Una cosa, leo en El Diario de Hoy y La Prensa Gráfica la noticia de que yo estoy en La Habana becado por la Universidad de El Salvador junto con otros “guerrilleros”, y que además he venido percibiendo sumas de derechos de autor de dicha Universidad por libros comunistas, entre ellos Miguel Mármol 1930-1932. Si no fuera porque personajillos tan miserables como los Viera y los Dutriz me merecen tan poco respeto, habría que aclarar que todo eso es falso. Estoy en La Habana porque salvé mi cabeza en El Salvador al fugármele a la muy salvadoreña “CIA” (por cierto que algún día voy a contar la participación colaboradora que gente como don Napoleón Viera Altamirano tuvo en ese tamal). No estoy ni he estado nunca becado por nadie, aunque no es crimen estarlo por la Universidad de El Salvador en cualquier parte. No he recibido nunca un centavo de la UES, ni por derechos de autor ni por ningún otro concepto desde que estoy fuera del país. Incluso, les escribí a la gente de la AGEUS en el sentido de que si la publicación de los capítulos de “Mármol” en El Salvador reportaban algunos pesos, que lo usaran ellos. Los únicos derechos que he recibido de Centroamérica son los que me has enviado tú y los que tenemos pendientes. ¿No será una maniobra de don Napo y don Pepe para iniciar una campaña contra los derechos de autor y dejar sin sus pobres pesos a sus espontáneos colaboradores editorialistas? Asimismo dicen don Napo y don Pepe, que trabajo

en Prensa Latina, órgano del Partido Comunista de Cuba. No es cierto, ni que yo trabajo ahí, ni que PreLa sea órgano del PCC.

PreLa es la única agencia noticiosa decente de América Latina y es una entidad autónoma, no es órgano del Partido PCC, ni del gobierno cubano. El día que mé de la gana y que PreLa acepte, trabajaré allí únicamente por la seguridad de que lo que escriba no se reproducirá jamás en los diarios como el de don Napo y el de don Pepe.

La repercusión mundial por la situación de Centroamérica ha sido más fuerte que en otras ocasiones. El gobierno de Molina empieza a cargar con una fama que no sé si la va a soportar (digo, porque a los mismos yanquis no les va a convenir un socio tan apestoso).

El asalto a la Universidad ha causado malestar, inclusive en la propia prensa norteamericana. Ya no digamos en la prensa progresista. Aquí se le está dando toda importancia: Jornada incluso será reproducida casi íntegramente por OCLAE. Casa de las Américas publicará una amplia nota mía sobre los hechos, en México, Chile, Uruguay, Canadá, Checoslovaquia, Francia, Italia, etc., se han publicado materiales que ponen de vuelta y media a Molina. Incluso me parece que el gobierno de Honduras y el de Somoza hacen un juego “hábil”, hacerle la cama a Molina. Somoza sabe todo, aunque muy sutilmente parece que tratará o de convertir a Molina en su escudo o de cobrarle su apoyo en oro puro y, como siempre, el jodido será en ambos casos nuestro pueblo.

Escríbeme pronto dándome noticias. O pone telegrama cuando salga el libro. Si me querés llamar por teléfono mi número es 37801. Pero para que no te metas a gastos, podés ponerme un cable diciéndome que te llame tal día y yo te llamo y pago aquí

la llamada y hablamos todo lo que tú querrás. Bueno, saludos a los guanacos por allí, que me escriban si quieren y si pueden que me manden las opiniones del caso sobre los problemas, en lo posible, desenfoques y tendencias.

Roque.”

Por esta fecha estoy preparando abundante y nuevo material literario. Reordeno temas para futuros libros. En este inmenso trabajo observo que la ambigüedad es una característica casi esencial al arte. Sin embargo, en tiempos de crisis sociales la ambigüedad debe cuestionarse porque puede convertirse en disfraz y lindar con la mentira. Lo que dará legitimidad a la ambigüedad será la actitud del escritor que, identificado con la suerte de las mayorías, se propone ayudarla a conocerse mejor y a revelar sus voces; es decir, la actitud del escritor revolucionario se convierte en algo históricamente útil al hacer coincidir su actitud con la necesidad colectiva de encontrar las raíces culturales. Sin embargo, no basta ser escritor y revolucionar la conciencia del compromiso consigo mismo y con el pueblo, sino que debe tener el dominio pleno de su oficio para poder conservar la autonomía del método, los valores y los aspectos formales del trabajo literario.

Se ha dicho que la literatura es un instrumento de conocimiento y de expresión de una condición histórica debido a la conexión existente entre el mundo “real” y el “mundo literario”, entre lo subjetivo del escritor y lo objetivo de la realidad que lo circunda. Pues bien, producto de su confrontación con una realidad objetiva. Impuesta, correcta y decadente, el escritor revolucionario se ve afectado íntimamente y nada desea más que el cambio a favor de

las mayorías. Al verse transformado en su interioridad, modifica la literatura adecuándola a su necesidad de su expresión.

El escritor auténticamente revolucionario no podrá evitar preguntarse cómo afecta su obra en una sociedad (sea ésta socialista o capitalista). La autocrítica es una característica esencial a la condición revolucionaria.

Si nosotros transformamos nuestra intimidad por la misma necesidad de ser consecuente con el compromiso adquirido y si no puede prescindir del lenguaje para expresar dicha necesidad, no queda otra cosa más por hacer que recrear el lenguaje, buscar la forma apropiada a su demanda interior.

Sintetizando otro aspecto, el escritor revolucionario obra el cambio en el arte (renovación lingüística) en la medida en que cambia él mismo, provocando, así, una transformación desde dos puntos de vista: desde la persona del escritor (hemos dicho que la conciencia no puede separarse del mundo que indaga, por lo que la transformación es mutua) y desde la obra, porque en la conservación del hecho poético se ve afectada la conciencia del lector, parte integrante de la sociedad, y porque la obra misma pasa a incorporarse a la realidad artística, parte integrante de la realidad total. Si tomamos otra condición inherente a ser genuino escritor revolucionario, todos damos en una obra una imagen trascendente del mundo en el cual vivimos, convirtiéndose en testigos y acusadores.

Así, puedo decir que nuestra obra revolucionaria da una imagen compleja, integral y, a la vez, sintetizadora de la sociedad del escritor, y no sólo un fragmento; en esa gran metáfora de la realidad quedó plasmada para siempre la concepción de la historia revolucionaria. Así es como nacen y realizo mis dos trabajos: “Las

historias prohibidas del pulgarcito” y “Pobrecito poeta que era yo”, y le mando a Ítalo el original “Un libro rojo para Lenin” para que fuera publicado por EDUCA.

En el enfrentamiento de mi conciencia con mi vida, he descubierto los aspectos ocultos de la realidad, por supuesto con el compromiso asumido con mi país. Mi práctica revolucionaria la llevo a cabo en dos niveles: el literario, en donde la acción revolucionaria reside en la fundación de develar la verdad, denunciar la mentira, desprestigiar e impugnar la realidad concreta que oprime al pueblo y plasmar un mundo complejo gracias al uso acertado de técnicas y recursos; y el político, donde mi compromiso lo llevo en mi pensamiento, combatir con la guerrilla que se está formando en Centroamérica, pero más que todo en mi país y si es posible, en un corto plazo involucrarme en la lucha armada.

Después de dos años de duro trabajo literario (1971-1972), acumulando mucha experiencia y con la separación de mi esposa Aída, en 1973, decido nuevamente viajar, esta vez a Europa y es así que vuelvo a la rutina del nómada, como me decía Regis Debray. En el mes de abril, antes de partir a Europa, escribo a manera de despedida. “Bosquejo del adiós”. Lo que debo hacer es regresar a mi país para incorporarme al movimiento armado que ya está operando en El Salvador. Este “Bosquejo del adiós”, es una realidad de la literatura y la decisión ya está tomada.

Muestro mis últimas dudas, pero también siento la decisión de ir a tomar las armas. La estadía en Praga no había sido la culminación de mis ideas. Simplemente me había reducido a ser el representante del Partido Comunista más chiquito de la tierra. Pero Praga me había abierto los ojos al proceso de “revisionismo” que se estaba

dando en Europa. Todo esto culmina con mi retorno a Cuba, cargando la famosa Primavera de Praga, de la cual dejo constancia en mi poema “Taberna y otros lugares”.

En 1963, tenía una visión más pro soviética, cuando escribí “Poesía y militancia en América Latina”, en que exponía mis ideas sobre el compromiso que tiene el poeta latinoamericano de escribir la realidad nacional, así como la dimensión política y la importancia que adquiere el arte en los procesos de liberación de los pueblos.

En el periodo de reflexión madura que vivo, puedo decir: los marxistas soviéticos me dejan con toda la sed, con toda la idea de que una dureza de tal pensamiento y del lenguaje no va conmigo...

No me cabe la duda que me inclino a un socialismo con un enfoque más latinoamericano. Mi opción por la revolución no ha sido producto de un entusiasmo pasajero, sino de un proyecto de vida largamente pensado.

Ya no tengo la necesidad de inventarme nombres para escribir, como lo hice en el poemario “Poemas clandestinos”. Después de esta despedida, preparo un equipaje que me llevara a Alemania, ya que buscaba antiguos amigos camaradas que conociera en Praga. En el país teutón no hallé mucha acogida, pero entusiasmado les escribo a mis amigos. Después de esta corta, estancia en territorio germano, decido irme a París en donde estuve con Julio Cortázar y después visité a mi amiga la poeta Claribel Alegría en su apartamento que tenía en la misma ciudad. Decidí irme a España. Tenía la dirección del poeta hondureño Óscar Acosta, quien se encontraba en Madrid en un cargo diplomático de su país. Me recibió muy bien. En los días que estuve con él, recorrimos bares, librerías, salas de exposiciones y visitamos al famoso impresor español Silverio Aguirre Torre.

Estando una mañana en la cafetería del Instituto de Cultura Hispánica, en la Avenida de los Reyes Católicos, me dijo Óscar que en el museo de El Prado, estaba un lienzo de Carlos II que era mi vivo retrato. Llévame al museo, le dije, y acto seguido nos fuimos a la grandiosa pinacoteca ubicada en el Paseo de El Prado, para ver las galerías de las pinturas. El cuadro de Carlos II tiene el número 648 y es de Juan Carreño de Miranda, pintor nacido en Avilés, Austria, el veinticinco de marzo de 1614 y fallecido el tres de octubre de 1685 en Madrid.

En forma socarrona y con una sonrisa complaciente, le expresé que quedaba convencido de que era descendiente directo del Rey Carlos II por el lado materno, no de princesas pipiles, ya por el paterno, soy de origen decididamente norteamericano.

A los dos días, le confieso a Óscar que estoy decidido a tomar las armas en El Salvador, a pertenecer a un sector de la naciente guerrilla, pero primero haría un viaje relámpago a Hanoi, para hacer un estudio de sondeo político-guerrillero y así ubicarme en una realidad enaltecedora que tomaba un camino religioso que casi siempre me persiguió por mi educación en un colegio jesuita; que en mi poesía, aparecen dentro de lo marxista, símbolos místicos. A Óscar le pareció algo de locura mi decisión, pero terminó diciéndome: “de ti puedo esperar cualquier cosa; sos un tipo de sorpresas”.

En Hanoi, pude comprobar que la cuestión de la dinamicidad o el estatismo de la realidad, ha de plantarse posteriormente en el realismo revolucionario. Lo que diferencia al realismo burgués del nuestro, es que nosotros vemos la realidad dialécticamente y no idealmente. Nuestro realismo no es sólo analítico y crítico, como

el de los naturalistas, sino que parte de una concepción dinámica y no estática de la realidad.

En mi bolsa tenía una carta que me había enviado Roquito, mi hijo, y decido contestarle:

Hanoi, dieciocho de junio de 1973.

Queridos hijos:

Tuve una gran alegría de recibir la carta, Roquito. Espero que en el futuro, también Juan José y Jorgito me envíen aunque sea una letra, contándome sus cosas, sus problemas y sus éxitos, sus dudas y sus planes.

Por carta podemos conversar bastante bien, y yo les prometo hacer tiempo en mi trabajo para que mis cartas sean largas y bien pensadas. ya ustedes no son mis niñitos, son hombrecitos y podemos conversar con toda confianza de todo.

La carta de Roque Antonio demuestra que ya se plantean ustedes nuevas preocupaciones y así es como tiene que ser.

La verdad es que siempre debimos haber conversado más, pero ustedes saben cómo hemos sido nosotros: siempre fuimos francos en lo fundamental, no tuvimos secretos e inclusive su mamá y yo pusimos en mano de ustedes problemas personales que otros padres suelen ocultárselos a sus hijos. Yo por mi parte les otorgué a ustedes suficiente madurez y comprensión a su edad ya desde que vivíamos juntos en Praga, para que no hubiera necesidad de andarles sermoneando todos los días. Como todos los padres cometimos errores con ustedes, a veces algunas injusticias pero en general creo que mientras estuvimos juntos, supimos enfrentar las necesidades y colocarlas a pesar de nuestras limitaciones, temperamentos formas de ser y a pesar también de

alguna inmadurez nuestra, colocarla, repito, en un buen camino de formación que ya empieza a arrojar sus frutos y que deberemos mantener con el esfuerzo de todos.

Incluso creo que el divorcio nuestro fue comprendido por ustedes en forma natural. Si de todas maneras la vida nos iba a imponer la separación, si por mis responsabilidades revolucionarias yo me iba a imponer la separación, y a ver precisado más tarde o más temprano a dejar el hogar y habían surgido además diferencias entre Aída y yo, nuevos intereses personales completamente: mi militancia revolucionaria.

Si yo quisiera engrandecerme podría decir que mi tiempo tuvo buen empleo. Pero no es así. Si yo hubiera sido desde antes más disciplinado, más ordenado en mi vida, más serio, menos confiado en la propia capacidad y más en el esfuerzo diario, mi obra se habría duplicado. Mi papel en la lucha de mi pueblo ha sido de hace años mucho mayor y más fructífera. Ustedes con mis facetas negativas deben, por el contrario, tomar el ejemplo para no cometer mis errores ni perder el tiempo que yo perdí. Y eso deben hacerlo desde ahora. Ahora es cuando están a tiempo de formarse una posición social, salir de la Facultad con el título que los capacitaba para poner una clínica y dedicarse a ganar dinero a costa de los enfermos. A partir de entonces su estudio era simplemente para ponerse al día, para no perder prestigio al quedarse atrás, etc.

Esa concepción ya no sirve. La carrera universitaria es el comienzo para dominar la naturaleza en uno u otro terreno. El médico revolucionario no se puede conformar con el título sino que deberá estar listo para enfrentar los problemas todos de la salud de su pueblo, seguirá siendo un estudioso, un investigador. Lo mismo que el economista, el ingeniero, el químico,

constructores de edificios deben conocer antropología social, economía, etc., o sea: una vida es poca, ya el combatiente o si esperamos un tiempo más para tener el cuadro técnico-científico.

En este terreno hay que acostumbrarse a acatar más que nada el criterio de lo que más conviene para la lucha y no tanto la decisión personal, a los apresuramientos. Cada quién en su terreno de lucha y para ustedes salvo circunstancias como estas que les he narrado y que no tienen por qué ser las únicas, el terreno principal de su lucha debe ser formarse como profesionales de alto nivel. Es mi criterio como padre de ustedes pero también mi criterio como revolucionario salvadoreño que conoce las necesidades de nuestras organizaciones y de nuestro trabajo.

Repito que estas son orientaciones generales que no deben ser tomadas como órdenes ni como última palabra, todo deberá ser analizado en el futuro de acuerdo a las nuevas circunstancias que puedan sobrevenir. La vida da vueltas que uno no se espera.

Otra cosa que les quería plantear en este terreno último es el siguiente que creo que no es excesivo de mi parte, sino que se trata de una posibilidad que debemos examinar fríamente y sin problemas de sentimientos o tapujos de ninguna especie. Puede ocurrir asimismo que sobrevenga una circunstancia en que ustedes se crean obligados o empujados a variar esta expectativa que ahora parece la más aconsejable. Me refiero a que si a mí me sucediera algo grave, concretamente, que yo desapareciera, a mí me parece que eso no debe ser por sí mismo un hecho que les haga cambiar sus planes.

Yo entiendo que desde ese punto de vista humano y amoroso, si desgraciadamente pasara una cosa así, lo más natural es que si ustedes sintieran necesidad de regresar al seno de la familia, que tal vez no le vean el mayor objeto de seguir fuera del país.

En esto hay que tener un cuidado extremo, porque ese momento podría descontrolarlos a todos y hacerles cometer errores que echarían al suelo todo lo conseguido.

Creo que si eso sucede, más que nunca deberían ustedes, apoyados por su mamá, continuar hasta culminar su preparación a no ser que sucedieran hechos como aquellos a los que me he referido más arriba. El hecho de que algo grave pudiera pasarme en situación de lucha crearía para ustedes un clima social y psicológico en el país, que al volver se encontrarían ustedes cerca.

Después de esta carta sigo mi rutina de trabajo madurando y acumulando mucha experiencia, exponiendo aquí un fragmento que leí: “¿Habría que insistir de que el hecho de que estas concepciones son infinitamente mucho mayores sobre el público y que es preciso, por lo tanto, convertirlas con más intensidad que a las otras? No representan “un progreso”, sino simplemente una adaptación de la burguesía a la existencia planteada por la actividad de la lucha ideológica de clases y el progreso general de las ideas marxistas”. Con estas ideas de formas estructurales comprendo mejor el accionar de Che Guevara y de Régis Debray.

Antes de salir de Hanoi le escribí esta carta a Julio Cortázar. Tiene fecha quince de agosto de 1973.

Recordado Julio:

Hace unos meses te envié un articulito mío sobre Corea, en que me metía en polémica –fraternalmente contigo–, arriesgándome a parecer extremista y exagerado al tratar de dialectificar una relación Cortázar- Kim Il Sung.

Con relación al libro “Libro de Manuel”, me decía: “Tu país va a necesitar mucho de todos los que... saben o sienten que el talento que no tiene corazoncito, no sirve para un carajo”.

“¿Tú sabes que he releído ‘Rayuela’, precisamente aquí en Hanoi? Me metí en un lío con el guía –intérprete vietnamita–, porque una madrugada con síntomas de inminente tifón lo desperté con mi ataque de risa; el culpable fue el plantado uruguayo que planificaba la nueva sociedad: lo de la granja en que se criaron microbios y ballenas. Pero explicárselo al vietnamita fue de bola, pues él no alcanzaba a entender por qué un ‘Utopista loco’ me daba tanta risa...”

Recordando desde Hanoi las veces que Fidel Castro llegaba a Casa de las Américas, un día me enfrenté con él en una discusión que enteramente gozaba al darle respuestas desconcertantes, al hablar sobre la guerra en Vietnam, que alguien trató de cobarde a los soldados norteamericanos. Fidel no solamente no estuvo de acuerdo, sino que sostuvo la equivalencia total de los soldados de cualquier ejército, insistiendo en que su conducta, su valor y su moral era el resultado forzoso de la causa que defendía y que en Vietnam los norteamericanos estaban vencidos de antemano y en alguna medida desde adentro porque su causa carecía de justicia y de verdad.

Llegó la noche y seguimos discutiendo con Fidel de armas eficaces y de las que usaban los gringos en la guerra. Cambiamos bromas y a la vez defendiendo encarecidamente cada uno sus puntos de vista yo trataba de convencerlo y él a mí. Cada quién daba su mejor manera de usarla frente al enemigo, yo un hombre pequeño con un corpulento Fidel, claro Julio Cortázar, Roberto Fernández Retamar y los demás compañeros se morían de risa al ver como la metralleta abstracta que pasaba de manos mías

a manos de Fidel y viceversa sin ceder terreno ninguno de los dos, al fin salió el sol y terminamos el debate y nos fuimos a dormir.

Después de escribirle a mi familia o a mis hijos y a Julio Cortázar, y terminar el viaje en Hanoi, decido regresar a Cuba para cambiar mi rostro y tomar un seudónimo para mi nueva identidad. Éste fue Julio Delfo Marín.

En La Habana, trabajó mi presencia casi clandestinamente, un médico para parecer un viejo. Me hago la cirugía en el rostro ya que todavía conservaba la cara de joven travieso y es así que preparo mi equipaje y mi destino será primero visitar Cosa Rica, pero antes de salir le mando una carta a Aída con fecha de noviembre de 1973. A pesar de que ya me había divorciado de ella.

Aída:

Una copia de cada libro de poemas voy a colocarla en la Embajada de México por la posibilidad de que ahí puedan recoger y llevarse al país nuestro.

Se trata sólo de los libros de Poemas en el caso que sea aconsejable, que los compañeros cubanos te los pasen a ti.

Esta actitud lo hacía para no tener ninguna evidencia ya de Roque Dalton y cargar con mi nueva identidad de Julio Delfo Marín.

Y es así que llego a Costa Rica a finales de noviembre y el único código de contacto era Ítalo López Vallecillos. Éste me entiende bien, entregándome algunos dólares en pago de algunos libros míos ya que EDUCA tenía contrato conmigo por medio de Ítalo.

Estuve unos días en Costa Rica, para salir a El Salvador, llegando en la primera semana de diciembre, veía con mucha alegría y a la vez con mucha tristeza que empujaba la alegría navideña, viendo muchos árboles navideños con sus foquitos de colores y gallardetes alusivos a la Navidad y sin faltar el Santa Claus gringo. Lo primero es hacer contacto con un viejo amigo que era poeta y pertenecía a un grupo naciente de guerrilleros que en la mayoría eran jóvenes. El grupo se identificaba con las siglas ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo). Así con la recomendación de Sancho y mi largo curriculum de revolucionario ingreso al ERP el día veinticuatro de diciembre de 1973. ¡Nada menos! Llega el año 1974; para cubrir mi identidad y mi estancia en San Salvador comienzo a estudiar psicología en la UES, ya que la mayoría de los integrantes del ERP, estudiaban allí.

Para mí esta decisión no era prematura ya en los años de 1965-1969, había mantenido comunicación con el secretario general del Partido Comunista Salvadoreño, Cayetano Carpio, quién vio con asombro el desarrollo de mis ideas que en ese momento criticaba la línea del PCS.

A Cayetano Carpio le esboqué algunos principios políticos, pero con mucho respeto, le planteaba, pero parecía que no era de su agrado tal audacia mía. Ya por ese tiempo se inclinaba por la lucha armada.

En 1972, Cayetano Carpio ya se había separado del PCS y había formado el Frente Popular de Liberación (FPL), busqué integrarme a ese movimiento pero por canales adecuados y no pude.

También traté de incorporarme a la guerrilla del Ejército Guatemalteco de los Pobres (EGP), tampoco pude.

Con el apoyo del Partido Comunista de Cuba pude establecer lazos de unión entre las fuerzas para iniciar “la creación de una identidad revolucionaria, un partido de vanguardia”. Así bilateralmente una de mis tareas sería como asesor político del ERP.

Claro, mi presencia fue resentida desde el inicio por algunos líderes ya que no había pasado por un proceso de prueba.

De una manera clandestina le escribí y conté a Régis Debray que me había incorporado a la lucha armada, la felicidad de poner mis ideas a prueba sobre terreno, de rectificarlas o afirmarlas por pruebas de fuego.

Otros jóvenes en ese mismo tiempo ingresaban al ERP tales como Joaquín Villalobos, quien estudiaba tercer año de Estudios Sociales, en la UES y es reclutado por Alejandro Rivas Mira que se consideraba un burgués por su buena educación, ya que vivía en la colonia Escalón, también ingresaban Rafael Arce Zablah y Ana Guadalupe Martínez, quien estudiaba medicina en la UES. Todos ellos se ubicaban en el área militar.

Notaba que en el ERP, tenían en su seno a los más disímiles pensamientos políticos de izquierda, que vivían en constantes conflictos internos.

Esta agrupación era violenta y audaz, ellos no se dedicaban a ocupar fábricas o marchas por las calles: robaban bancos, secuestraban empresarios y requisaban armas para la organización.

Estaba dividida en dos grupos políticos, una se empeñaba en acertar golpes militares que eran los radicales de una ortodoxia marxista que requería una franca disciplina marxista y quienes no se sujetaban a este régimen planteaban incluso problemas de seguridad como en mi caso.

En este grupo estaba Alejandro Rivas Mira, Vladimir Rogel (de nombre Humberto Portillo) quien había sido expulsado del PCS, con fuertes características de un resentido social porque le habían matado a su familia; era un caso patológico, era un verdadero asesino, además mostraba aversión hacia los universitarios e intelectuales como yo. Pero el problema era que su calidad de jefe alentaba una inquebrantable disciplina y después sigue ese lineamiento de rigidez el joven Joaquín Villalobos.

En el otro grupo estábamos los de pensamiento amplio como Lil Milagro Ramírez, mi amigo Eduardo Sancho, Rafael Arce Zablah y yo.

Cierta vez, el joven Joaquín Villalobos se escandalizó, porque me encontró junto con Alejandro Rivas Mira tomándonos una botella de ron, y entre trago y trago discutíamos sobre la invasión soviética a Checoslovaquia aplastando la “Primavera de Praga”. Por supuesto que yo no apoyaba dicha invasión ya que había vivido por ese tiempo en Praga, pero Alejandro Mira defendía dicha invasión soviética. En la discusión Villalobos apoyaba el criterio de Alejandro Mira.

Nuestra dirección del ERP siempre estuvo convencida de que la lucha armada requería de hombres entrenados militarmente en lo técnico, táctico y estratégico. Para mí no era novedad todo eso ya que en Cuba había tenido un entrenamiento militar fuerte, cuando se iba a defender a Cuba con el comportamiento de guerra que se iba a dar con los Estados Unidos.

Yo, me destacaba en el grupo como una persona de una imaginación de comunicación y de interpretación de los hechos, con sentido de comunicación hacia abajo que por momentos me

decían que era un arma poderosa de comunicación que me destacaba mucho el cual ellos no lo miraban con buenos ojos, además me había destacado como un crítico contra los partidos políticos.

Según un informe, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) tuvo su antecedente en el “Grupo” que en febrero de 1972 efectuó el secuestro del empresario salvadoreño Ernesto Regalado Dueñas. La captura y posterior enjuiciamiento de los miembros del “Grupo” por parte del gobierno, trajo como resultado su desarticulación. Sin embargo, algunos de sus integrantes se organizaron e irrumpieron en la vida política nacional realizando una acción armada, misma que consistió en el ataque a dos guardias nacionales que prestaban vigilancia en el hospital Benjamín Bloom, en San Salvador. El lema del primer comunicado emitido por el ERP en el que se reivindicaba la acción armada contra los vigilantes del hospital Benjamín Bloom fue el siguiente: “El poder nace del fusil”. Y en el mismo comunicado se puede leer lo siguiente “Este día dos de marzo de 1972, el comando armado “José Feliciano Ama” del Ejército Revolucionario del Pueblo, realiza su primera acción político-militar: la recuperación de armas que estaban en poder de los esbirros de la tiranía para engañarlos en la guerra del pueblo. La paz de los ricos ha terminado: ¡¡¡La guerra del pueblo ha comenzado!!! ¡¡¡Vencer o morir!!! Comando Armado “José Feliciano Ama” ERP.

El ERP surge, igual que las FPL, como una reacción a las formas parlamentarias de hacer política. Acusa a la Unión Nacional Opositora (UNO) y al PCS de formistas, ya que las elecciones no son un camino revolucionario y... la UNO es una alianza de partidos burgueses reformistas y miembros del Partido Comunista

Salvadoreño que sigue una línea contraria a los intereses del proletariado.

Por consiguiente, de lo que se trata —en la óptica del ERP— es de formar una “organización revolucionaria capaz de llevar adelante una guerra revolucionaria”, para lo cual propone la vía armada como estrategia fundamental de lucha. Esta organización sin embargo introduce una variante importante en su estrategia para la toma del poder: ésta deberá asumirse mediante un movimiento insurreccional que conduzca al establecimiento de un Gobierno Revolucionario Provisional de obreros y campesinos.

“El Gobierno Revolucionario Provisional, no surgirá de elecciones burguesas ni se implantará a espaldas de las masas. Este gobierno surgirá de la participación directa y armada de las masas en el derrocamiento del régimen fascista. Esto, unido al Programa de Gobierno que resume la alianza de los sectores populares opuestos a la dominación fascista de la oligarquía financiera dan al Gobierno Revolucionario Provisional su representatividad popular de hecho”.

Esta estrategia hace que el ERP —aun teniendo como objetivo organizativo constituirse en un Partido de la Revolución Salvadoreña (PRS)— fortalezca sus estructuras específicamente militares y termine convirtiéndose con el tiempo en la organización político-militar más eficaz para hacer la guerra. Es así como, poco a poco, el ERP se va constituyendo como una organización jerárquica y centralizada a cuya cabeza se encontraba la Jefatura Nacional de Operaciones, mientras que hacia abajo en la jerarquía, las secciones guerrilleras. Las escuadras guerrilleras, los subgrupos de fuego y los Comités Militares. Como Partidos la jerarquización de sus estructuras es igualmente notoria; a la cabeza se encuentra del

congreso y hacia abajo en la jerarquía la Dirección Nacional, los Comités regionales, las células de vanguardia, las células de propaganda y las células de formación ideológicamente, el ERP es una organización que se declara como marxista-leninista, aunque entre sus miembros fundadores se hagan presentes miembros de la juventud cristiana procedentes o influenciados por el Partido Demócrata Cristiano (PDC).

Sin embargo, su adhesión al marxismo-leninismo es indiscutible. A tal grado de desembocar en un doctrinarismo ideológico extremadamente dogmático, por lo menos desde la fundación de la organización, hasta finales de los años 70, cuando aparecen al interior de la organización procesos de flexibilización política e ideológica.

“El grupo” llamémosle cristiano, como decía Fermán Cienfuegos (Eduardo Sancho), donde se encontraba el ex compañero Alejandro Rivas Mira (Sebastián Urquilla) ya tenía una ideología marxista-leninista. Este, que fue uno de los fundadores del grupo era el hombre de mejor formación en ese momento. Llegaba de Alemania Federal de estudiar marxismo-leninismo.

Había estudiado *El Capital*. Lo interesante del grupo de jóvenes democristianos era que tenían una formación en economía política más sistemática.

Por ejemplo Alejandro Rivas Mira, Lil Milagro Ramírez, Rafael Arce Zablah y Felipe Peña Mendoza, tenían una formación marxista-leninista en el área de economía política. Entre los miembros fundadores del ERP destacan Carlos Alberto Menjívar, Leonel Arévalo Martínez, Gilberto Orellana, Alfonso Hernández y Humberto Portillo. Posteriormente se incorporan entre otros, Joaquín Villalobos,

Fermán Cienfuegos, Ernesto Jovel, Jorge Meléndez, Ana Guadalupe Martínez, Ana Sonia Medina, Juan Ramón Medrano y yo.

Me doy cuenta que el excesivo militarismo y el dogmatismo político e ideológico provocan decisiones internas que van conduciendo a la formación de las Fuerzas Armadas de la Resistencia Nacional (FARN). Con el compañero Armando Arteaga de seudónimo Pancho, que era el primer explosivista del grupo, notamos que el fundamentalismo era evidente, ya que no permitían la autocrítica, ni el revisionismo que yo promulgaba, considerando que vivía una época cuyo marxismo e izquierda no estaban mejoradas para la paradoja, la imaginación y la heterodoxia, ese señalamiento se los hacía llegar a otros compañeros.

Así, el trece de abril de 1975. Pancho y yo fuimos capturados por otros compañeros. Cuando veníamos de un entrenamiento cerca del lago de Ilopango y además nos habíamos retrasado en entregar el armamento y nos culpaban de indisciplinados. Asimismo, la camarilla militar decreta el arresto de los miembros de la Dirección Nacional, que ocasionalmente se encontraban presentes al momento de nuestra captura y en menos de veinticuatro horas se procede al Consejo de Guerra de Pancho y yo.

El catorce de abril: se celebra el Consejo de Guerra y los cargos que nos señalan son: insubordinación, desertión y divisionismo por lo menos esa era la acusación directa que hace Alejandro Rivas Mira (Sebastián Urquilla) en contra mía, y a Pancho por apoyar mis señalamientos.

Yo deducía que esto era maniobra sucia, ya que Alejandro era el único que tenía acceso a todas las células e instancias de la organización revolucionaria, por lo que se le facilitaba poner la

calumniosa campaña en el Consejo de Guerra, al oír mis señalamientos o enterarse de ellos.

Me señalaban que era un ambicioso de poder personal. Lo cual era falso, pero se aceptaba mi agudeza crítica hacia ellos ya que promulgaba el revisionismo, lo cual ellos no lo aceptaban, llegando al colmo de tildarme de pequeño burgués, teniendo en su organización otros más burgueses que yo, empezando por el mismo Alejandro.

Esa defensa mía lo puso más colérico y el primero en defender a Mira, fue Vladimir Rogel. Se guía observando que no era un juicio serio el que se estaba dando, porque no había un proceso claro, así terminó el primer juicio, que sistematizando se pide el ajusticiamiento inmediato por investigar a Pancho a adaptar una conducta en rebeldía y por complotar contra el estado mayor del ERP.

Observaba que se enfrentaban la dirigencia militar del ERP con el sector de la Resistencia Nacional. La lucha ideológica toma violencia contra la línea militarista.

Yo era defendido por la RN por medio del Comandante amigo Ferman Cienfuegos (Eduardo Sancho).

El Estado Mayor tenía como jefe a:

1. Sebastián Urquilla (Alejandro Rivas Mira)
2. Eduardo Sancho
3. Vladimir Rogel
4. Joaquín Villalobos

En el juicio sumario aplicando el reglamento me purgaban como un soldado por mi jerarquía de abajo. Pero a decir verdad, mi llegada, como dije, fue de asesor cosa que ellos no tomaron en

cuenta ya que tenía que afrontar a Sebastián Urquilla, jefe supremo de la Dirección General del ERP.

Sin embargo pasan los días, la camarilla militarista toma por asalto el organismo de la Dirección Nacional, dando por terminada toda lucha ideológica y decretan el triunfo en sus posiciones.

Estamos detenidos o presos en una casa propiedad de Lil Milagro, quien era mi amante, en el barrio Santa Anita, cerca del cine Iberia en San Salvador. Para el veinte de abril se instala el segundo juicio: la camarilla revela internamente mi identidad de Roque Dalton ya que se me conocía únicamente por mi seudónimo de Julio Delfo Marín. Se me señala como revisionista de derecha o agente pro cubano infiltrado en el ERP y además lanzándome la acusación de ser también agente de la “CIA”. Había algo de locura en todo aquello, una ligereza de juicio en mi contra. Cuando vi que las cosas iban mal, con mucha tristeza les decía que estaban cometiendo un grave error. En eso entró Felipe Peña, diciéndole al colectivo, pero más que todo a Joaquín Villalobos lo mismo, es decir que cometían un gran error. Pero no tomaron en cuenta esa defensa desinteresada de Felipe. Suspendieron el juicio porque había otras prioridades.



XIV

MI SEGUNDA DESPEDIDA Y ÚLTIMA

Para hablar hoy en día de revolución, como algo que identificará a una nación, es necesario tomar en cuenta aquellos factores que ofrezcan una apreciación más justa; en precisar épocas históricas de carácter social, pero más que todo afrontar una realidad de ofrecimientos a las masas desposeídas.

Cuando se me pidió que escribiera la “Monografía de El Salvador” no utilicé una prosa fácil en el asunto a tratar, porque me empecé en circunscribirla históricamente en un testimonio muy diferente al oficial. Busqué soluciones para mostrar a mi país a través de una recopilación de datos ordenarlos en una línea cronológica y así darle forma al libro, pero me hice una pregunta: ¿Qué es un libro de esta índole en nuestro medio? Porque me parecía algo penoso ya que aquí sólo importa el volumen y no esencia. Sabía que el trabajo se quedaría corto también por la aceleración histórica en que vivía el país y ahora lo experimentaba en carne propia.

Esta aceleración histórica se le había oído mencionar al “Che Guevara”, decía: “ya que el pasquín invade, la televisión atrapa, la radio desorienta, siendo el tiempo en que la máquina insiste en desplazar al hombre y se nos avecina un gran comunismo mundial. Ante esto, espero que la acción revolucionaria y la buena literatura no se den por vencidas”.

Era esta una situación incómoda; y con el recuerdo del Che, junto con el compañero Pancho, reflexiono sobre mi literatura, pero más que todo en mi poesía que ha sido irreverente, prohibida, pero

leída clandestinamente aquí, considero que ha sido una forma de penetrar en mi posición revolucionaria, para no darme por vencido. Me he venido preguntando hoy que tengo suficiente tiempo: Qué si existiera en el futuro una verdadera revolución en mi país ¿cuál sería su identidad revolucionaria? ¿Cuál será su aporte? etc. Con tales pretensiones aquí terminarán mis especulaciones. Pero llevando todo esto a terrenos más concretos, creo que el país está mejorando para una revolución armada, ya no sólo de manifestaciones callejeras. Porque los gobiernos militares, con sus asentados métodos represivos llenos de terror lo han abonado para una insurrección. Esto lo demuestra el solo hecho de recordar el levantamiento del 32 que hizo el campesino y la clase obrera, siendo la primera confrontación política del PCS y algunas organizaciones. Este movimiento fue brutalmente reprimido por el régimen militar encabezado por el general Maximiliano Hernández Martínez.

Pero la represión de 1952, alcanzó su máximo grado, ya que cientos de dirigentes entre obreros y estudiantes los cuales eran del PCS y demócratas fueron perseguidos, y encarcelados, torturados y asesinados. Era evidente que se forjaba el descontento y la rebeldía de un pueblo, y yo era uno de sus testigos, también involucrado.

Cuando me invadía la reflexión y la nostalgia de emigrante, recordaba mi insólita niñez y después a mi familia, pero más que todo a mi sufrida patria; así me sentía viviendo en Cuba, que después albergó a mi familia, sé que no he sido un buen padre como lo hubiera querido ser, pero era evidente que mi destino y pensamiento revolucionario era todo para mí.

Hoy encuentro a mi país más dolorido y decrepito, devorado por unos pocos capitalistas. Pero las consignas revolucionarias en

las calles pregonando “Libertad y Justicia”, era la evidencia para jugar mi última carta para ser un verdadero revolucionario ya no sólo intelectual sino con las armas para escribir un nuevo capítulo en la historia del país. Todo esto me hace pensar que la revolución nuestra será diferente a la de Rusia, Cuba o China, porque mi país sin montañas y poco espacio, será en un desplazamiento sumamente creativa, será una obra de arte, militarmente hablando.

Tal vez nosotros nos convertimos en personajes legendarios como: John Reed, el Che, Lenin, Fidel Castro, etc... para circunscribir una monografía que alcanzaría una divulgación a nivel mundial, históricamente hablando ya por sí sola, se explicaría diferente. Que al escribirla obedezca verdaderamente a su tiempo con sus hechos y palabras que brillarán a través de la luz del verdadero recuerdo.

Yo he sido un poeta que destruye y construye o inventa heridas para recordarlas en algún tiempo que no sea tan sombrío como ahora que tomo las armas, con la misma preocupación que hago al tomar el lápiz para escribir con la esperanza de alcanzar el triunfo con nuestra revolución como lo hizo Fidel en Cuba.

Como poeta no se puede dejar de escribir, si hasta en sueños recito mis poemas clandestinos, que me hacen recordar el emigrante que he sido y a la vez ruidoso que hoy soy cuestionado hasta por mis mismos compañeros.

Pero aquí estoy recordando aquellos días largos y crueles, cuando se cometían crímenes increíbles contra nuestro pueblo, cuando fueron asesinados los más queridos dirigentes, otros eran bestialmente torturados frente a sus hijos y sus esposas eran violadas. Todos los derechos humanos eran pisoteados por los militares desde tiempos del general Martínez hasta la actualidad. Siendo testigo

de todo esto, no me podía quedar ajeno en mi poesía y en mi accionar y tomar las armas como había soñado, ya que había vivido en carne propia esta represión siendo encarcelado varias veces. Por lo tanto, no me dejaba atrapar por insignificantes ávidas y así callar mi voz ya que estaba impregnada de mucha rebeldía universal; mis pies habían dejado huellas sobre caminos viejos haciendo revolución.

Si mi canto más alto de admiración por “el Che”, es la voz de la conciencia que registraré con mayor claridad, siendo mi pasión por la tierra que me vio nacer. Si en mi deceso se descubre que aquello que me unía a mi ciudad de San Salvador, con su larga bohemia que en algún tiempo fue mi atractivo físico bajo una concepción digna que no he dejado de soñar, que esta pequeña ciudad sólo parece estar detenida en tiempos idos pero lo cierto es que labora un silencio clandestinamente su revolución. Permaneciendo como antes de la llegada de los españoles, que creciendo y creciendo sin cambiar su rostro de esclavitud. Actitud que se ha repetido a lo largo de su vida contra la barbarie del nazifacismo y sus imitadores criollos.

Cualquier poema mío pone de manifiesto su entendimiento su fe en mi patria libre y en liberar la opresión del hombre. Porque a veces en un clima aparente de tranquilidad o de ancha hostilidad como en mi caso vejado y encarcelado por mi actitud revolucionaria desde que fui miembro del PCS, en mi juventud. Hoy con todo eso recuerdo y toda la experiencia y mis ideales se alientan con mucho entusiasmo en tomar las armas. Porque a mi regreso ya no me consideraban tan simpático y jodedor, por mis características personales y más que todo por practicar dialécticas revisionistas en hacer la revolución.

Con Pancho estamos en las mismas condiciones y estamos decididos a ofrecer nuestras vidas con dedicatoria violenta, según las acusaciones que nos hacen. Sin embargo el espíritu combativo no se ha decaído, tal vez será diferente aquí encerrados en este maldito cuarto donde es coartada nuestra libertad, donde este aislamiento por ratos nos enferma, recordando que mi talento se consumió en escribir sobre mi gente y mi país. Reconozco mi espíritu ávido de aventuras, emociones fuertes, amores sorprendivos. He iniciado este monólogo breve de recuerdos, lejanamente monográfico con sabor a despedida o a muerte. No obstante, mi pensamiento estrictamente revolucionario con algo intimista, con tendencia local pero con una preocupación cosmopolita de la vida con un sello particular a patria libre. Pero esta tendencia maoísta, tendencia radical de este pequeño grupo de compañeros que me tiene secuestrado me preocupa mucho por los resultados graves que puedan tomar hacia nosotros que si me mataran ganará el poeta. Me pregunto entonces, si no hubieran otros motivos más fuertes en contra mía porque se cometiera ese grave error, arrastrarían de por vida esa equivocación. Que al tercer regreso seguiré siendo el poeta simpático, irreverente, jodedor burlándome de ellos, ya que me otorgarán una inmortalidad prematura pero no equivocada.

Sin embargo cuando podía, constantemente les señalaba el error que debían de investigar más, es un gravísimo error, es una injusticia, decía. Notaba que no eran juicios serios los que se estaban haciendo, no había ningún proceso, simplemente eran reuniones, para darme a conocer de que me acusaban, ya que no me permitieron una real defensa, pero toda esa desfachatez había rumores de que me querían sacar del país, pero habían serios problemas de seguridad.

Nuevamente llega otro juicio: 2º Juicio Sumario: El proceso ya no lo consideran político y toma giro militar. El Estado Mayor asume una posición autoritaria, destruyendo el Sistema Político.

En esa circunstancia la parte de la defensa se subordina siendo ellos Fermán Cienfuegos, Lil Milagro y Jovel. Por lo tanto la decisión de nuestra situación la tomaran Sebastián Urquilla, Vladimir Rogel y Joaquín Villalobos.

El 1º de mayo, la Resistencia Nacional (RN), se retira del ERP, el día ocho, como respuesta a esta decisión la camarilla militarista acuerdan asesinar, sin ninguna consideración a los miembros de la Resistencia Nacional que me apoyaban. Los compañeros que me custodiaban, me decían que me podían sacar de ahí, ya que tenían armas y a donde llevarme junto con Pancho, pero mi ingenuidad y honradez me traicionaba, diciéndoles que si escapaba eran darle créditos a las mentiras de sus acusaciones.

Por esa fecha me llegaron rumores que se habían preparado tres atentados criminales, todos los cuales a pesar de la saña con que los habían impulsado, resultaron un fracaso.

Así el diez de mayo; llegan impotentes y rabiosos por la frustración de los asesinatos que pensaban cometer con los miembros de la Resistencia Nacional. Descargan su furia contra nosotros y señalándonos irresponsablemente nos comunican “serán asesinados”, “son hombres muertos”, por los semblantes que tenían me dije –hoy diez de mayo, acabarán con nosotros injustamente, cometiendo el error señalado en los falsos juicios y sin desearlo, prematuramente me daban la inmortalidad... se oyó el sonido de un disparo y después otro... era de madrugada.



XV

COROLARIO

En Guatemala, 1959, conocí a Roque. Él tenía veinticuatro años y yo diecinueve. Por ese tiempo frecuentaba mucho ese país, pues me había incorporado al movimiento cultural guatemalteco; conocía a los pintores y poetas de esa época revolucionaria.

Hice amistad muy cercana con el joven poeta Federico Morales Santos; por medio de él conocí a la poetisa Luz Méndez de la Vega, y a Zoila, hermana del poeta revolucionario Otto René Castillo, gran amigo de Roque. Era la época de la efervescencia revolucionaria en casi toda Centro América. En Guatemala también figuraban pintores de la talla de Roberto Cabrera, Efraín Recinos, Elmar Rojas, etc. Y poetas como Roberto Obregón, Fito Mijango y Miguel Ángel Asturias.

Así nace mi simpatía y admiración por Roque. Para realizar esta biografía-collage sobre la vida de él, he trabajado en ella durante veinte años, coleccionando e investigando sobre lo publicado en periódicos y revistas que, dan por resultado una cantidad de más de mil quinientas páginas impresas; éstas están empastadas en forma de tomos; tengo en mi poder dos videos documentales sobre su vida: uno realizando en Cuba y el otro en Televisión Educativa de El Salvador. Realicé un centenar de entrevistas a amigos y personas que le conocieron, así como la rica información que me proporcionó la familia Dalton García y Dalton Ulloa, aunque Roque no fue legalmente asentado por su padre, la familia siguió un juicio para legitimarlo.

En los doce años de guerra civil que se vivió en el país, trabajé en Extensión Cultural de la Universidad Nacional de El Salvador. Ahí realicé la famosa “Pinacoteca Roque Dalton”, colección de obras pictóricas con ciento veinticinco obras de artistas nacionales y extranjeros; también realicé el “Monumento Roque Dalton” (escultura en bronce), y ahora esta biografía. En ella se imponía la dualidad de que si narraba la vida de él, o seguía mi estilo de autobiografía, o sea como si esta fuese narrada por el mismo Roque; opté por lo segundo, ya que, leyendo las cartas de Roque me pareció un hombre natural, corriente, con sus problemas emocionales cotidianos, escritas con suma sencillez, muy diferente, por supuesto, a su literatura, demostrada en sus magníficos libros.

No abordo la crítica literaria, porque considero que lo han hecho muy bien otros escritores, y la seguirán analizando; tampoco abordo su carácter romántico sobre las mujeres que le amaron. Para eso cito lo escrito, como anécdota, al escritor José Agustín Goytisolo, quien formaba parte del jurado donde Roque ganó el Premio de Casa de las Américas, en Cuba con el libro *Taberna* y otros lugares. Goytisolo dice: “Ese poeta disparatado medio niño burlón y medio guerrillero decimonónico de un film de Glauber Rocha (...) extraordinario conversador y, al decir de las mujeres, gran hombre en la cama, que es Roque Dalton”. No creo que este tipo de comentario le haya gustado a Roque.

Por los años 80 y siguientes, la obra poética de Roque la utilizamos como discurso ideológico con los compañeros del grupo literario “Los cinco negritos”, formado por Matilde Elena López, Salvador Juárez, Rafael Mendoza, Julio Henríquez, Joaquín Meza y el suscrito; siendo una generación no sólo comprometida en plena

guerra, sino de “Acción Roja”, por responder o definir una identidad social y cultural dentro del seno de la izquierda revolucionaria. La poesía representaba la matriz generadora de toda una ideología romántico-revolucionaria, como la denominó el escritor Rafael Lara Martínez.

Pero en el fondo, se trataba de legitimar la guerra de guerrillas, que a través de la poesía revolucionaria, y para eso tuvimos que exaltar al guerrillero, y si era preciso, sustentar el ídolo ideológicamente, para el conflicto de guerra que se estaba dando y es así como retomamos de bandera la imagen y el nombre de Roque Dalton, pues lo considerábamos el máximo y excelente escritor del siglo XX de El Salvador y de Latinoamérica, y así es como nace el guerrillero heroico, que por momentos históricos lo reflejábamos con el gran escritor ruso Mayacovsky, dentro de una izquierda con mucho Marxismo-leninismo y con Roque, mucho salvadoreñismo.

Desligar a Roque y su obra del movimiento revolucionario me parece absurdo, porque él estuvo y está presente en cada salvadoreño que se identifique en su “Poema de Amor”.

Así como dicen que lo utilizamos ideológicamente, me parece razonable decir que los otros utilizaron a la Fuerza Armada y algunas personas para matar o asesinar impunemente, violando los derechos más elementales como es el derecho a la vida, nosotros, sinceramente preferimos la utilización de Roque.

Se dice, o quieren hacernos creer, que la muerte de Roque Dalton es cosa del pasado, puede ser cierto, pero también es vigente, porque no se ha enjuiciado a sus asesinos, y esperamos que tarde o temprano tengan que encarar la justicia; aunque los hechos

—materiales e intelectuales— lo consideren “un error de juventud”, todos sabemos que fue un asesinato, un crimen de lesa humanidad dada las circunstancias de los hechos, y la culpabilidad cae, sobre todo, al reconocerlo públicamente en Joaquín Villalobos, ex comandante del ERP.

“Una posibilidad que hay que considerar con seriedad es que si nuestro sistema legal no es capaz de hacer justicia a las víctimas que hoy reclaman, lo hará el derecho internacional, y terminaremos viéndonos obligados a sumir nuestro compromiso, como está sucediendo con Chile.

La exigencia de la aplicación del derecho en el caso mencionado no hay que esperarla ni de la derecha ni de la izquierda política, puesto que ambas tienen responsabilidad en el pasado, sino que ésta es un imperativo que debe asumir la sociedad civil más honesta, la que quiere construir una sociedad sobre bases consistentes.

No se puede cambiar la paz por impunidad. El acabar la guerra era una obligación humana de lo que la habían iniciado y el avanzar en la libertad, la democracia y el desarrollo es un derecho y aspiración de todos. Por lo tanto, no hay ninguna justificación ni jurídica ni ética de los excesos cometidos, sobre todo que el caso de Roque no se tomó en cuenta en la ley de amnistía, porque fue un caso fuera de la guerra”.

Sobre la muerte de Roque ha circulado, a guisa de rumores, tres versiones: la primera es que fue asesinado en una casa del barrio Santa Anita de San Salvador, junto con su compañero Pancho, y luego los fueron a tirar al playón, donde unos perros los despedazaron (esta versión es la más divulgada); la segunda versión es que fueron fusilados en El Playón, y los dejaron tirados en la

famosa zanja, entre hojas secas y ramas. En la tercera, cuentan los que vivían por El Playón, que avisaron a las autoridades de los cadáveres tirados, haciéndose presentes con unos soldados, el juez de turno, y sin levantar ninguna acta de defunción, se los llevaron, supuestamente a la Guardia Nacional, para que la CIA y los altos mandos militares, lo identificaran; Al confirmar que sí se trataba de Roque Dalton lo sepultaron en el cementerio clandestino de la mencionada institución; o los fueron a tirar al mar.

La verdad de todo esto, es posible que con el tiempo se sepa, pero ahora se teje un manto oscuro para querer olvidar este y otros asesinatos.

A manera de conclusión, considero que es conveniente seguir resaltando estos hechos que todavía están impunes.

Este mi libro está cargado con un discurso ideológico y democrático que sigue y seguirá siendo un punto de referencia obligado, no sólo como crítica literaria, sino, como constancia de trabajo histórico cultural en El Salvador.





Ilustraciones de Armando Solís

	Página
<i>Autorretrato</i>	6
<i>Dos Rostros</i>	10
<i>La Cruz</i>	31
<i>La Mano</i>	70
<i>Rostro # 2</i>	93
<i>Desnudo</i>	124
<i>El Puño</i>	132
<i>Rostro</i>	160
<i>(Sin nombre)</i>	195
<i>(Sin nombre)</i>	202
<i>Manzana de Eva</i>	207



Ilustraciones de Camilo Minero

	Página
<i>Jardineros (1990)</i>	
<i>Piroxilina</i>	12
<i>Vendedores de Sandías</i> 1951, Óleo sobre sivatéc 60 x 50 cm.	24
<i>Covacha (1970)</i> Piroxilina, 50 x 60 cm.	41
<i>Serie Niños (1973)</i> Dibujo a tinta	56
<i>Niña bonita (1992)</i> Dibujo a tinta	62

MISIÓN

*La formación de profesionales competentes,
con sentido ético, críticos y propositivos,
utilizando recursos humanos,
científicos, tecnológicos apropiados,
para contribuir a impulsar los
cambios que propicien el desarrollo sostenible
del país y de la región*

VISIÓN

*Ser una Institución de Educación Superior
plenamente acreditada por organismos
nacionales e internacionales.*

